



Que inspire

60 AÑOS
TRANSFORMANDO VIDAS

 **PLAN**
INTERNACIONAL
Por la niñez en Ecuador



60 AÑOS

TRANSFORMANDO VIDAS





CRÉDITOS

Directora de Plan International Ecuador

Rossana Viteri

Gerente de Programas de Desarrollo

Catalina Vaca

Gerente de Comunicación

Andrea Durango

Coordinación

Rebeca Martínez

Doménica Soto

Fotografía

César Morejón

Concepto

Clic Creativos

info@clic-creativos.com

Entrevistas y redacción

Liz Briceño

Mayuri Castro

Angy Alvarado

Paola López

Pablo Torres

Edición

Pablo Torres

Corrección de estilo

Verónica Vacas

Diseño editorial y maquetación

Camilo Ramírez

ISBN: Pendiente, Nota de descargo:

Las opiniones ofrecidas en este documento son de responsabilidad de sus autores y no reflejan la posición oficial de Plan International ni de ninguna de sus filiales a nivel mundial.

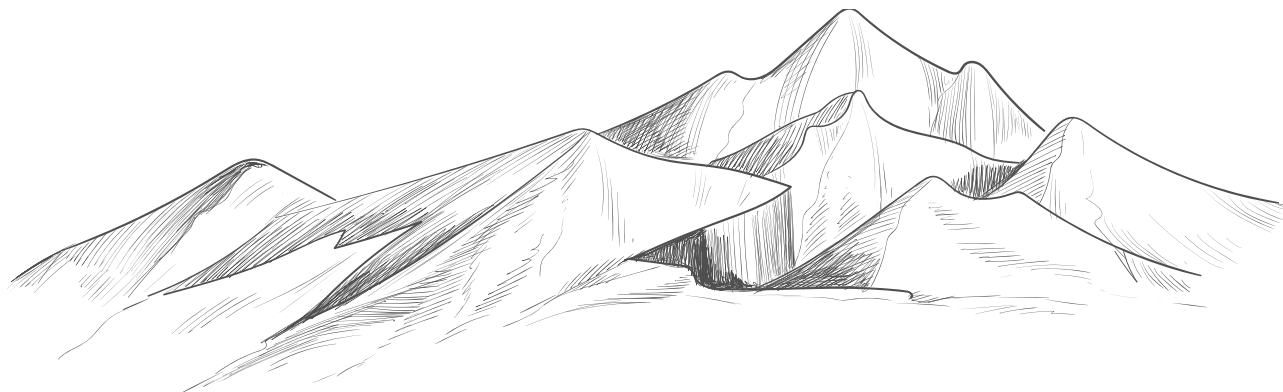
Publicado por Plan International. Todos los derechos reservados.
Quito, Ecuador, 2022





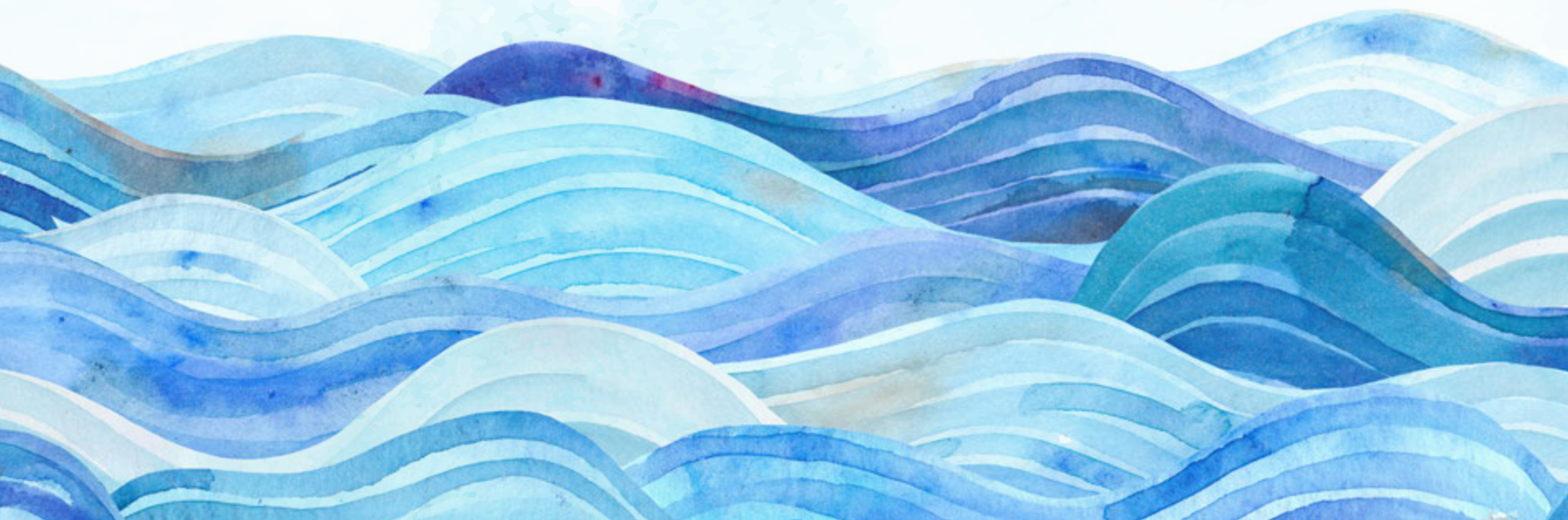
ÍNDICE

Introducción	07	Yesenia	75
Rossana Viteri	12	Sara	78
<hr/>			
Mishell	17	Blanca	81
Paulet	21	Ana	85
Kevin	24	Marlene	89
Joel	28	Edison	92
Hamilton	32	Rosa	96
Laurita	35	Bernardo	100
Nataly	38	Norma	103
Jeydi	41	Luis	106
Ángel	44	<hr/>	
Juliet	48	Fredy	113
Wenddy	53	Rosendo	117
Leonel	57	Héctor	120
Jhonny	61	Raquel	123
Zoila	64	Mireya	127
<hr/>			
Karina	68	Paola	130
Mauricio	71	Rocío	134
		Conclusiones	140





Por la niñez en Ecuador





INTRODUCCIÓN

*P*lan International nació en 1937 para cuidar a los niños que fueron víctimas en la Guerra Civil Española. Años después también cuidó a los de la Segunda Guerra Mundial.

Para 1962, la organización llegó a Ecuador para asistir a niños y niñas de escasos recursos, aunque en ese entonces el nombre era Plan de Padrinos.

Aterrizó en la ciudad de Guayaquil, para ejercer su acción benéfica en los sectores más pobres de la ciudad. Trabajó en el Guasmo y en los barrios marginales del suburbio, que por asuntos políticos, sus asentamientos habían sido promovidos a pesar de que no contaban con ningún servicio básico.

Para ese entonces, al país ya había llegado el hormigón armado, que reemplazaría poco a poco a las casas de madera tradicionales llamadas “conventillos”, desde donde iniciaría la migración urbana hacia los suburbios, impulsada por las primeras propuestas de corte populista de los antiguos caudillos. Los únicos terrenos que el Municipio tenía se encontraban en el oeste de la ciudad, pero estas tierras eran de renta nula, ya que eran



1962

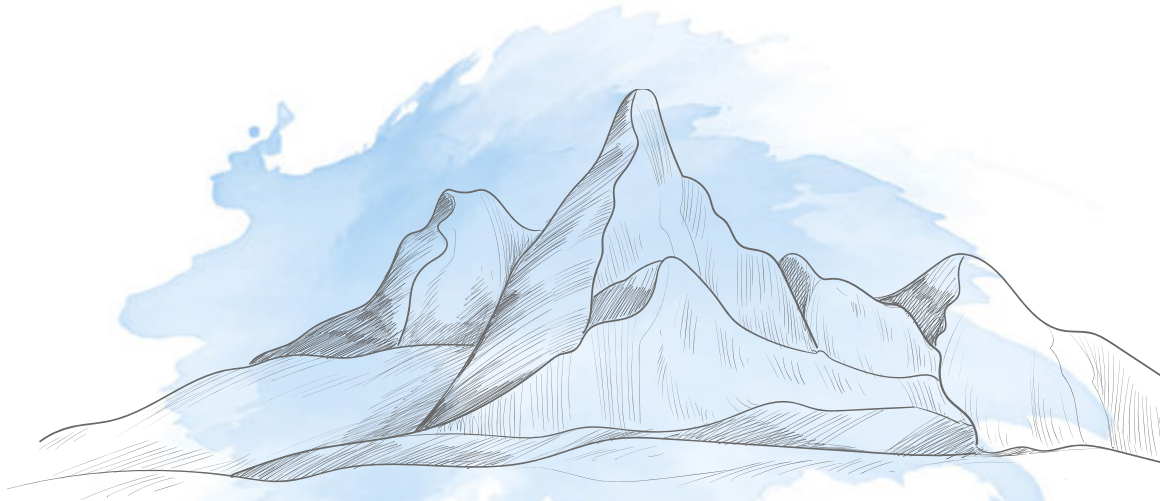
zonas inundables y para habilitarlas había que hacer una gran inversión.

Estamos hablando del Ecuador que no había entrado a la explotación de petróleo, que había encontrado en el banano una fuente de ingresos, que no llegaba a todos. El Estado sufría de una debilidad institucional acentuada, que le impedía generar beneficios sociales para la población en términos de salud, educación e infraestructura.

Sin embargo, en Guayaquil, ya existían varias organizaciones asistencialistas que gozaban del favor estatal y que mantenían una agenda propia en detrimento de las acciones y planificación del Estado. La principal institución cuya agenda se imponía era la Junta de Beneficencia de Guayaquil (JBG, 1888), otras

instituciones fueron la Sociedad Filantrópica del Guayas (1849), la Sociedad de Beneficencia de Señoras (1878). La importancia de la Junta de Beneficencia en el sector salud radicaba en que llenaba un vacío dejado por la ausencia estatal en esta materia en el Puerto Principal, ya que el 71 % de la red de hospitales que manejaba el Ministerio de Salud Pública (MSP) se encontraba en Quito y la diferencia era repartida a nivel nacional. Por lo que, instituciones como la JBG cubrían el 57,11 % de los servicios hospitalarios de Guayaquil.

Cuando Plan de Padrinos llegó a la ciudad portuaria, replicó el modelo asistencialista que en ese entonces era visto como desarrollo, cuyas acciones se realizaban a nivel mundial en los países en desarrollo donde tenían injerencia. En el contexto ecuatoriano, las acciones de Plan de Padrinos fueron motivadas por la debilidad institucional



del Estado, que no se cumplieron incluso cuando se creó la Junta Nacional de Planificación en 1954, año en el que se incorpora la dimensión social a la planificación económica del país.

Los documentos de planificación subsecuentes que se generaron a partir de esa fecha buscaban solucionar varias problemáticas, como: provisión de servicios básicos, entre estos salud, educación y bienestar social, integración de las clases a la sociedad a través de mejorar los ingresos económicos, cambios en la estructura de la sociedad — como lo propuesto en la Reforma Agraria—, mejorar las condiciones de vida, principalmente de los más pobres del país, a través de políticas modernizadoras, mejorar la provisión de salud, educación, seguridad social y establecer la legislación laboral.

A mediados de 1964, Plan de Padrinos ya contaba con 40 beneficiarios, a quienes entregaba USD 15 mensuales, que eran donados por el padrino en el exterior. Para finales de ese año, ya sumaban 608 niños apadrinados. Además de la ayuda económica, los niños también contaban con asistencia médica gratuita, ropa y se trabajaba con los padres para usaran este dinero para comprar alimentos y educación.

Los primeros niños apadrinados fueron: Ángel Suárez, Giovanni Fonda, Luis Ruiz, Yolanda Medina, Juan Arcentales y Esmirna Martillo. La mayoría de apadrinados estaba hasta los

dieciocho años, momento en que recibían su cancelación.

El caso del primer niño apadrinado, Ángel Suárez, fue la muestra de que el poder de las voluntades individuales crean un gran impacto. Él estuvo apadrinado hasta los 18 años. Luego entró a trabajar en Plan International durante 10 años, como secretario encargado de asesorar en la redacción de las cartas que se entregaban a los padrinos. Al salir, se vinculó en otras instituciones de ayuda, como activista social y líder comunitario.

En la década de 1970, el país ya obtuvo grandes ganancias por la venta del petróleo, pero la población ecuatoriana no pudo solucionar sus problemas sociales y económicos fundamentales. Según fuentes de la época, a pesar de que existieron buenos planes de desarrollo también hubo despilfarro de recursos, presiones, conflictos y contradicciones entre los grupos económicos tradicionales. El fin de la década se vio empañada por el retroceso de algunas conquistas laborales y sociales.

Plan de Padrinos hizo un convenio con el Estado para ejercer su labor en los lugares donde este no tenía injerencia, ya sea por descuido o por falta de planificación, en áreas de educación y salud; sin embargo, la organización también trabajó en mejorar las condiciones sanitarias de los barrios pobres de Guayaquil, donde invirtió recursos para terminar los rellenos sanitarios —que hasta entonces se hacían con

basura— y realizar otras obras civiles.

Plan de Padrinos firmaba convenios con el Municipio de Guayaquil para rellenar calles, instalar postes de alumbrado público, construir escuelas y casas comunales. Muchas veces, las solicitudes de los ciudadanos que llegaron a esos asentamientos ilegales no eran atendidas por la autoridad, por eso el trabajo de la fundación era valioso.

En el Guasmo, a donde Plan de Padrinos llegó en 1979, la situación era muy crítica, ya que creció mucho en poco tiempo, tanto que para 1980 tenía la misma cantidad de gente que la ciudad de Cuenca, con una densidad de 230 habitantes por hectárea, mientras en Guayaquil existían 174 habitantes por hectárea. Como las necesidades eran crecientes, la organización también dotó de letrinas, tanques de agua, toldos y cobijas.

Este tipo de proyectos representaban el nuevo enfoque de la fundación, que pasó del paternalismo —entregar dinero directamente a los patrocinados, para su desarrollo comunitario, representado en los proyectos sociales, que eran una respuesta directa a las necesidades inmediatas de las personas.

Con el nuevo enfoque de ayuda social que se adoptó en la organización también se modificó el modelo de intervención. A partir de ese momento, los afiliados a Plan debían presentar proyectos, que serían analizados por la comunidad.

En la década de 1980, Plan International profundizó su acción en el ámbito educativo a través de becas escolares, donó textos educativos, mobiliario, uniformes y útiles; aunque también asistió con infraestructura —construyó escuelas, remodeló aulas, laboratorios, patios y baños—.

Es que la situación educativa de la niñez en ese entonces era deplorable. Apenas el 20 % de los niños de entre 5 y 14

años en áreas suburbanas asistía a la escuela. En 1983, Plan International construyó 49 escuelas: 41 fiscales, 3 municipales, 4 religiosas y 1 comunitaria con las que favoreció a 15 000 niños de las áreas marginales de Guayaquil y Bolívar.

Además del área educativa, la organización también ayudó a mejorar la vivienda de los apadrinados, así como también destinaba fondos para mejorar y construir —a veces desde cero— programas de salud, entre los que se incluía servicios de odontología, vacunación, lactancia y, principalmente, medicina preventiva y educación sexual.

Sin embargo, el gran cambio se dio en la década de 1990 cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Convención Internacional de los Derechos del Niño en 1989, con lo que se pensó en la niñez como sujeta a la Doctrina de Protección Integral (DPI), bajo la cual la niñez va ejerciendo progresivamente sus derechos, deberes y responsabilidades de acuerdo a su edad, independientemente de su condición social, religiosa étnica.

Anteriormente a la DPI se trabajaba según la Doctrina de Situación Irregular (DSI), según la cual los niños sujetos de las políticas sociales eran aquellos con conductas antisociales, abandonados o pobres, a quienes se les denominaba “menores”.

El cambio de enfoque también se dio a nivel Estatal, por lo que se creó el Código de la Niñez y la Adolescencia, 1992, que reformó un Código de 1938. Sin embargo, en la redacción de este código se establecieron los derechos, pero no se especificaron los mecanismos para hacerlos cumplir.

Sin embargo, la nueva ley, en sí misma, fue una declaración del nuevo enfoque de derechos con que se investía a la niñez, ya que fue realizada a través de un proceso de construcción colectiva que se realizó en 29 ciudades donde participaron más de 18 mil personas a través de 200 instituciones públicas y privadas, locales e internacionales.

Al interior de Plan International también se necesitó realizar

adaptaciones a las metodologías e instrumentos que se venían utilizando, para lo cual se desarrolló la herramienta SAS (Sistema de Autodesarrollo Sostenido), que luego evolucionaría al SASito cuando la fundación dirigió su accionar hacia la participación infantil.

La política de desarrollo comunitario adquiere un nuevo sentido ya que desarrolla los objetivos que apuntan directamente al desarrollo del niño y a mejorar su entorno. De hecho, en esta etapa se crearon programas que involucraron directamente a la niñez —y los vincularon con maestros, profesionales de la salud, líderes comunitarios, madres y padres de familia— a través de los gobiernos infantiles, la iniciativa radial Aquí los Chicos, y la Asociación Juvenil Nueva Generación.

Los gobiernos infantiles son una estrategia de Plan Internacional para contribuir a que la niñez se organice y participe directamente en el desarrollo de su comunidad, para hacer respetar sus derechos. Esta estrategia resultó ser tan efectiva que de los 12 gobiernos infantiles de 1999 pasaron a 142 en el 2000.

A través de las acciones que se generaron desde los gobiernos infantiles, como proyectos de siembra de árboles, elaboración de censos y encuestas, recolección de materiales de reciclaje para financiar sus escuelas, los niños se convierten en los

sujetos de la noticia, ganando una relevancia en la opinión pública que antes no tenían. Sabemos que algo ha cambiado cuando un niño es buscado para decir algo sobre un tema. Desde entonces, la niñez ha estado dispuesta a asumir una presencia pública.

Esta presencia fue impulsada porque la niñez y juventud apadrinada también asumen tareas como reporteros, editores y conductores de noticias en la iniciativa “Aquí los Chicos”. En este espacio autónomo, después de un entrenamiento profesional, los niños y jóvenes del programa generaron contenido a través de entrevistas, reportajes, edición de noticias, libretos y locución. Este programa de radio se convirtió en una experiencia que demandó actitud propositiva, responsabilidad y empoderamiento.

A lo largo de estos años, la experiencia acumulada por Plan Internacional Ecuador es decisiva para entender las necesidades de los sectores marginados de la sociedad y posteriormente haber profundizado los niveles de empoderamiento para que los derechos humanos se cumplan a cabalidad.

Una sociedad justa y libre se consigue a través de la práctica diaria de las actividades que fomentan la comprensión de los derechos que tiene la infancia y la juventud.



Nos adaptamos al cambio

Nos adaptamos al cambio y estamos comprometidos con las comunidades donde trabajamos. Este es uno de mis aprendizajes en Plan International donde he trabajado 25 años. Inicé mi colaboración como Gerente de la Oficina de la provincia de Bolívar donde tuve la oportunidad de acercarme al mundo indígena, fue una escuela, una experiencia humana y profesional maravillosa que nos llevó a volver a la zona de Simiatug para trabajar de la mano con la organización indígena Runacunapac Yachana Huasi. Además, durante 11 años trabajé para Plan International en Paraguay y en Plan International El Salvador, y cuando tuve la oportunidad de regresar a Ecuador no lo dudé un momento. Fueron años de cambios, adaptación y aprendizajes.

Plan International Ecuador se adapta rápido, es una de nuestras características como organización. En el país, nuestro enfoque ha cambiado al menos tres veces en sesenta años, pero siempre seguimos comprometidos con las familias y comunidades, en especial las niñas y los niños. Al inicio, construimos mucha infraestructura, que fue muy necesaria durante muchos años, y dimos apoyo económico directo a nuestros niños y niñas patrocinados. Luego, nos enfocamos en los derechos de la niñez desarrollando sus capacidades y actualmente estamos centrados en la igualdad para las niñas y jóvenes, principalmente en su empoderamiento. Nos dimos cuenta que la infraestructura es temporal —aunque puede durar muchos años—, pero las capacidades desarrolladas por una persona nunca se pierden y se transmiten a otras personas.

En el país, la organización ha evolucionado en su forma de mejorar la vida

Rossana Viteri

de las personas, al inicio los fondos económicos que daban los patrocinadores eran directamente entregados a los patrocinados y sus familias; hicimos algunas obras de infraestructura como rellenar el Guasmo —cuando esa zona era agua con casas de madera encima—, construimos un puente en Bolívar, que todavía está en uso, y ayudamos a mejorar las viviendas de muchas familias, escuelas y centros de salud. El apoyo en esta área fue muy necesario, porque el Gobierno central tenía déficits en infraestructura de salud, de educación, de vialidad, de vivienda; asimismo, la municipalidad tenía otros problemas, como gestionar el alumbrado público.

En la década de 1990 se dio otro cambio de enfoque cuando se reconocieron los derechos de la niñez. Con ello, Plan Internacional Ecuador cambia la ecuación de su estrategia: los niños, niñas y adolescentes como protagonistas, como sujetos de derechos, y desde ellos llegar a sus familias y comunidades. De esta manera, la presencia de la niñez crece exponencialmente a través de varios proyectos, uno de los que más impresionó fue el “Sueño de Ser” implementado en las provincias de Guayas y Bolívar, en el que los jóvenes iban encontrando lo que querían ser a través de diversas actividades como el teatro, la joyería, carpintería, danza, cocina y otros.

Entre el 2006 y 2007, como organización nos volvimos a preguntar si era suficiente trabajar por los derechos de la niñez y adolescencia. Hasta ese momento habíamos asumido que los niños y las niñas tenían los mismos problemas y necesidades, sin embargo, con nuestras investigaciones —que se convirtieron en un reporte anual— nos dimos cuenta de que no era así. De esta manera, Plan Internacional Ecuador empezó a analizar la situación de las niñas en las ciudades y en la ruralidad, en situaciones de conflictos armados y, más recientemente, en el contexto de las niñas y el internet y su participación política.

A nivel mundial se creó la campaña Por Ser Niña —que era una estrategia integral—, para empezar a llamar la atención sobre las situaciones que vivían las niñas, ya que ningún país es absolutamente equitativo entre hombres y mujeres. De

esta manera, Plan Internacional Ecuador incluye un enfoque transformador de género, que no deja de lado a los niños y jóvenes, sino que más bien los incluye como aliados de la causa de la igualdad.

La campaña Por Ser Niña nació en África, donde un donante vio a una niña que cargaba un cuenco de agua y le preguntó: “¿Por qué no estás en la escuela?”. Ella respondió: “Porque soy niña y a mí me toca traer el agua y hacerme cargo de la casa”. Esta persona constató la discriminación que viven las niñas simplemente por ser niñas: no van a la escuela, sufren violencia sexual, viven más violencia, hacen trabajo doméstico, son mamás en un momento que no deben serlo, entre otras injusticias.

En Ecuador implementamos “Por Ser Niña” a partir del 2012 a través de varias iniciativas como Cartas de Niñas, con la que recibimos alrededor de 2 000 cartas escritas por ellas en las que nos contaron qué es ser niña, cómo sufren en la escuela, en la casa, en la calle. Ellas aprovecharon el espacio para hablar con la verdad que era muy triste y alarmante por los altos niveles de violencia.

Para enfrentar esta situación, iniciamos la propuesta “Sueños de Niñas”, en la cual a través de la pintura, las niñas hacían retratos de cómo se veían de grandes. Fue una explosión de color y energía que se oponía a la tristeza de las cartas. Todas tenían grandes sueños, querían ser presidentas, alcaldesas, abogadas, doctoras, había una niña cuyo sueño era ser ingeniera en ecoturismo, porque vivía en el área rural, también había artistas, cantantes. Todas querían ayudar a su familia y a su comunidad. También llevamos adelante “Cantos de Niñas” con letras escritas por ellas, musicalizadas y grabadas en un CD que fue lanzado en un concierto en la ciudad de Guayaquil con mucho éxito.

Como ya sabíamos lo que ellas sufrían y lo que querían, empezamos a trabajar en su autoestima, en desarrollar su plan de vida, su resiliencia, liderazgo. Mediante varias estrategias ellas se tomaron los ministerios, la Asamblea Nacional, donde se convirtieron en asambleístas y aprobaron una resolución sobre

niñas y hábitat. Ellas estaban ejerciendo su ciudadanía.

Cuando Por Ser Niña concluía, las niñas nos pidieron continuar, habían encontrado un lugar para ellas, propusieron formar un movimiento. De ahí nació el Movimiento Por Ser Niña, único de Ecuador, en el que ellas expresan sus ideas, su liderazgo y sus propuestas. Las escuelas de liderazgo y el proyecto “Zona Libre de Embarazo Adolescente”, entre otros, fueron el semillero del Movimiento. Las líderes del Movimiento manejan sus redes sociales, tienen su propio estilo de liderazgo, y así llaman la atención de otras niñas junto a los niños aliados que apoyan esta causa.

A través del Movimiento Por Ser Niña, las niñas han redactado cuatro informes sombra, que son documentos en los que se rebate la información oficial del Gobierno ante los organismos internacionales, a los que el Ecuador debe rendir cuentas al haber ratificado convenios internacionales por los derechos humanos. A través de los informes sombra, que son originados por la sociedad civil, se informa qué se ha cumplido y qué no. De ahí salen recomendaciones vinculantes para el Estado. No existe otra experiencia similar en la elaboración de reportes sombra por parte de jóvenes, que se realizaron junto a la coalición Desde Nuestras Voces.

Las niñas no se cansan. Llegaron a Ginebra a presentar los informes que han generado, mediante una estrategia para conseguir recursos. Para escoger a su representante hicieron una selección interna. No tienen jerarquías, trabajan de una forma nuclear. Son independientes en su vocería y toman su posición de acuerdo a sus ideales. Aún necesitan acompañamiento en diversos ámbitos, como liderazgo, vocería, abogacía y otras herramientas; sin embargo, para Plan International Ecuador, las más de 600 jóvenes —la mayoría mujeres de las provincias Pichincha, Guayas, Los Ríos, Manabí, Loja, Cotopaxi, Chimborazo, Bolívar y Santa Elena— son nuestras pares, a ellas les consultamos sobre temas de niñas y jóvenes.

Con los informes sombra que desarrollaron también se propusieron llegar a la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y

después de varias cartas rechazadas obtuvieron audiencia para ser escuchadas. Esa fue la primera sesión en la CIDH presidida por jóvenes.

Las chicas formadas por Plan International Ecuador tienen una voz muy fuerte y un perfil muy desarrollado. Una de ellas, de la provincia de Guayas, de 16 años, fue seleccionada para intervenir en la presentación del nuevo director global de Plan International en 2022, por su fortaleza y trayectoria. Como ella, la mayoría de activistas realizan mentorías para otras adolescentes, apoyan en los talleres de derechos reproductivos y participan frecuentemente en las actividades, por lo que su perfil de líderes se fortalece. Las han llamado a París, a Ginebra, a Nueva York, y esto se lo han ganado a través de su propia voz.

El Movimiento Por Ser Niña ha sido un motivo de orgullo para Plan International Ecuador, ya que ha demostrado toda la fortaleza que se puede generar al trabajar directamente con los actores.

El trabajo que desarrolla Plan International Ecuador en los territorios distantes y, en su mayor parte, en zonas rurales no sería posible sin el importante aporte de las personas voluntarias, que son en su mayoría mujeres y suman alrededor de 2 000 personas a nivel nacional. Sin las voluntarias no tendríamos el alcance que tenemos para ayudar a los más de 38 000 patrocinados —y miles más de personas que apoyamos con nuestros programas—. A través del voluntariado tenemos contacto más cercano con la niñez, con los jóvenes, las familias y las organizaciones. Gracias a los voluntarios las capacidades instaladas se quedan en la comunidad, ya que son los encargados de difundir nuestro mensaje. Una vez que Plan International Ecuador finalice sus proyectos y salga del territorio, las voluntarias y voluntarios continuarán trabajando en favor de la comunidad, porque han asumido un compromiso, entrenamiento y desarrollo, que trasciende a la propia organización.

A lo largo de los años hemos trabajado para que el cambio inicie desde las personas para que nuestra presencia como organización no sea indispensable. Sin embargo, nuestro trabajo en el territorio es fuerte y tangible, apoyamos el desarrollo de

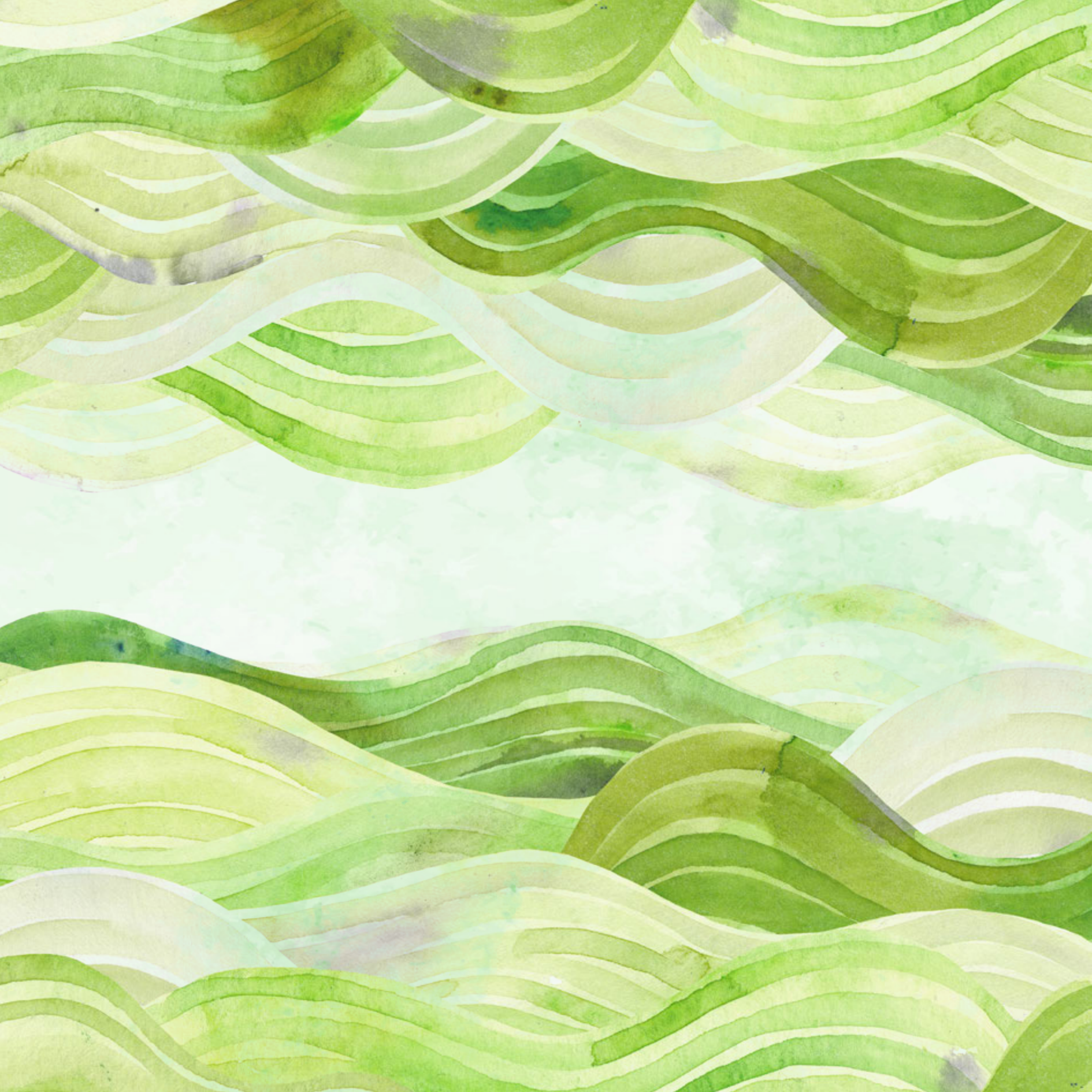


capacidades, pero también proyectos puntuales de infraestructura cuando es necesario. Por ejemplo, en la pandemia del covid-19 hemos trabajado junto a otras organizaciones en mejorar la infraestructura sanitaria de las escuelas.

Siendo una organización de desarrollo y humanitaria, estamos presentes en las situaciones de emergencia como el terremoto del 2016 o la crisis migratoria entre las más recientes. Trabajamos decididamente con la población en situación de movilidad humana principalmente en educación, salud y protección de la niñez. Con la metodología de Mecanismos Comunitarios de Protección hemos logrado juntar a ecuatorianos y venezolanos para trabajar por la protección de la niñez. Al hacerlo, han empezado a relacionarse y darse cuenta que tenemos muchas cosas en común.

Plan International Ecuador es una organización que se ha ido

redefiniendo conforme a los cambios y requerimientos del país para convertirse en una organización experta en los derechos de la niñez, la igualdad de género y la respuesta en emergencias. Por eso, hoy necesitamos el impulso de todos para que el cambio sea posible y tenga impacto en más lugares. Contamos con un equipo altamente profesional y comprometido. Hemos logrado resultados impresionantes en cuanto a reducir el embarazo precoz en las zonas donde trabajamos, conformar un movimiento de niñas activistas por la igualdad de las niñas, establecer un voluntariado altamente capacitado y dedicado al trabajo comunitario. A lo largo de estos 60 años hemos dejado capacidad instalada en cada una de las comunidades donde hemos tenido presencia. Contamos con metodologías probadas para la primera infancia, protección de la niñez y para emprendimientos de jóvenes. El apoyo de toda la sociedad ecuatoriana nos permitirá llegar más lejos en los siguientes años.





Mishell

Me gusta jugar fútbol. Soy mujer, soy femenina, pero disfruto cuando juego fútbol. Lo mío es estar adelante, como delantera. Siempre que juego anoto algún gol. A 15 minutos de mi casa hay una cancha de tierra, a donde vamos con mis vecinos cuando queremos jugar. Cerca de mi casa hay otra cancha, pero no me gusta ir allá porque hay muchos hombres y me quedan viendo un poco raro.



Siempre he pensado que el fútbol es un deporte hermoso, pero no lo practico de forma profesional, ni siquiera amateur, ya que debería entrenar, pero ahora no tengo mucho tiempo. “Mishell, anda arriba”, me dicen mis amigos, y yo me quedo como delantera y meto goles. Me gusta el fútbol tanto como bailar, que últimamente es lo que más hago. Creo que el fútbol como destreza y el baile están muy cerca. En la casa bailo con mi mamá. No todos pueden bailar, pero yo veo que ella lo hace súper bien, y de ella heredé el gusto.

Antes me hubiera dado vergüenza bailar, pero he ido trabajando mi autoestima. Cuando era niña me avergonzaba. Que era una niña cohibida, me decían. Y tenían razón, porque me daba vergüenza

dar mi opinión. No participaba en las actividades porque me faltaba confianza, principalmente, para equivocarme. Ahora entiendo que equivocarse es parte del proceso de aprendizaje, y está bien.

Estar en Plan International me ha ayudado a aprender sobre autoestima y confianza, cualidades que yo considero importantes para todos, durante toda la vida. Ya sea en una exposición en el colegio o después en un trabajo, siempre será importante estar segura de mí misma. También he aprendido mucho sobre empatía y compañerismo. No debo juzgar a nadie, ni a mis vecinos ni a mis amigas, ya que no sé cuáles son sus circunstancias, cómo están pasando en su vida, en su escuela o con su familia.

De la misma manera, he aprendido que no debo juzgar a mi

padre. Aunque él no ha sido tan machista en su vida, sí ha habido comentarios que denotaban esta cualidad. Conmigo nunca pudo hablar de temas de género o de sexualidad, porque no sabía cómo hacerlo. Al contrario, yo le he ido enseñando lo que he aprendido en los talleres. Esta ha sido una de mis pequeñas trincheras. Mi papá sí ha podido hablar con mi hermano menor sobre temas de sexualidad. Muchas veces escucha las reuniones virtuales en las que participo y me pregunta lo que no entiende. Yo le explico el tema cuando puedo. Sí he visto un cambio en mi familia nuclear, que se ha extendido a mi alrededor, a mis tíos, mis primos, mi abuelita, para quien ha sido un reto hablar de machismo y del rol de la mujer. Siempre que ella me ve en algún video, me llama y me felicita. Sé que apoya mi lucha y esa es su manera de demostrarlo.

Por lo general, en las familias ecuatorianas son machistas y hay mucha desigualdad dentro del hogar. Con el tiempo, dentro de mi familia hemos podido identificar algunas prácticas machistas y las hemos ido cambiando. Me siento bien con ellos porque siempre me han apoyado en esto. Por ejemplo, siempre nos distribuimos las tareas del hogar. Otro ejemplo es que mi papá nunca me prohibió jugar fútbol, al contrario, me

incentivaba a entrenar. Él quería que fuera deportista o periodista deportiva. Al final, le salí activista por la igualdad de género.

Ser activista no es fácil, con el tiempo he aprendido que no siempre se debe hablar tan abiertamente. Especialmente en esta época.

Yo sostengo mi postura con respeto, pero a veces debo evitar algunos temas porque la gente no está preparada para discutirlos. Lo más seguro es que la otra persona no cambie por los dos minutos que yo hable. Todo requiere un proceso. He aprendido que debo ser cauta para que no me maltraten. La gente a veces es muy sensible cuando escucha que sus acciones están afectando a otras personas.

Por eso, para hablar, para ser activista, debo sentir que el momento es apropiado para opinar libremente. Debo sentirme segura y saber que, aunque la gente no piensa como yo, se va a mantener la línea de respeto. En redes sociales es casi imposible entablar una discusión con argumentos. Ahí cualquier

persona puede hablar y tacharte de cualquier cosa. Para mí, el espacio que fomenta el Movimiento Por Ser Niña es seguro, es un lugar donde puedo ejercer mi activismo, incluso en línea. Desde la pandemia del covid-19 mantengo mis redes sociales privadas,



para controlar con quién interactúo, porque son personas que conozco y muchas veces son de mi círculo cercano.

He aprendido que debo ser precavida en las redes. Entre las medidas que he adoptado están que solo intercambio páginas de confianza con mi grupo, no coloco mi ubicación actual y solamente acepto a personas conocidas o familiares. Sin embargo, el mejor consejo que puedo dar es no subir fotos con el uniforme del colegio ni fotos con referencias físicas, como una calle o algún edificio con los que se pueda relacionar el colegio o la universidad.

Normalmente, comparto bastante contenido que aporta, realizo webinars y foros. Estas publicaciones se utilizan en el Movimiento Por Ser Niña y en otras organizaciones que hacen activismo. Esta

es mi forma de apoyar a quienes luchan por los derechos de las niñas y adolescentes. Siempre espero que más gente conozca lo que hago para generar conciencia. Antes no existían estos espacios virtuales, pero ahora hay que aprovecharlos.

Ahora estudio comunicación y trabajo en un proyecto del Municipio de Guayaquil que consiste en realizar talleres para que las niñas mejoren su autoestima y tengan confianza en sí mismas. Comparto todo el conocimiento que una vez recibí de personas que fueron muy buenas conmigo, que tuvieron paciencia y vieron algo en mí que ni siquiera yo había visto en ese entonces. Me gusta cambiar la vida de muchas niñas, porque sé que ellas también harán nuevas pequeñas trincheras para lograr un mundo mejor. nuevas pequeñas trincheras para lograr un mundo mejor.



A portrait of a young woman with dark hair and glasses, smiling. She is wearing a white t-shirt with a logo that reads "MOVIMIENTO POR SER NIÑA". The background is a light green floral pattern.

Paullet

A los 16 años fui la alcaldesa de mi cantón, Santa Lucía, en la provincia de Guayas, por un día. Lo denominamos takeover, toma de poder. Ese día luché para que nos dieran lo que nos pertenece y tenemos por derecho: acceso a educación gratuita, herramientas tecnológicas —como tablets— y equidad entre niños y niñas.

Ser alcaldesa marcó mi vida por completo, desde ahí tomé confianza y

empecé a creer en mis capacidades. Nunca había hablado en público así que, para ayudarme, me dijeron que imaginara que estaba exponiendo en el salón. Mis nervios estaban a mil y temblaba, pero logré presentar mis propuestas ante el alcalde y todos los concejales.

El evento fue un 11 de octubre, Día Internacional de la Niña, ese día planificamos varias actividades que repercutieran en nuestra comunidad y al año tuvimos educación digital, acceso a internet, tablets para todos y cursos de emprendimiento. Puedo decir que logramos ser escuchados.

En el cantón, todos me conocen después de esa presentación. Algunos dicen: “ahí va la alcaldesa” o me llaman por mi nombre, y eso es muy bonito para mí. Después también fui vicepresidenta del Consejo Consultivo de Jóvenes de Santa Lucía.

Inicié este camino en Plan International a los 8 años, por una tía a quien acompañé a un taller de género. Comencé con un proyecto que se llamaba Cartas de Niñas. Estas cartas eran documentos que las niñas entregábamos a las autoridades, sobre nuestras historias personales, lo que nos afectaba, los problemas que vivíamos y lo que necesitábamos. Era la primera vez que me comunicaba con una autoridad y buscaba que se tomaran medidas al respecto.

Desde entonces, he participado en un sinnúmero de iniciativas durante 13 años. Entre estas: el proyecto Zona Libre de Embarazo Adolescente;

talleres sobre autoestima, derechos sexuales y reproductivos, cómo hablar en público, cómo incidir de manera positiva; el Movimiento Por Ser Niña y capacitaciones de Formador de Formadores.

Gracias a mi historia y mi paso por Plan International, mis hermanas se animaron a ingresar. Entraron como patrocinadas y les comenzaron a llegar cartas postales, regalos y fotografías que los patrocinadores nos enviaban desde sus países. Era algo emocionante porque conocíamos de otras culturas y realidades.

Plan International me ayudó a descubrir que tengo muchas habilidades y entender que estoy hecha para muchas cosas. Ahora soy consciente de la realidad social que vivimos en el país y de las problemáticas que tenemos. Por eso trabajo en crear acciones que llamen la atención de las autoridades.

Tuve la oportunidad de estudiar Marketing Digital, nivel 1, con una fundación, en alianza con Plan International. Me gusta diseñar, crear

líneas gráficas y desarrollar estrategias para redes sociales. Estoy maravillada con lo que se puede hacer en las plataformas digitales.

Estaba entusiasmada con los talleres, porque aprendía mucho, pero llegó la pandemia y me propuse emprender algo. Como mi mamá se quedó sin trabajo en esos días, salió la idea de crear un negocio de comidas llamado Cawani. Vendemos patacones, pastelillos de yuca, bolón de maduro,





wantanes, entre otros platos.

Creamos un logo, un eslogan, la línea gráfica y cuentas en las redes sociales. Hemos ido evolucionando como producto y marca y hemos dado el paso hacia productos tipo gourmet. Con eso me demostré que todo lo que he estudiado me ha servido. Con mi familia, queremos mejorar la estructura del negocio, ampliarnos hacia un local —porque ahora solo entregamos a domicilio— y así atraer a más clientes.

En el proceso de Formador de Formadores nos capacitaron en gestión de proyectos y, junto con varios jóvenes, adelantamos la creación de una empresa social. Nuestra idea es brindar servicios para el bien del Municipio.

Estoy orgullosa por lo que he logrado. Soy la primera mujer en mi familia que va a la universidad y he impulsado a mis hermanas para que sigan mi camino. Pude entrar a la educación superior y empecé a estudiar Derecho en la Universidad Católica, pero en tercer semestre tuve problemas económicos y no pude pagar, por lo que abandoné la carrera. Ese fue el primer obstáculo, pero seguí adelante y comencé a buscar nuevas oportunidades.

Decidí presentarme de nuevo a los exámenes para estudiar con los planes del gobierno y, con mi puntaje, logré obtener una beca

para Trabajo Social. Actualmente estoy en segundo semestre.

Esta carrera me gusta más porque debo estar en territorio y conocer las necesidades de las personas de primera mano. Además, se relaciona con mis actividades de voluntariado en Plan International Ecuador. Planeo seguir enseñando para ayudar a cambiar las vidas de otros jóvenes. La labor social y el voluntariado me gustan mucho.

Tengo como proyecto especializarme en capacidades especiales y lenguaje de señas. Luego haré una maestría en Gestión de Proyectos. De igual manera, nuestro plan es potenciar nuestro emprendimiento.

En mi casa todas somos mujeres. Yo les comparto a ellas todo lo que aprendo porque quiero que también estén conscientes. Siempre he estado rodeada por el activismo, recuerdo que fui a Quito con mi tía, a mi primera marcha feminista, cuando tenía ocho años. Ella siempre estaba en espacios feministas y de género y me impulsaba a participar.

Apenas tengo 21 años y entiendo que he logrado bastante. Siento que estoy en el camino correcto. Veo hacía atrás y me digo: “muy bien, Paulet”.



Kevin

Pertenezco al Movimiento Por Ser Niña. Se preguntarán por qué un hombre está en un movimiento que reúne a niñas. Les explico.

En 2018, ingresé al proyecto Zona Libre de Embarazo Adolescente (ZLEA), que capacita a jóvenes sobre sus derechos sexuales y reproductivos. En 2020, en plena pandemia del covid-19, me vinculé más a esta iniciativa. En esas fechas, las capacitaciones fueron más

fáciles y con más frecuencia porque podíamos intervenir desde casa. Ahí fue mi participación más activa en todos los procesos que llevo ahora.

Antes de graduarme, fui al colegio con la camiseta color magenta que representa al Movimiento. Quienes en ese momento eran mis compañeros de clase se burlaron de mí, porque ese color supuestamente es de niñas. Yo estaba muy orgulloso de vestir la camiseta, pero ellos lo veían mal. Tanto así que se alejaron, me apartaron, no me querían hablar, me decían que era “raro”.

Muchos adolescentes hombres tienen miedo de involucrarse en el Movimiento, porque dicen: ¿qué hace un niño dentro de algo que se llama “Por Ser Niña”? Me costó mucho hacerles entender que un color no significa nada, que ser parte de Por Ser Niña permite la igualdad de género. Lastimosamente, el hombre es el actor de todas las desigualdades y mis compañeros no lo entendían. Pienso que si el hombre no se involucra por un cambio no se va a lograr nada; solo va a ser un grupo de mujeres que se reúnen y discuten sus problemáticas. Estoy seguro de que, con el aporte de los hombres, se va a poder hacer un cambio.

A este grupo llegué sin saber nada. Llegué con miedo de no saber qué decir o hacer... cómo opinar. Pero lo que trabaja Plan

International Ecuador es mejorar nuestra autoestima y eso me gustó bastante.

Muchas personas no confían en sí mismas. Creen que son incapaces de hacer algo. He aprendido que tengo la voz necesaria para hablar ante unas cuatrocientas personas o en un webinar con dos mil personas. Sé que puedo salir a reclamar lo que por ley me corresponde, que puedo pararme y proyectar todo lo que tengo que decir a las autoridades, que tengo derechos y que debo exigir que se cumplan, y eso muchos jóvenes no lo realizan. No exigen que se cumpla su derecho a la educación sexual y reproductiva. En el Movimiento me he formado, al igual que otros jóvenes, niñas y adolescentes, para replicar este trabajo en nuestras comunidades, empezando por nuestros amigos y familiares.

Gracias a esos procesos de aprendizaje he podido desempeñar otros cargos y actividades. Actualmente soy el vicepresidente del Consejo Consultivo Nacional de Adolescentes, lo asumí cuando aún tenía 17 años. También soy uno de los coordinadores

nacionales de la Red de Organizaciones por la Defensa de la Niñez y Adolescencia (RODDNA), donde estoy como delegado del Movimiento Por Ser Niña. En estos espacios he conocido gente bastante bonita, de muchos países, como Australia, Escocia o Bélgica, con muchas perspectivas. Estas conexiones nos





ayudan a incluir a aquellas personas que aún no son parte, porque queremos formar una red amplia.

Algo muy importante es que nosotros, los adolescentes y jóvenes, hemos armado los proyectos que luego ejecutamos, lo que algunos adultos piensan que no lograríamos. Nosotros tenemos las ideas y trabajamos para alcanzar los presupuestos para talleres o campamentos. Hace poco, cinco jóvenes de 17 y 18 años del Consejo Consultivo logramos realizar un campamento para 42 personas, a nivel nacional. Para mí fue gratificante demostrar que somos jóvenes con la capacidad para hacer cualquier cosa.

Comúnmente, los adultos utilizan a los niños para sus fotos. Yo quiero que no nos utilicen, sino que nos dejen participar, tomar nuestras propias decisiones, que nos escuchen.

También he visto que, cuando un adolescente de 15 años habla con su voz fuerte, da una buena ponencia, lo tachan de manipulado o dicen que le dieron escribiendo el discurso. Los adultos tienen muchos prejuicios que deben romper. Los jóvenes tenemos ese potencial para participar.

Pedimos que un adulto nos apoye, que nos guíe para hacer los

trámites o realizar documentos. Queremos demostrar que sí podemos liderar acciones, a pesar de que sea un poco duro tratar de llevar nuestros pensamientos a más de seis millones de niñas, niños y adolescentes del Ecuador. Hay adultos que nos han apoyado mucho con esta tarea.

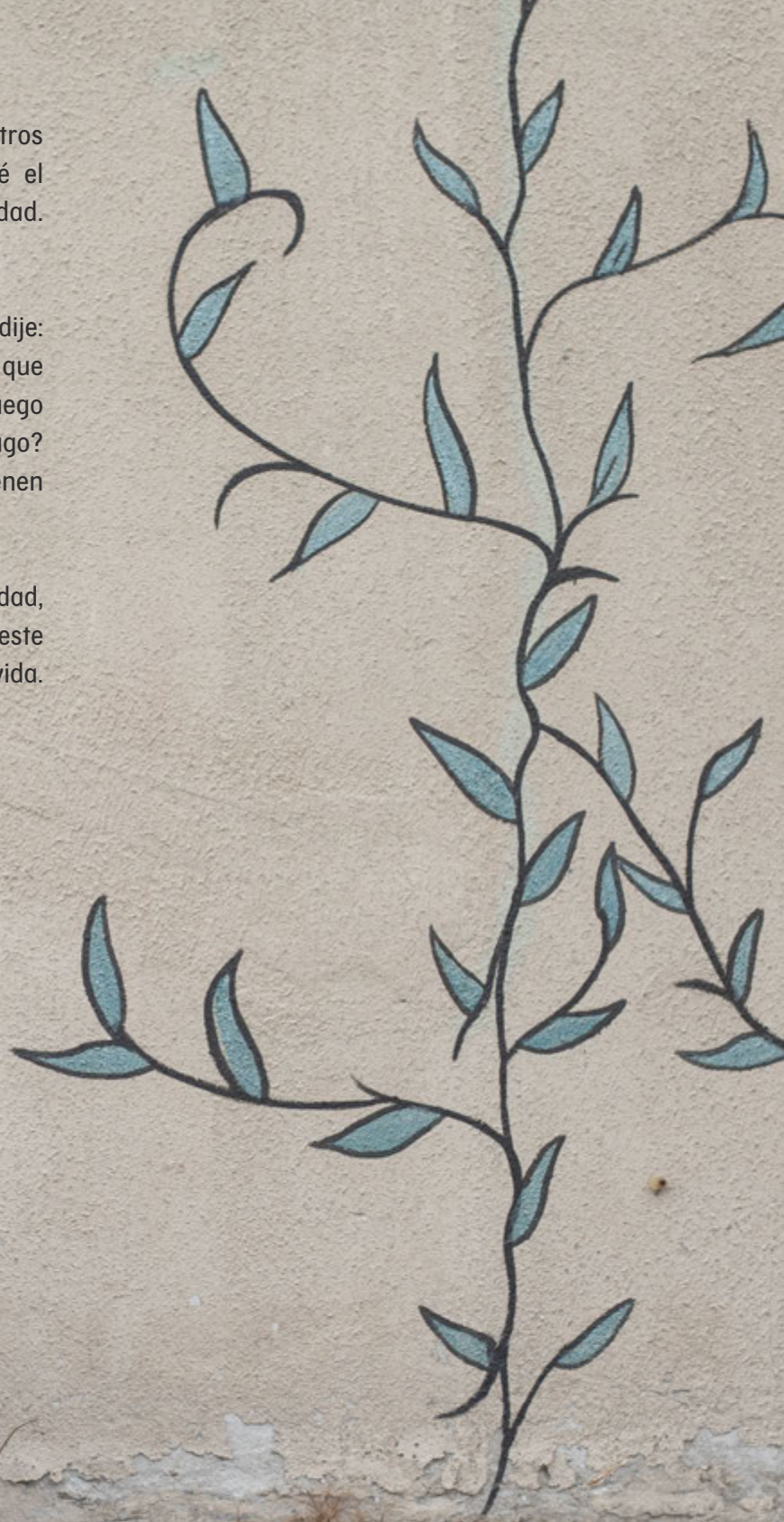
Cuando inicié en el Movimiento, no fue fácil de entender para mi familia. Simplemente, mis padres no estaban de acuerdo. Mi papá estaba en contra de mis procesos de aprendizaje en el Movimiento porque decía que pasaba mucho tiempo fuera de mi casa y no aportaba en el hogar. Me decía: “de qué me sirve, como padre, mandarte a que estés dos horas escuchando a esas personas”. Yo no sabía qué responderle, solo agachaba la cabeza. Pero cuando se dieron cuenta de todas las acciones que yo replicaba en el hogar, cuando vieron que soy una persona que se involucra y mi papá pudo ver el empoderamiento que tenía en una de mis vocerías, se les ablandó el corazón.

Mi papá era una persona que no se involucraba en el hogar. Él iba al trabajo y no existía nada más, hasta que llegó un momento en que tuvimos una conversación. Para mí, era un padre ausente-presente, me refiero a que él estaba tan enfocado en su trabajo

que llegaba a la casa y solo descansaba. Nunca pasaba tiempo con nosotros ni estaba en mis triunfos en la escuela; por ejemplo, cuando gané el intercolegial de teatro o cuando me dieron un certificado por otra actividad. Recuerdo que ahí siempre estaba mi mamá.

Yo me preparé mucho para esa conversación con mi papá. Un día le dije: luego de la merienda, quiero hablar contigo, quiero hacerte conocer lo que verdaderamente siento. La conversación fue sentida y angustiada. Luego él mismo empezó a preguntar: ¿cómo ayudo en el hogar?, ¿qué hago? Obviamente aún no consigo un cambio al 100%, porque los adultos tienen miedo a bajar la guardia, tienen miedo a enfrentarse a nuevas cosas.

Luego de todo este camino puedo decir que soy un líder, pero no a cabalidad, sé que debo acompañar a mi grupo porque aprenderemos juntos en este proceso. El Movimiento Por Ser Niña ha dejado cosas muy positivas en mi vida.





Joel

Trabajar en las Naciones Unidas es uno de mis sueños. Sé que llegar ahí no será fácil, pero siempre he alcanzado mis objetivos con esfuerzo. Aún debo dar muchos pasos para cumplir mi meta, como aprender a hablar inglés o hacer una maestría, pero estoy convencido de que cada paso que he dado en mi vida me acerca a ese gran momento.

A veces pienso si este anhelo está intrínsecamente relacionado con mi historia de vida. Desde que tengo cuatro años formo parte de Plan International Ecuador, en aquel entonces era un Niño Plan y tenía un padrino que me ayudaba económicamente, a quien yo mandaba cartas contándole mis logros hasta que cumplí 18 años. Ahora soy un profesional y trabajo en esta misma organización como asistente logístico en el programa de Asistencia Alimentaria del Programa Mundial de Alimentos. Me reconforta saber que también estoy ayudando a quienes lo necesitan, tal como Plan International ayudó a mi familia y a mi comunidad hace 20 años.

Soy del cantón Santa Lucía, en la provincia del Guayas, pero vivo en el área rural. Las condiciones de vida en mi comunidad son difíciles porque no tenemos acceso al agua potable, hasta hace poco tampoco teníamos internet. Cuando llega el invierno las cosas se complican porque algunas zonas se inundan, como el camino de la escuela, y obliga a los niños a caminar casi el doble de tiempo para ir a clases. La mayor parte de personas que viven en mi zona son agricultores como mi papá y se dedican a la siembra y cosecha de arroz.

Mi mamá es ama de casa y desde que tengo memoria ha sido voluntaria de Plan International Ecuador. Cuando era más joven, en época de invierno, ella hacía todo lo posible para que los niños no faltaran a sus talleres y cuando la zona se inundaba ella cogía una canoa, la conducía y recogía a la mayor cantidad de niños para que no se perdieran el taller.

Todos en mi comunidad conocemos a Plan International Ecuador y cuando hablamos de la organización es como hablar de un gran amigo, todos sonríen cuando lo recuerdan y le tienen mucho cariño. Cada uno lo evoca a su manera, los más grandes

añoran al antiguo Plan que llegó hace más de 20 años y construyó la mayor parte de las casas y permitió que tengamos una escuelita y una cancha de fútbol. También, nos ayudaron a construir el camino vecinal por donde ahora nos movilizamos y gran parte de los agricultores lo usan para llevar sus productos a Guayaquil y venderlos.

Sin embargo, los más jóvenes conocemos al moderno Plan International Ecuador. Al que busca transformar vidas desde la forma de pensar y actuar de las personas para que el cambio se mantenga a largo plazo y las futuras generaciones no repitan las historias familiares de pobreza, maltrato o falta de educación. En la actualidad, es común ver que todos los jóvenes se gradúan del bachillerato. También, las chicas tienen mayor libertad y es poco frecuente que las familias las sobreprotegen y no les dejen salir a hacer sus actividades de forma independiente.

En mi casa las enseñanzas calaron profundamente y mis tres hermanos y yo hemos ido a la universidad y cada uno tiene su proyecto de vida independiente, no es como antes que los hijos también trabajaban en agricultura. Yo estudié Administración de Empresas en la Universidad Politécnica Salesiana de Guayaquil, porque obtuve una beca del 80 % por excelencia académica.





Una de mis hermanas mayores me ayudó a pagar el 20% restante y mis papás me apoyaron con los gastos de libros, transportes y otros materiales que se necesitan para estudiar. Sin embargo en el colegio yo fui el mejor estudiante de mi promoción y por eso me gané un viaje en tren para conocer Ecuador. Conocí de forma más profunda el país, porque antes no había podido ir por la sierra y la costa.

Mi vida tiene un estrecho camino con Plan International que se ha conjugado con un fuerte compromiso mío para ser el líder que hoy soy. En 2014 fui seleccionado para formar parte del Consejo Asesor Juvenil de Plan International Ecuador, esto no solo me ayudó a estar en espacios de poder y actuar de forma asertiva, sino que pude viajar a México para participar en un taller de socios juveniles donde discutimos sobre los derechos sexuales y reproductivos y otros temas que en ese momento considerábamos prioritarios.

Un año más tarde un evento que marcó mi vida y, de cierta manera,

amplió mi mente y mis horizontes. En 2016, Plan International y Amigos de las Américas abrió la convocatoria para participar en Jóvenes Embajadores, como suele suceder cada año. Una de las voluntarias de Plan International me animó para que aplique y argumentó que contaba con todos los requisitos. Entre sus argumentos estaba que he trabajado en pos de mi comunidad, ser líder en el entorno en el que me desenvuelvo y tener buenas notas. La idea dio vueltas en mi cabeza y un día me decidí a llenar todos los formularios con mucha ilusión. No sabía si iba a salir seleccionado porque a este programa aplican muchas personas.

Un día me notificaron por correo que había quedado seleccionado y que debía tener una entrevista en la Embajada de Estados Unidos. En ese momento me dije: “ahora sí tengo que demostrar en serio que soy un líder”, porque en este programa se iba a trabajar mucho en liderazgo. Semanas después quedé seleccionado y la emoción fue inmensa. Todos en mi comunidad se alegraron por mí. Yo había sido el único que ha viajado a Estados Unidos. Conocer ese país

cambió mi perspectiva del mundo porque conocí Washington, una ciudad que deslumbra con sus edificios. Estuve en Texas y vi cómo es la vida de un norteamericano que vive en los suburbios y que tanto se parece a las películas.

Cuando regresé, fui a la universidad y dejé de participar en los programas de Plan International Ecuador porque mi tiempo era escaso por todo lo que debía estudiar, además todos los días tenía que viajar de mi cantón a Guayaquil. Sin embargo, cuando podía iba a un taller o al menos intentaba estar en contacto. Mientras me preparaba para ser Administrador de Empresas siempre pensaba que debía ser muy enriquecedor trabajar en Plan International Ecuador y soñaba con conseguir un trabajo ahí. Cuando me gradué, apliqué varias veces para trabajar en esta organización. Casi al año de aplicar a Plan International Ecuador me llamó la persona de Recursos Humanos y me dijo que había entrado al proceso de selección. En 2022 comencé mi segundo año de trabajo y me encanta lo que hago, no solo porque es otra meta que pude cumplir, sino que conjugar mi activismo social con mi profesión me llena de felicidad.



A man with dark curly hair and glasses is focused on using a power drill on a wooden structure. He is wearing a dark t-shirt and a tool belt. The background is a blurred workshop or construction site. The image has a green brushstroke overlay on the left side.

Hamilton

Mi mayor motivación es enseñar y compartir todo lo que he aprendido con mi comunidad. Lo disfruto, me apasiona y espero seguir en esto.

Soy de la provincia de Santa Elena, tengo 25 años y llegué a Plan International a los 8 años, como niño patrocinado. En esa época nos entregaban cartas y juguetes de nuestros padrinos, y para mí siempre fue emocionante recibir esos regalos.

Vivo con mi padre, que es guardia de seguridad, mi mamá, que es ama de casa, mi hermana y mi hermano. Somos de una zona rural donde nos dedicamos a la agricultura y la pesca, es un lugar muy hermoso, con mucha vegetación y naturaleza.

En nuestra casa nos han inculcado que se debe estudiar, seguir una profesión y ayudar a nuestra comunidad.

Con esa idea en mente, a finales de 2020, logré mi mayor sueño: graduarme como ingeniero en Electrónica y Telecomunicaciones, en la Universidad Estatal Península de Santa Elena. Para mí, fue casi natural estudiar esta carrera, porque cuando era pequeño me gustaba armar y desbaratar todo, y puedo decir que desde ahí nació mi gusto por la ingeniería.

Pero no fue fácil, porque se me dificultaba llegar a clases. Debía tomar dos buses, ir desde la zona rural hasta el cantón y de ahí tomar un bus urbano hasta la universidad. El trayecto era de dos horas y salía muy costoso.

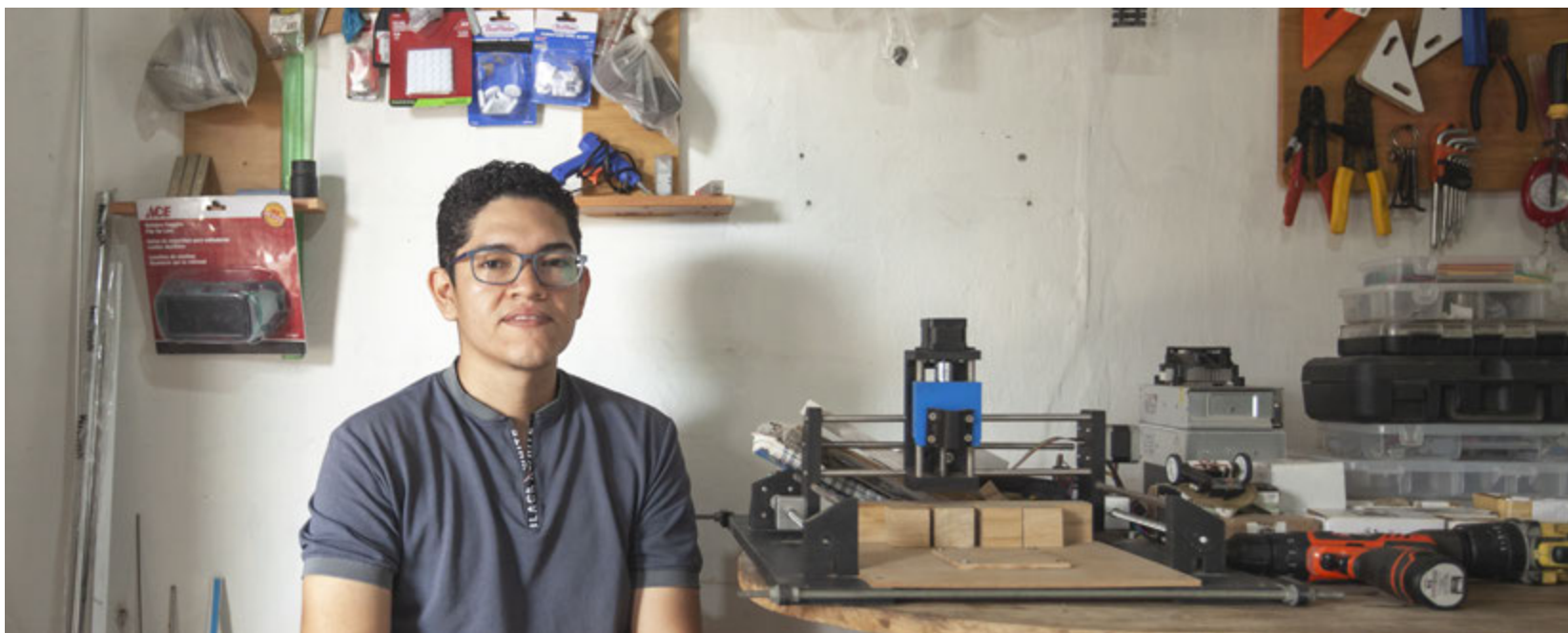
Gracias a mis buenas notas, Plan Internacional me otorgó una beca universitaria que me permitió cubrir los gastos diarios y de transporte. Pero no era simplemente un apoyo económico, también asistía a talleres, reuniones y capacitaciones en técnicas de expresión, comunicación, autoestima, género, entre otros temas que me fueron formando integralmente.



Incluso, en una oportunidad, tuve la visita, en mi universidad, de los patrocinadores de los Países Bajos (país que nosotros todavía llamamos Holanda). Fue muy bonito conocerlos, saber cómo es su cultura... hasta planeamos un viaje hacia allá en un futuro.

En los estudios daba todo de mí. Por eso fui ayudante de cátedra en Matemáticas, Circuitos Eléctricos y Cálculo.

También gané dos concursos de robótica que me han permitido viajar a Quito, Cuenca y Guayaquil. En quinto semestre tuve clases de Robótica y creamos un robot trepador que sube una pared metálica. En otro concurso obtuve el tercer lugar, con un robot





que podía resolver un laberinto solo.

La universidad me enseñó que puedo combinar la parte social con la formación profesional, eso fue lo que más me motivó a seguir estudiando. Por ejemplo, una vez quise ayudar a las personas invidentes, así que, junto a un equipo, creamos un bastón inteligente que detecta los objetos que hay alrededor y también diseñamos un rastreador de GPS que nos ayuda a ubicar a alguien que tengamos a cargo. Estos proyectos están avanzados, el siguiente paso es tener el dinero para implementarlos, pero necesitamos inversión.

Con Plan Internacional he sido patrocinado, becado y ahora soy instructor de talleres en el marco del convenio Empoderamiento Económico Juvenil. Este espacio ha sido poderoso porque veo cómo los jóvenes se van incentivando por seguir sus sueños, se postulan a las becas y se imaginan sus proyectos.

También participo en el programa de Emprendimiento Juvenil, donde doy cursos de electricidad domiciliaria, carpintería y reparación de celulares a chicos de diferentes comunidades. Espero seguir con los talleres e implementar unos más avanzados para quienes no pueden ingresar a la universidad y quieren

comenzar sus ideas de empresas.

Cuando estoy en las clases, siempre me pongo en los zapatos del estudiante, entiendo cuáles son sus necesidades y así logro un mejor resultado. A ellos les comparto mi testimonio de vida, de cómo inicié en Plan Internacional y los logros que he obtenido. Más que un referente quiero que ellos vean que sí es posible alcanzar sus metas y se motiven a seguir adelante.

Ahora tengo un emprendimiento, que nació en la universidad, llamado H&L Electronic & Robotics. Ahí brindo capacitación gratuita y pagada en temas relacionados con la electrónica.

En el futuro quiero tener mi propio espacio físico para dar los cursos, hacer una maestría en Educación o en Proyectos y ser docente en la universidad. Para mí es gratificante enseñar lo que he aprendido y ver que otros pueden crear nuevos proyectos.

Por ahora no me imagino viviendo en otro país, quiero seguir en mi provincia y luchar por la educación. Aquí necesitamos más apoyo para que los jóvenes logren terminar sus carreras y sigan sus sueños. Muchos llegan solo al bachillerato o desertan. Por eso mi meta es seguir capacitándome y compartir lo que he aprendido.



Laura

Decidí perseguir mi sueño a pesar de las dificultades y las limitaciones económicas que teníamos en mi casa: soy de las primeras jóvenes en mi provincia en ser profesional, curso quinto semestre de Derecho y eso es todo un orgullo.

Tengo 20 años. Soy una mujer kichwa, del cantón Guamote, y pertenezco a la nacionalidad Puruhá de la provincia de Chimborazo.

En mi comunidad somos aproximadamente 254 familias.

En Guamate hay gente muy amable, sociable, trabajadora y mujeres muy fuertes. Es un lugar donde siempre te reciben con los brazos abiertos y con tradiciones y costumbres muy bonitas.

Mi hogar está integrado por mis padres, mi hermana de 18 años, mi hermano de 12 y mi abuelo. Mis padres son mi mayor inspiración, ya que han trabajado muy duro para que logremos estudiar. Ver su valentía y coraje, con las que nos han sacado adelante, me llena de fuerza para continuar día a día.

Mi mamá, por ejemplo, a pesar de no tener estudios superiores, de no saber escribir ni leer muy bien, siempre me ha apoyado en mi carrera universitaria. Ella no me deja decaer, me da ánimos para continuar, ya que estudiar nunca ha sido fácil para una mujer indígena.

Desde los 14 años fui patrocinada de Plan Internacional Ecuador y ahora soy voluntaria, por lo cual participo en conversatorios, como representante de la comunidad, y ayudo a los técnicos en eventos, capacitaciones y en el desarrollo de proyectos. Entre aquellos en los que he colaborado destaco los talleres de enfoque de género, el Movimiento Por Ser Niña, Zona Libre de Embarazo, Escuela de Liderazgo, Innovación Juvenil, entre otros. En todos he buscado que los niños, niñas y jóvenes se empoderen, conozcan sobre sus derechos y haya igualdad.

Las personas que he conocido como voluntaria son como mi segunda familia. Me abrieron las puertas para seguir preparándome académicamente y en temas de liderazgo. Gracias a las capacitaciones que he recibido, he logrado realizar mi proyecto de vida.

Actualmente, combino los estudios con el voluntariado y formo parte del Concejo Cantonal de Protección de Derechos de Guamate. Soy vocera, lideresa y activista, mi tarea es exponer ante las autoridades las necesidades y realidades de las zonas rurales.

Uno de los momentos más importantes que he vivido con Plan Internacional fue un viaje a Bolivia, en 2019. Durante dos días, participé en un encuentro de mujeres activistas latinoamericanas, junto con jóvenes de México, Guatemala, Brasil, Colombia, Argentina y Chile.

Fui elegida entre 30 aspirantes, después de pasar tres fases. Fue algo muy importante, no lo podía creer. Para entonces tenía 18 años, era la primera vez que viajaba en avión y la primera persona de mi familia en salir del país. Mis padres estaban felices y orgullosos, y yo estaba nerviosa y emocionada.

Recuerdo que ese día llevé mi vestimenta de la nacionalidad Puruhá: un sombrero blanco, un collar blanco, una baeta rosada, una blusa bordada, pulseras y alpargatas.

En Bolivia hablamos de temas de género y de las problemáticas



que tenemos como mujeres jóvenes. Cada una compartió su experiencia y cómo hemos enfrentado los obstáculos. Fueron testimonios muy inspiradores.

Intento dejar estas emociones en las niñas con las que comparto mi experiencia. No es fácil tomar la batuta de las anteriores voluntarias, porque se necesita empatizar mucho con las comunidades y romper varias barreras. He ido ganando espacios poco a poco.

Sin embargo, he tenido que luchar contra los patrones culturales y los estereotipos que vienen de muchos años atrás y son limitantes para que las niñas accedan a la educación superior. Muchas veces, su educación era vista como un gasto y no como una inversión, y predominaba la ideología de que el hombre era quien debía prepararse, porque iba a tener una familia que mantener.

Las mujeres indígenas nos enfrentamos a muchas limitaciones: la etnia, la cultura, el idioma y la economía. Hablo kichwa y cursé mis estudios en ese idioma, pero cuando llegué a la universidad tuve que estudiar en español y fue muy complicado.

No fue solo eso, cuando ingresé a la universidad me decían: “no creo que lo logres, no necesitas estudiar porque vas

a tener a alguien que sostenga tu hogar, debes pensar en formar una familia”.

Pero yo tenía claro mi proyecto de vida y sabía lo que quería hacer. Siempre tenía en mi corazón el deseo de estudiar Derecho, para apoyar y hacer valer los derechos de mi comunidad y ser un ejemplo e inspiración para las demás niñas.

A mí me motivaron los estudiantes que compartían sus historias y nos decían que la educación era la única herramienta para mejorar nuestras vidas. Ahora voy con mi testimonio para que otras niñas se animen a luchar por lo que anhelan. También he capacitado a más mujeres sobre sus derechos para, poco a poco, eliminar la violencia de género e intrafamiliar.

En la actualidad, mis hermanos también forman parte de Plan International Ecuador. Mi hermano está en el proyecto Campeones por el Cambio, que busca sensibilizar y dar a conocer los derechos de las niñas, porque sabemos que en este proceso deben estar presentes los niños, ya que son nuestros mejores aliados.

Todos tenemos un sueño que late en nuestro corazón y está pendiente de cumplir. Yo apenas voy por el primero, el siguiente será especializarme en Derecho y Criminología. La persistencia es la clave y salir adelante es la meta.





Nataly

Terminé mi bachillerato gracias a una beca que me dio Plan International Ecuador. Sin esta ayuda, estoy casi segura de que no hubiese acabado mi educación secundaria, porque mis papás ya no podían apoyarme.

Un día mi prima me contó que Plan International le había dado una beca, así que le pregunté qué requisitos se necesitaban, porque yo quería terminar mi educación. En ese momento tenía seis meses de embarazo y mi situación era cada vez más difícil.

Mi prima me contó lo que debía hacer. Conversé con un técnico de Plan International y le conté que estaba embarazada, que mi pareja trabajaba pero ganaba muy poco y que no nos alcanzaba para pagar mis estudios. Mi papá



solo podía apoyarme moralmente, pero ya no económicamente.

Entonces comenzaron los trámites para darme la beca: entregué unos documentos que me pidieron, luego vinieron a visitarme a mi casa, hasta que me dijeron: “te ganaste la beca”. Enseguida fuimos con mi papi a las oficinas de Plan International. Él retiró el dinero e inmediatamente compramos zapatos, una mochila, algunos cuadernos que me faltaban y mi uniforme. Cuando recibí la beca me faltaba muy poco para terminar el bachillerato.

Durante tres años, la beca me ayudó a pagar mis útiles escolares y mis colaciones. En la cuarentena por el covid-19 pude hacer recargas para el celular y seguir las clases virtuales, porque no tenía internet en mi casa; así estuve en contacto con mis profesores y pude enviar las tareas.

La beca fue una excelente ayuda. Por esta, luego pude entrar a la universidad, para estudiar la carrera de Administración de Empresas, donde estoy aprendiendo mucho y haciendo nuevas amistades.

Aparte de la beca, también recibí ayuda para realizar un huerto, en el que he podido trabajar para obtener alimentos frescos para mi

hija, mi pareja y para mí. Este huerto lo he cultivado con la ayuda de mi mami, que se dedica a la agricultura, y el apoyo y asesoramiento de Plan International Ecuador. Siembro zanahoria, col, cebolla, hierbitas, rábano y remolacha. Como en mi sector no se cultivan muchas de esas hortalizas, me ha ido muy bien vendiéndolas aquí mismo y así he obtenido un ingreso extra. Con este dinero, que en realidad no es mucho, puedo comprar los pañales para mi hija o pagar los gastos en la universidad. Cuando termine la carrera, quiero crear una empresa para dar trabajo a madres adolescentes y madres solteras. Aunque aún no tengo claro a qué se dedicará mi empresa, sé que me servirá para darle un mejor futuro a mi hija.

Fui madre a muy corta edad. Hoy tengo 20 años y mi hija tiene 2 y medio. Estoy muy feliz de tenerla en mi vida. Con ella aprendo cosas nuevas, me gusta ver su sonrisa o escuchar sus primeras palabras. De todas maneras, a mis amigas y compañeras de la universidad les digo que se cuiden, que tomen buenas decisiones, porque ser madre es muy difícil.

A pesar de todas las dificultades que he tenido en mi vida, he salido adelante con el apoyo de mi familia y de Plan International Ecuador. Sé que me espera un buen futuro, pero tengo que estudiar para alcanzarlo.





Jeydi

El camino ha sido largo para vencer la timidez y el temor para hacer escuchar mi voz. Cuando tenía nueve años, la magia y los títeres me guiaron por un camino desconocido, en donde descubrí que podía relacionarme con otros niños y niñas.

La primera vez que asistí a un taller de Plan Internacional Ecuador también fue mi primer encuentro con el arte y el teatro. En esa ocasión presté mi voz para animar al títere de una niña que construí durante varias semanas con materiales reciclados.

Al principio estaba muy nerviosa y también muy tímida, porque nunca había convivido con tantos niños y niñas. Sin embargo, siempre recuerdo ese taller porque despertaron la necesidad para compartir mis experiencias de vida, a la vez que iba generando un lazo de amistad con los demás.

Ese fue el comienzo. A la magia y a los títeres les siguió el canto. Todavía guardo en mi mente las palabras de mis compañeros del programa en donde creamos y cantamos una canción por la igualdad de género. “Alza tu voz”, dijeron cuando me vieron nerviosa, dudando de mis habilidades. “Tú puedes, tú puedes”, me repetían.

Sus palabras me permitieron subir a un escenario y, de ahí en adelante, hablar en público se me hizo cada vez más fácil, al punto que hoy, a mis 19 años, estudio Ciencias Políticas y cuando me gradúe espero hacer una maestría en Relaciones Internacionales y Diplomacia.

Recordar las palabras de mis compañeras todavía me reconforta y, cuando miro atrás, reconozco los cambios que he tenido en mi autoestima, en la forma como organizo las cosas, a perseverar en mis metas y algo que me gusta mucho: la sororidad.



El Movimiento Por Ser Niña ha sido esa puerta grande para conocer a otras chicas, compartir lo que quiero ser y hasta visitar otros países fuera de Ecuador. En mi adolescencia formé parte de Zona Libre de Embarazo, un taller para prevenir el embarazo adolescente, donde aprendí sobre derechos sexuales y reproductivos, género y

autoestima. Pude mirar mis imperfecciones, mi cuerpo, mi personalidad y a partir de ahí pensar en un plan de vida.

En una toma de poder fui viceprefecta por un día. El discurso sobre género y equidad que di ese día todavía me llena de orgullo. Después de escucharme, la gente solía decirme que había madurado rápido.

Cuando te sumas a los proyectos de Plan International Ecuador es como lanzar una bola de nieve. Uno te lleva a otro y así llegué a Amigos de las Américas. Tenía 14 años cuando me involucré en esta iniciativa, que me llevó a vivir cerca de dos meses en la comunidad de Santa Cruz, en Guamote, provincia de Chimborazo, para participar en un programa de liderazgo para la producción de miel de abeja.

Fue difícil separarme de mi familia, pero así como perdí el miedo a hablar en público en un par de semanas pude superar la nostalgia de estar por primera vez lejos de mi hogar. Pero trabajaba con niños y jóvenes y estaba con



una familia en la que me sentí acogida y acompañada.

Esa primera experiencia lejos de casa me dio fuerza para registrarme, al año siguiente, en el programa de Jóvenes Embajadores. Estaba en una de las oficinas de Plan International Ecuador en Latacunga cuando vi el afiche de la convocatoria y decidí presentar mi propuesta para liderar talleres de educación sobre enfermedades de transmisión sexual en mi comunidad. Lo llamé “Asegura tu futuro con responsabilidad”, ya que durante toda mi vida he trabajado el tema del embarazo adolescente, así que quería hacer algo para ayudar a las personas a tomar mejores decisiones sobre su salud y su vida.

Solo haber sido preseleccionada para el programa fue una gran felicidad. Después vinieron rondas de entrevistas en inglés y español. Pasaron varias semanas hasta que recibí la llamada que tanto deseaba: había sido elegida para viajar a Estados Unidos a desarrollar mi proyecto.

Grité un montón y quedé en shock. Fui corriendo a verles a mis papis que estaban atrás de mi casa. Cuando les conté la noticia ellos lloraban de la emoción, estaban tan felices que me abrazaron y me felicitaron. Sentí tanta alegría.

La felicidad se completó cuando vi el apoyo que mi propia comunidad me dio. En mi colegio hicieron una colecta de dinero para ayudarme con los gastos del viaje y hasta la Prefectura de

Cotopaxi me apoyó. Fue algo que yo no esperaba.

El programa me llevó a los estados de California, Wisconsin y Washington. Ahí hicimos voluntariado, entregamos, por ejemplo, alimentos a las personas sin hogar en San Francisco. También conocí gente de Colombia y, con mi familia anfitriona, pude trabajar en un huerto orgánico.

Este viaje me marcó bastante porque fue el espacio que me ayudó a vincularme con más gente y con el mundo y fue la inspiración para estudiar Ciencias Políticas. Creo que también me marcó mucho aprender sobre empoderamiento, de no tener miedo de hablar en público y a ser más participativa.

A mi regreso pude implementar mi propuesta para dar información sobre las enfermedades de transmisión sexual en mi comunidad. Plan International me instruyó mucho más sobre el tema y me aportó materiales y consejos para que el mensaje llegara de mejor manera a los jóvenes. Luego viajé a Bélgica para participar en un proyecto de liderazgo juvenil que ha sido muy importante en mi formación

Veo un cambio en mí, en mi familia y en mi comunidad. En mi casa a veces no distribuimos bien las tareas, pero somos capaces de darnos cuenta y hablarlo. Somos más equitativos. Y en mi localidad los hombres ya no tienen ese recelo de hablar de sexualidad o de menstruación, siento que hay mayor apertura para hablar estos temas. Además hemos logrado relacionar de forma más equitativa a los chicos y chicas, y eso es lo que importa.

A black and white portrait of a young man with dark, wavy hair, smiling warmly at the camera. He is wearing a dark quilted jacket over a white t-shirt. The background is a soft, out-of-focus landscape with green brushstrokes. The name 'Ángel' is written in a large, green, handwritten-style font across the middle of the image.

Ángel

Donde yo vivo, en Loja, nos caracterizamos por la amabilidad y el carisma de la gente. Todos te saludan con un “buenos días” o un “buenas tardes”. Nuestros paisajes son hermosos y predominan el color verde y las montañas.

Me despierto, me asomo a la ventana y veo una montaña hermosísima. Escucho a los animales: los gallos, los perros y los pájaros. Siento una paz enorme y fuerza para trabajar, estudiar y salir adelante. En mi comunidad, somos muy afortunados.

Tengo 19 años. A los cinco años ingresé a Plan International Ecuador y he

Cnt

InfoCentro
CONECTAR CON LAS PAIS
CONECTAR CON LA GENTE



aprendido muchas cosas en un proceso que ha sido largo. En la escuela no sentía la necesidad de tener planes a futuro, pero desde que estuve en el colegio me preguntaba si tendría la oportunidad de entrar a la universidad. Después de muchos sacrificios a todo nivel, actualmente estoy cumpliendo mi sueño de estudiar Medicina.

Con Plan International Ecuador he podido capacitarme y crecer a nivel personal, académico y social. Una de las mejores experiencias que tuve fue en 2019, cuando gané una beca del Programa Jóvenes Embajadores —patrocinado por la Embajada de Estados Unidos y administrado por World Learning, en asociación con Amigos de las Américas y Plan International—. Era la primera vez que subía a un avión y salía del país. Conocí a jóvenes de otros lugares del mundo, como Colombia y Brasil.

El proceso de selección fue muy difícil. Nos postulamos 254 jóvenes y solo seleccionaron a 13, según el perfil académico, de voluntariado y el currículum. Para la entrevista tuve que viajar a Cuenca, que queda a más de cinco horas por la carretera. En todo el camino iba pensando en el tema del idioma, ya que nos harían algunas preguntas en inglés. En mi cabeza practicaba varias veces el saludo. Estaba muy nervioso.

Me preguntaron sobre mi comunidad, el voluntariado y mis aspiraciones. Los resultados salieron a los 15 días. Una de las coordinadoras del programa me llamó: “Ángel, felicidades, fuiste seleccionado para Jóvenes Embajadores”. Mi familia estaba muy emocionada, mis abuelos lloraron y empezaron los preparativos para ir a Quito, a unas 14 horas por carretera, para la entrevista de la visa. De los 52 entrevistados, quedamos 13.



Llegamos a Miami, de ahí a Madison y finalmente a Washington. Llevé algunos dulces tradicionales de Ecuador: bocadillos de panela de caña y maní tostado, alfeñiques y huevos faldiqueros; y uno de los trajes de la Sierra, para una presentación artística, en la que luciría poncho, camisa blanca con bordados de hilo, alpargatas negras, un sombrero de lana y un zamarro, que se hace con lana de borrego y era tan pesado, que representó la mitad del peso permitido por la aerolínea.

En Estados Unidos fueron tres semanas de mucho aprendizaje. Recibimos talleres sobre liderazgo y apoyo para planificar un proyecto comunitario, que en mi caso fue

realizar una escuela de arte para talleres de danza y música.

Me gusta danzar. Me encanta la música folclórica y la mezcla de

sonidos, entre flautas, tambores y los instrumentos de viento. Los ritmos son movidos y los trajes, una maravilla, por eso los presentamos en Estados Unidos.

Además de bailar, en mi tiempo libre me gusta trotar, estar con mis abuelos y mi mamá, y visitar a mis amigos.

Cambiar realidades es difícil. Por eso debemos empezar por nosotros, para luego realizar acciones con la comunidad. Primero debemos estar claros con nuestro accionar, hacer las cosas bien y la vida empezará a cambiar. Inicié como beneficiario en capacitaciones y talleres, y desde hace tres años soy voluntario. He participado en varios programas y más de 80 capacitaciones. Puedo destacar algunos, como Campeones por el Cambio y Movimiento por Ser Niña, que busca la igualdad de género y de oportunidades para hombres y mujeres, además del proyecto Promotores de Derechos Sexuales y Reproductivos, en el que se capacitó a 325 niñas y niños. También he hecho diplomados en Relaciones Públicas, Democracia y Liderazgo Político.

Actualmente trabajo en los talleres de emprendimiento sobre bisutería, cerámica y pintura. También me encargo de hacer alianzas con entidades y con algunas fundaciones desde el área de comunicación.

Quisiera llegar a las zonas más alejadas del país y compartir mis conocimientos para construir una sociedad más justa y equitativa, aunque sea un poco, sé que así se logran los grandes cambios.

Mi familia me ha apoyado en todos los procesos formativos y se sienten orgullosos de lo que he logrado. Comparto el pensamiento de que el conocimiento es poder y siempre busco seguir capacitándome, para luego enseñar lo que sé a mi familia, a mis amigos y a mi comunidad.

Además de la carrera universitaria, adelanto una tecnología en Gestión de Talento Humano de manera virtual, con una beca del 90 %.





El gusto por la carrera de Medicina se lo heredé a mi madre, quien trabaja en salud pública. Estudio en la Universidad Nacional de La Plata, en Buenos Aires, Argentina. Como las clases son virtuales, he podido continuar con el trabajo comunitario y seguir enseñando.

Cuando supe que estudiaría en Argentina, me fui de mochilero por varias ciudades del país, hasta la frontera con Colombia. La aventura duró tres meses y en ese tiempo busqué voluntariados en fundaciones del área de la salud, centros médicos y brigadas, donde pedía hospedaje. Visité la Costa, las playas y la Amazonía.

Inmediatamente después de que se terminen las clases en línea, me tendré que ir y será difícil. Mientras estamos en el desayuno y recordamos el tema, lloramos, pero tengo claro que regresaré al país.

Este es mi lugar y me duele dejarlo. Hay mucho por trabajar

en mi provincia: la representación que tenemos como niños y adolescentes en las decisiones públicas, el acceso a la información, reducir el embarazo adolescente, el empoderamiento, acabar con la violencia de género y la violencia intrafamiliar.

Pero el camino ya está empezado y en el futuro me veo como un Médico Sin Fronteras. Quiero ayudar en las zonas más apartadas del país, donde no llega información sobre salud.

También quiero trabajar más la niñez y la adolescencia, porque ellos son el futuro. Con Plan International Ecuador hemos recorrido todo el cantón y a las comunidades les gusta lo que hacemos. Siempre dicen: “¿cuándo vuelve?, ¿cuándo regresa?”.

Eso me llena el corazón. Me demuestra que vamos por buen camino y que a la gente le gusta participar. Ese es mi impulso para seguir.



Juliet

Un día mi mamá recibió una llamada de una técnica de Plan International Ecuador que le dijo: “su hija debería participar en las capacitaciones sobre derechos de reproducción sexual”. Mi mamá me preguntó y dije que sí quería ir. Así comencé este bonito camino con esta organización.

Al comienzo recibía las capacitaciones desde mi casa, era la época de la cuarentena por la pandemia del covid-19. De inmediato me interesó el tema, justamente porque era un tópico del que siempre quise hablar, pero, por miedo a qué dirían las personas, mis amigos o mi familia, no decía o no preguntaba nada. Ahora soy promotora de derechos sexuales y reproductivos.

Para mí es demasiado importante hablar sobre educación sexual y reproductiva. Yo estuve en un colegio católico donde no se daban charlas de estos temas. En general, al no hablar de esto, aumentan las cifras de embarazos adolescentes. Pero también pasan otras cosas. En mi colegio era muy común ver abusos psicológicos, era normalizada la situación de hacer bromas machistas. Recuerdo una vez que un chico le alzó la falda a una compañera y yo decía, dentro de mí: ¿por qué hace eso? Y quería preguntarle, pero veía a mi alrededor que nadie decía nada. La chica se iba sumamente deprimida porque se había violentado su privacidad. Después pude traducir la vergüenza que ella sintió, por qué se fue así, cuando adquirí los conocimientos que tengo ahora.

Creo que es importante que los chicos se eduquen en salud sexual y reproductiva para que no tengan hijos a edades muy tempranas. También es importante para no festejar a otras personas los abusos que cometen y para entender que alzarle la falda a una compañera de clase es una falta de respeto, por decir lo menos.

Además, creo que las capacitaciones en salud sexual y reproductiva son muy importantes por dos cosas más. La primera, porque las chicas y los chicos pueden pensar mejor en su proyecto de vida,

con los pies en la tierra.

Cuando pensamos en nuestro futuro, se nos vienen muchas cosas a la mente. Por ejemplo, yo quiero tener un novio o quiero tener una familia, pero hay que preguntarse: ¿tengo recursos para

mantener a mi familia, para tener una casa? o ¿estoy bien sentimental y mentalmente para desarrollarme como mamá?

La segunda es para que la salud sexual y reproductiva deje de ser un tabú. Es imprescindible que jóvenes y adultos, como los rectores de los colegios, los profesores, las mamás y los papás, reciban esta enseñanza.

La gente dice que los jóvenes son el futuro. Pero no, los jóvenes son el presente. Para lograr ese futuro anhelado, necesitan conocimientos, estar preparados para identificar faltas de respeto, abusos psicológicos y sexuales, o crear su proyecto de vida.

Cuando me preparaba para ser promotora, acudí súper nerviosa a las primeras capacitaciones. Estaba acostumbrada a callarme las cosas que pensaba, pero en las primeras charlas de educación sobre salud sexual y reproductiva, los chicos y chicas hablaban muy libres, y eso me dio confianza para también participar. La primera vez que alcé la mano para hablar quise hacer una pregunta corta, pero me





extendí muchísimo, y eso me pasa en la mayoría de talleres. Yo sé que hablo mucho porque me he guardado tantas cosas, y sé que ahora por fin las puedo decir.

Al participar, siempre me siento cómoda. Antes tenía miedo, bueno, todavía sigo trabajando en que me digan: “no, está mal”, porque en mi colegio, a quienes daban una respuesta incorrecta, les señalaban, criticaban o se burlaban. Pero yo ahora participo y las técnicas de Plan International me dicen: “muy bien, me gusta tu punto de vista”; o me dicen: “te explico esto por si no lo sabías”, siendo amables y respetuosas.

Siento que Plan International Ecuador ha ayudado a que la verdadera Juliet florezca. Antes de esas capacitaciones, yo quería encajar dentro de la sociedad machista del cantón donde vivo, en la provincia andina de Loja. Me ponía un montón de capas, pero ahora tengo la seguridad de ser quien soy. Por ejemplo, decir: yo quiero hacer esta actividad, ¿cómo lo hago? Las técnicas siempre están dispuestas a ayudar. Aquí he sentido que se cumple lo que se dice ser uno mismo. Me han dicho: exprésate como quieras,

como sientas, libera tus emociones.

Luego de que comencé a ser promotora, entré al Movimiento Por Ser Niña, en mi cantón. Desde ahí, han venido más oportunidades a mi vida. Una de esas, ser mentora de las escuelas de liderazgo, donde doy capacitaciones. Nunca me imaginé compartir mis conocimientos con otras chicas. La conexión con ellas es muy bonita, porque es un intercambio intenso de conocimientos. Gracias a Plan International he conocido a muchos chicos y chicas maravillosos, que tienen un potencial hermoso.

Me gusta dar capacitaciones. Es tan bonito cuando las chicas me agradecen por lo que les enseño o se acuerdan de mi nombre. Eso significa que pusieron atención.

Me dicen: “gracias por los conocimientos”. O, a veces, en un debate de opiniones, alguien dice: “a mí no me parece lo que dices, pero quiero saber más de esta información”. Cuando doy capacitaciones, me gusta hacerlas dinámicas, que los chicos alcen la mano,




que pongan emojis si el taller es virtual, o que hagan preguntas mientras voy explicando. Para mí, dar capacitaciones también es aprender de todo el conocimiento que se comparte. Yo siempre digo: lo que nosotros tenemos en la mente puede ayudar a salvar una vida. Puede ser que a alguien le haga falta ese conocimiento para salir adelante. Hay que compartir.

Cuando estoy dando un taller, siento un nivel de felicidad sumamente alto. Me gusta mucho generar confianza con las otras personas, que me digan: “quédate al final, Juliet, porque quiero contarte algo”; es decir, que me cuenten algo muy personal. Eso es gratificante porque me recuerdan a mí, cuando yo buscaba a esa persona de confianza para contarle las situaciones que pasaba y nunca la encontré.

Al finalizar los talleres siempre me gusta darles a todos alguna palabra de motivación. Cuando son talleres virtuales yo suelo decirles: “que les vaya bien”, pero cuando son presenciales, les digo: “espero que logres todos tus sueños”, porque a veces son palabras lo que nos hace falta, y estas no se dicen día a día.

Ver como crezco, tanto en edad como en conocimientos, es muy bonito. Creo que las chicas dentro del Movimiento Por Ser Niña están felices por cómo son ahora, al igual que yo. Nos espera un futuro para seguir aprendiendo. Por el momento, voy a seguir con mi interés de aprender y capacitar a otras chicas y chicos. Solo el día en que una niña o mujer no sea violentada, que no hayan alertas de suicidios, yo creo que pararé y diré que mi labor de mentora o formadora ha terminado. Eso significa que pusieron atención.





Wenddy

Migración: una palabra que atraviesa mi vida. Soy de Caracas, Venezuela y en 2017 migré a Ecuador. Nunca imaginé que este proceso me permitiría conocerme a fondo y reconocer el potencial que tenía oculto.

Mis papás son de Pueblo Nuevo, una zona rural de Portoviejo, en la provincia de Manabí. Hace 26 años, cuando ellos tenían 18, dejaron su tierra para vivir en Venezuela y ahí nacimos mis hermanas y yo. Años después, regresamos a Ecuador, aunque yo no quería venir.



Yo estaba un poco familiarizada con la zona porque veníamos de vacaciones cada dos años. Sin embargo, cuando mis papás tomaron la decisión de regresar sentí que todo sería nuevo para mí y miles de pensamientos pasaron por mi cabeza. Yo estudiaba Derecho, estaba en séptimo semestre y no quería abandonar la carrera. A mis padres les planteé la posibilidad de quedarme en Caracas hasta terminar mis estudios.

Esa convicción cambió cuando un amigo mío murió en una protesta por una bomba de gas. En ese momento yo me dije: “Hasta aquí llegué. Aquí la vida de los jóvenes no vale nada, me tengo que ir”.

La vida en Venezuela era muy dura en 2017. Aunque mi familia y yo teníamos para comer y cubrir nuestras necesidades, el peligro y la inseguridad nos acechaba. Vivíamos en un barrio vertical — un conjunto de torres muy altas— que nos había dado el gobierno. Sin embargo, vivir ahí se volvió peligroso. Siempre se escuchaban disparos y en alguna ocasión tuvimos que caminar al lado de unos cadáveres. Mi hermana menor, que en ese entonces tenía seis años, estaba traumatizada y, cuando escuchaba alguna detonación, se escondía debajo de la cama.

Al llegar a Ecuador yo tenía ciertas ventajas frente a otros venezolanos, porque tengo la nacionalidad, una casa donde vivir y a mi familia. Pero no estaba acostumbrada a vivir en el campo. Quería seguir estudiando pero Pueblo Nuevo es un área rural donde no hay las comodidades de la ciudad, no hay aire acondicionado ni internet y, claro está, no hay universidades. Además, para seguir

estudiando debía aprobar el examen de ingreso, pero yo no sabía nada de la historia del Ecuador y poco me acordaba de las matemáticas.

Como no tenía nada que hacer me puse a cargo del cuidado del hogar. Pasé de tener una vida muy activa a quedarme en la casa. Antes estudiaba inglés, participaba en una orquesta y a veces trabajaba. En Pueblo Nuevo me molestaba el sonido de los gallos y de los pájaros porque no me dejaban dormir. Tenía mucho calor y pensaba: “¿Adónde me vine a meter?”. Me enfermé por un derrame pleural y me hospitalizaron porque tenía líquido en mis pulmones. Había tocado fondo, pero, extrañamente, desde ahí todo fluyó.

Un día en la escuela de mis hermanas una profesora me ofreció ser su reemplazo por unas horas, para ir al doctor. Yo dudé en aceptar porque siempre fui tímida y detestaba hablar en público. Hasta que me dije que solo eran niños, que no iba a pasar nada y acepté. Poco a poco más maestras me pidieron ayuda porque valoraban mi trabajo.

En 2018, llegó el momento de aplicar a la universidad y en la solicitud debía poner dos opciones de carreras que quería estudiar. La primera fue Derecho, pero no podía mudarme a la ciudad porque mis papás no podían costear mi estancia y mi segunda opción era la licenciatura para la enseñanza de idiomas extranjeros. Estoy por graduarme de la licenciatura y hace un año comencé a estudiar Derecho en modalidad virtual.

En medio de ese proceso llegó Plan International Ecuador y salí de

la depresión por la que estaba atravesando. Plan International estaba trabajando en algunos proyectos en mi comunidad y me dejaron participar en sus programas, aunque fuera extranjera y tuviera un par de años más de lo requerido. Yo estaba feliz, porque muchas personas nos habían discriminado por ser de un país incomprendido, del que han huído más de cinco millones de personas.

En Plan International Ecuador conocí personas que me aceptaron por quien soy. Hice mi primer círculo de amigos en el país. En la red de reporteros comunitarios participé en mi primer programa periodístico, ahí aprendí a grabar y editar videos para generar contenido, a hablar frente a las cámaras y a locutar en radio. Descubrí que tengo la habilidad de hablar frente a las personas y transmitir de forma asertiva mi mensaje.

Un día me invitaron a una radio en Portoviejo para contar lo que hacíamos los jóvenes de las áreas rurales y el periodista que me entrevistó quedó fascinado porque me desenvolvía muy bien, al punto que me ofreció trabajar a tiempo parcial en ese medio de comunicación. Después de pensarlo, acepté. Parte de mi trabajo era locutar y manejar los controles.

También formo parte del Movimiento Por Ser Niña, que cambió mi forma de pensar en 180 grados. Comencé a entender el feminismo, la sororidad y que las mujeres luchamos por las desigualdades que vivimos solo por ser mujeres.

A inicios de 2022, comencé a participar en un proyecto desarrollado

por Plan Reino Unido sobre Educación en Emergencias. Es un proyecto que se trabaja en conjunto con ocho países, de los cuales, Ecuador es el único de América. Nuestro trabajo consiste en conocer las circunstancias que vive la niñez en Ecuador con respecto a entornos educativos inseguros y proponer soluciones a esas problemáticas. El proyecto cuenta con el apoyo de 22 delegados en



las provincias en las que Plan International Ecuador trabaja. A finales de julio, viajé a París para participar en un evento juvenil de Educación en Emergencias desarrollado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). A nivel personal, fue un desafío inmenso, porque, por primera vez en mi vida tuve que hablar en inglés y demostrar mi potencial. A nivel profesional, fue un orgullo inmenso, porque me estoy preparando para ser profesora. Ir a una organización como la Unesco a hablar de las cosas que más amo es un orgullo que no me cabe en el cuerpo.

No me alcanzan las palabras para contar todo lo que me dio la migración. Aunque aún extraño mi país, sé que migrar a Ecuador fue lo mejor que pude hacer. Ya no soy Wendy, la chica tímida que tenía vergüenza hasta de preguntar cuánto costaban unos zapatos, ahora soy una mujer empoderada que está en sintonía

con su comunidad y trabaja en pro de los derechos de los niños, niñas y adolescentes de las áreas rurales, porque estar en un área rural no debe ser sinónimo de desigualdad y abandono. Tras cinco años en Ecuador, me doy cuenta de que es un privilegio vivir en sintonía con la naturaleza. Ahora no sé si regresaría a vivir a una gran ciudad. Ya no me molesta el canto de las aves ni de los gallos. Valoro la tranquilidad, ver las estrellas y llegar a mi casa y desconectarme del caos del mundo.





Leonel

El 16 de abril de 2016 sentimos la muerte cerca. Fue horrible. Ese sábado estábamos con mi familia en nuestra casa, construida de caña, cuando empezamos a sentir que todo se movía bruscamente. Creímos que iba a ser por poco tiempo, pero, al pasar los segundos, la magnitud de la fuerza fue incrementando.

Un terremoto de 7,8 grados, con epicentro en Pedernales, provincia de Manabí, dejó 670 fallecidos. Nosotros vivimos en Portoviejo, afortunadamente nuestra casa no tuvo grandes afectaciones y de



nuestra familia nadie resultó herido. Pero gente conocida y algunos amigos sí perdieron a sus seres queridos.

En ese entonces yo tenía 13 años. Estaba sentado en una hamaca. Empecé a bajar por las escaleras mientras aún temblaba. Fue un error, pero arriba estaba con mis tíos y quería estar con mis padres y mis hermanos.

Mi papá me pedía que me quedara quieto. Ese día estaban cocinando y se cayeron las ollas con las cosas calientes, la nevera se abrió completamente y se salió todo lo que había dentro.

Pasó todo. Los daños en la ciudad eran inmensos y se escuchaba de muertos en todo lado. En ese momento agradecí por estar vivo y decidimos ayudar a quienes lo necesitaban. Tras el sismo participé en las Fábricas de Inteligencia de Plan International Ecuador, que consisten en crear, a través de juegos y charlas, espacios amigables para recuperarse emocionalmente luego de una crisis.

Ya había participado en Plan International años atrás, desde que tenía ocho años, principalmente por seguir el ejemplo de mis dos

hermanos: mi hermana, de 24 años, y mi hermano, de 14, con quienes habíamos ido a las “Magias Vacacionales”.

Ahora formo parte del Movimiento Por Ser Niña, donde he aprendido a respetar y reconocer a las mujeres, y ser un aliado estratégico.

He participado en varios procesos de formación de niñez, adolescencia y juventud en la comunidad, la escuela de liderazgo, la red de comunicadores populares, en programas sobre masculinidad saludable y sobre derechos sexuales y reproductivos, entre otros.

Mis padres trabajan en agricultura y lo que ganan es mínimo, así que nos vemos muy apretados de dinero. Mi padre cultiva cilantro, cebolla, fréjol, haba, habichuela, pepino, achogcha, entre otras legumbres.

Mi familia siempre me ha apoyado para ir a los programas. Incluso, cuando tuve que ingresar a la universidad, estuvieron ahí para que no me desalentara.





Tuve que luchar por dos años para ingresar a la universidad. No me rendí con la primera ni la segunda prueba fallida, seguí preparándome hasta obtener el cupo. Salí del colegio en 2020 y hasta marzo de este año tuve mis primeras clases de tercer nivel. En octubre de 2021 logré un cupo en Comunicación, en la Universidad Laica Eloy Alfaro, de Manta. Apenas estoy en primer semestre pero siento que es una carrera muy bonita y de la que he aprendido mucho. Estoy aprovechando el tiempo al máximo.

Soy el segundo de mi familia que está en la universidad. Es un paso muy importante que continuaré hasta obtener mi título universitario, crear una empresa y ayudar a otras personas.

Manabí es hermosísima y estoy orgulloso de ser de Portoviejo. Uno se enamora de cualquier rincón: tiene una cultura con mucha tradición, una gastronomía exquisita y su gente es muy hermosa, acogedora, sencilla y humilde. No hay palabras para expresar lo bonito que es.

Con Plan International Ecuador he llegado a otras comunidades de Manabí. Me encanta compartir ideas con otros jóvenes, conocer sus realidades y cómo viven. Para mí eso es muy importante.

En Manabí, el trabajo recién empieza: necesitamos mejorar la educación, la seguridad y trabajar por la igualdad. Empezamos el proceso Formador de Formadores e impulsamos, con 17 personas más de distintas comunidades, una empresa social, que pueda contratar nuestros servicios de formación y capacitaciones.





Thommy

En diez años seré médico y aportaré a mi provincia, Santa Elena. Recorreré las comunidades y atenderé a las personas que me necesiten, sin necesidad de que me paguen. Todos somos personas y siempre necesitamos la ayuda de alguien para salir adelante. Esta también es mi historia: la de un joven que perdió a su padre a los tres años y su madre luchó junto a sus abuelos y tías para sacarlo adelante, pese a que los recursos económicos siempre fueron muy limitados.

Creo en los sueños, en los ideales y en el activismo social, porque la combinación de estos tres elementos me trajo a mi destino: Mar del Plata, Argentina, donde estudio Medicina.

En mi familia, nadie se imaginó que uno de nosotros llegaría tan lejos, porque hasta ahora solo un primo había ido a la universidad. Yo soy el segundo en hacerlo. Para mí es un logro que resume lo que mi abuelito siempre nos enseñó: que debíamos estudiar con dedicación, ya que es nuestra máxima responsabilidad. Creo que él nunca se imaginó que sus palabras cambiarían la historia de mi familia. Él es guardia de seguridad y, con lo que ganaba, arreglaba la casa para que todos viviéramos bien. Cuando era niño, compró una televisión, que a veces veíamos para entretenernos, porque no tenía muchos juguetes.

Las mujeres de mi familia han sido mi inspiración, en especial mi mamá, que después de enviudar a sus 25 años volvió a la casa de mis abuelos con dos pequeños hijos. Para sacarnos adelante, trabajó y, a la par, estudió para ser auxiliar de enfermería. Y lo logró. Ella fue quien me introdujo al mundo de la medicina. Algunas veces, cuando yo tenía ocho años, el bus del colegio nos dejaba a mi hermana y a mí en el hospital donde mi mamá trabajaba y le esperábamos hasta que saliera. En ese hospital, los doctores eran empáticos con nosotros

y nos hacían reír o nos regalaban un chocolate para hacer más amena la espera. Fue ahí que entendí que la medicina es social y debe ser para ayudar a todos.

A veces pienso que todo en mi vida se ha ido entretrejiendo para que logre mis sueños, pero he tenido que cambiar mi visión del mundo. Aunque a mis 14 años ya formaba parte del Consejo de Protección de

Derechos del Cantón La Libertad y a los 17 fui presidente del Consejo Consultivo de la Niñez, Adolescencia y Juventud, tenía una visión machista, a pesar de que siempre he querido hacer un cambio en mi sociedad.

A esa edad pensaba que los hombres éramos los únicos que debíamos estar al frente de un espacio de liderazgo, como la Alcaldía. Para mí, siempre tenía que ser un hombre. Y cuando veía que las mujeres participaban en un rol de liderazgo, como concejalas, creía que lo hacían mal. Incluso en mi casa, aunque la mayor parte son mujeres y todas trabajaban, yo sentía que mi abuelo era el hombre de la casa y el que proveía.

Esta realidad cambió cuando conocí a María Belén, mi mejor amiga, una adolescente empoderada que siempre hablaba de la equidad de género y el empoderamiento de la mujer. Ella formaba parte del Movimiento Por Ser Niña, de Plan International Ecuador. A través de ella también conocí a María Esperanza, otra activista que



me ayudó a abrir mis ojos, a ver el mundo en su diversidad y notar cuán equivocado había estado hasta mis 17 años.

La convicción de María Esperanza era tan firme que, cuando me invitó a participar en un curso de inglés para adolescentes, impartido por Amigos de las Américas en conjunto con Plan International, acepté. Lo primero que vi al llegar a las oficinas de Plan International fueron las paredes llenas de pancartas que promovían la equidad de género. Yo no sabía casi nada del tema, pero me comenzaba a interesar. Sin embargo, al inicio, mi principal motivación para asistir al programa era mejorar mi comprensión del inglés, porque era un idioma que se me dificultaba mucho. Al final, en las clases no solo aprendí el idioma desde cero y reforcé mis bases, sino que, al mismo tiempo, iba aprendiendo de género, porque muchas actividades de las clases estaban relacionadas con este tema. Eso me encantó y ahí comenzó mi activismo por promover la igualdad.

Cuando las clases de inglés terminaron, me invitaron a participar en actividades del Movimiento Por Ser Niña, lo que también acepté. Yo nunca digo que no a los nuevos desafíos y menos si se trata de activismo social. Con el paso de los años puedo ver que ahí no solo comenzó mi cambio, sino el de mi familia y amigos. Aunque antes había recibido talleres de empoderamiento y liderazgo de otras organizaciones, los de Plan International fueron

muy especiales, porque trastocaron mi perspectiva del mundo, de lo que es ser hombre. Luego aprendí sobre identidad de género y fue la primera vez que me di cuenta de que esto existía y era una realidad a la que le había dado la espalda por desconocimiento. Pero mi tarea no quedó ahí, decidí hablar de esto con mis abuelos, que son católicos, apostólicos y romanos, y aunque me llevó mucho tiempo hacerles entender que la identidad de género existía, hoy aceptan esto y lo respetan. Pese a sus años, ellos han comprendido que el mundo está cambiando, que las personas no son iguales y que esto no está mal. Mi mamá también lo entendió y ahora, cuando una persona trans o gay va a su trabajo, ella le trata con empatía.

En mi casa nadie tiene un rol específico, todos hacemos de todo. Cuando yo estaba ahí, preparaba la merienda; mi hermana, el almuerzo; mi abuelito limpiaba, y así, cada uno aportaba para que las cosas funcionaran bien.

Ahora me inspira ver a una adolescente de una comunidad muy alejada que puede asumir un cargo de liderazgo, como ser alcaldesa por un día y tomar decisiones que beneficien a su comunidad. Eso es increíble, es admirable y me enriquece muchísimo. Hago vocería para que el cambio siga pasando. Como hombre, juego un rol protagónico para que las niñas y las mujeres puedan alzar su voz y sean escuchadas.



Zoila

Mi sueño es ser profesora de escuela. Creo que es bonito estar delante de los niños, enseñarles Matemáticas, Inglés o Ciencias Naturales. Es bonito conversar con ellos, siempre me sorprenden con algún pensamiento o alguna frase.

Estoy en noveno grado de educación básica en un colegio en Guamote. Soy de una comunidad muy linda en medio del páramo, aunque el clima es hostil porque hay mucho viento y el frío es extremo. Además, el volcán Sangay está cerca y puede ser un riesgo para la salud de nuestra comunidad.

Vivimos de la agricultura. En el huerto sembramos papas, mellocos, choclos, mashua, fresas. Por eso hay muchos colores en los terrenos. La imagen que me gusta es el verde oscuro de las



lomas. También tenemos animales como vacas, borregos, burros, cuyes, conejos, pollos, caballos... a veces se puede escuchar a los lobos y, si estás de suerte, los puedes ver.

La mayoría de días tengo que viajar desde mi comunidad hasta Guamote para ir a las clases. El colegio está muy lejos, a veces hay buses pero me demoro mucho tiempo en llegar. Mi mamá me da un dólar por día para transportarme y comer algo. Cuando estoy de suerte, de mi comunidad hasta Guamote me hago una hora. Pero hay días en que los carros se dañan y pierdo clases. Estuve a punto de retirarme del colegio porque estuve enferma, pero gracias a que los técnicos de Plan International Ecuador me motivaron continué estudiando.

A veces me quedo en un cuarto que mis papás alquilan en Guamote. Cuando estoy ahí puedo llegar puntual a las clases, pero eso solo pasa uno o dos días a la semana. Eso me pone triste. Los días que me quedo en ese cuarto, luego de las clases, tengo que cocinar, ordenar y hacer mis deberes.

Cuando ya regreso a mi comunidad para ver a mi mami y a mi abuelita me alegro. Allá tengo que levantarme muy temprano para ayudarle a cocinar a mi mamá. Al regreso de la escuela ayudo a mi madre a lavar la ropa, arreglar la casa, cuidar las siembras, también llevo a pastar a las vacas y ovejas. Además, tenemos un chanco, cuyes y gallinas que también hay que cuidar y alimentar.

En mi comunidad tenemos un grupo de ahorro y crédito conformado solo con niños y niñas, nuestras madres nos ayudan ya que ellas también hicieron una caja de ahorro y crédito con el apoyo de Plan

International Ecuador. Tener una caja con niños y niñas es muy bueno ya que podemos ahorrar y sacar préstamos con la garantía de nuestras madres. En mi caso, yo saqué un préstamo y me compré un borrego, otros niños han comprado gallinas y chanchos.



En la caja de ahorro puedo aplicar todo lo que aprendo. Me gusta sumar y restar. Quizás por eso me encantan las Matemáticas. Creo que es bueno saber las tablas de multiplicar para llevar el control de la caja de ahorro infantil, así podemos saber cuánto hemos logrado guardar.

Para ser profesora debo estudiar de todo. ¿Qué tal si no me toca enseñar Matemáticas? Tengo que estar bien preparada, por eso quiero aprender varias asignaturas.

Me hubiera gustado enseñarles a mis hermanos y hermanas —soy la menor de un total de nueve—, pero ya no viven en mi casa porque salieron del hogar para irse a otra ciudad a trabajar o porque se casaron. Casarse muy joven creo que está mal. Antes del matrimonio, yo prefiero ser profesional. Por eso mi idea es continuar estudiando y mejor si ya podemos ir al colegio todos los días.

Las clases por teléfono fueron muy complicadas. Yo podía estudiar cuando mi papá me prestaba su celular, aunque le debía poner saldo cada mes para recibir las clases. Pude costear este gasto con la beca que me da Plan International Ecuador desde 2010.

La señal del celular no llega muy bien hasta mi comunidad, solo funciona bien en algunos puntos. Por eso tenía que salir de la casa, más arriba, a la loma, a buscar la señal para que me

Lleguen los mensajes de mis profesores. En mi comunidad solo llega bien la señal de la radio.

Desde mayo pertenezco al Movimiento Por Ser Niña, en Guamote, y estoy feliz. Hace poquito tuvimos la primera reunión con las otras chicas. Yo estaba algo enferma pero aún así logré ir. Al principio estaba nerviosa y callada, pero mientras pasaban los minutos tuve más confianza y hasta participé.

Pocas veces he tenido la oportunidad de intervenir. Una vez me tocó pasar al frente de mis compañeros de clase, me dio mucha vergüenza, pero luego logré superar mis temores y tener confianza. Ahora sé que tengo más experiencia para expresarme frente a la gente, además tengo que hacerlo porque los profesores deben estar seguros delante de los niños. En el Movimiento Por Ser Niña hablamos de nuestras experiencias y hablamos sobre temas para prevenir la violencia. Hasta ahora me gusta mucho.





A woman wearing a wide-brimmed hat and a plaid shirt is smiling and holding a cob of corn. She is standing in a field of tall grass or reeds. The background is slightly blurred, emphasizing the woman and the corn.

Karina

He dedicado casi la mitad de mi vida a la acción social. Por mucho tiempo, he sido defensora comunitaria y he mediado en casos de violencia intrafamiliar.

En mi parroquia, Simón Bolívar, también he atendido casos de maltrato psicológico. Lo hacemos aquí porque estamos a muchos kilómetros del cantón Santa Elena y es difícil movilizarse hasta allá porque no tenemos buenas vías o cooperativas de transporte público para que las personas salgan a denunciar o buscar atención. Sin opción, la familia elige callar la violencia.



Me satisface mucho ayudar a prevenir la violencia en mi parroquia. Me gusta trabajar con seres humanos. Para parar el maltrato, la violencia, el acoso o el femicidio, la prevención se debe hacer a largo plazo, lo sé. La prevención se debe hacer informando lo correcto, porque si alguien da información errónea, no está ayudando a acabar con el problema de la violencia intrafamiliar.

Lo importante es proteger la vida. El primer caso de violencia que medié fue el de un padre que maltrataba físicamente a su familia, cada vez que consumía licor, y nos enteramos porque el director de la escuela informó que el hijo de este señor había llegado con secuelas del maltrato. Yo me arriesgué a ir sola hasta la casa de esa familia, porque no encontré a los policías ni al teniente político. Tenía un poco de temor, pero llegué hasta esa casa. El padre salió a la puerta y lo primero que me dijo fue: “¿me va a llevar preso?”, y yo le dije: “no, solo quiero conversar con usted”. Él me dijo que todo estaba bien, pero algo lo delataba. La esposa estaba en la cama, con el rostro golpeado. Hablamos un poco y le dije que volvería al siguiente día. Me fui con tristeza y preocupación.

Yo sabía que era un tema delicado, porque la esposa no quería poner la denuncia. Ella decía: “no lo voy a hacer, porque seguro me va a matar”. El niño lloraba. Después de un tiempo, logramos llevar el caso a Santa Elena, para que la familia recibiera las visitas

profesionales. En estos casos, dar seguimiento a las familias es lo más importante, porque los agresores están atentos y ya no van a cometer el mismo maltrato.

En situaciones de injusticias y maltratos, me estreso, pero cuando termina esa violencia, tengo un poco de paz, porque he logrado hacer algo por los demás. Sin embargo, esa paz también me ha costado algunos sacrificios familiares.

Por mi trabajo como defensora comunitaria, muchas veces tuve que quedarme hasta la madrugada, y los inconvenientes con mi familia no tardaron en asomar. Me decían: “tú te preocupas por los demás y ¿por qué no te preocupas por nosotros?”. Ellos sentían que los dejaba de lado porque no podía dedicarles mucho tiempo. Algunos de mis hijos ya son adultos, otros son adolescentes. Hoy puedo explicarles sobre el trabajo social, hablamos de las críticas constructivas y las destructivas. A una de mis hijas menores le gusta este trabajo, le gusta ayudar y servir a los demás. Así que ya tengo mi legado. Ahora tengo el apoyo de mi familia y procuraré que mi hija también lo tenga.

Sé que muchas familias confían en mí como defensora comunitaria. Esa confianza me la he ganado, también, por el voluntariado que he realizado en Plan Internacional Ecuador. El voluntariado es una experiencia hermosa.

He trabajado junto a otros compañeros voluntarios de las diferentes comunidades. He realizado voluntariado en el área de comunicación, para que dentro de las familias puedan expresar lo que sienten a través de cartas; en el área de salud, he capacitado en las comunas para prevenir enfermedades; en medioambiente, he enseñado a los niños y las niñas que no deben contaminar la naturaleza, y además les he capacitado en autoestima y derechos.

También trabajo como maestra de básica en la escuela de la parroquia. Esta vocación me ha ayudado a acercarme a los padres y madres de familia, para transmitirles lo que he ido aprendiendo. Les he pasado la misma enseñanza que he recibido. Esto me ha servido para que los padres tengan ese acercamiento hacía mí para fomentar un cambio en su mentalidad.

Actualmente soy presidenta del Gobierno Autónomo Parroquial Simón Bolívar, en Santa Elena. Es un cargo público con el que he continuado la ayuda a mi parroquia. Llegué a ese puesto por mi vocación de servicio, no por una postura política. Las familias me tienen confianza y me buscan para que les colabore en situaciones de prevención de violencia. En este cargo, he trabajado para que sigan las capacitaciones para padres y madres de familia, eso no debe perderse. Como yo siempre digo: en la vida nunca se termina de aprender algo nuevo, y qué mejor para estar junto a la familia y no caer en la violencia.

Sueño con ver mi parroquia totalmente cambiada. Uno de los compromisos es lograr una vía de acceso de primer orden, porque no tenemos carreteras asfaltadas y las necesitamos, porque en nuestro territorio la gente se dedica a la agricultura y la ganadería, y debe sacar sus productos.

Sin embargo, mi mayor compromiso es continuar con las capacitaciones para prevenir la violencia para los niños, jóvenes y padres de familia. También debemos fomentar las capacitaciones de emprendimiento, electricidad básica, carpintería, arreglo de celulares, formación de lideresas y prevención del embarazo adolescente.




A portrait of a young man with dark hair and glasses, wearing a light-colored striped button-down shirt. He is smiling slightly and has his arms crossed. The background is a light, textured wall with large, abstract orange and yellow brushstrokes. The name 'Mauricio' is written in a large, orange, cursive font across the middle of the image.

Mauricio

Mi mayor alegría es servir a mi comunidad y trabajar como voluntario. Desde niño les decía a mis amigos y familiares que quería ser líder en el barrio y ayudar a quienes tenían problemas en sus hogares. Ahora, mi tarea es impulsarlos a salir adelante.

Trabajar con niños, jóvenes y adultos mayores me llena de motivación. Servir a los demás es un impulso que nace desde la formación espiritual y la religión, pues además soy catequista desde los 14 años.

Ahora tengo 23, vivo en un barrio al sur de Quito y, desde los ocho formo parte de Plan International. Esto llegó exactamente cuando más lo necesitaba: tenía



muchos conflictos en mi familia, porque había problemas de convivencia y maltrato. Participar en las actividades organizadas por Plan Internacional Ecuador me ayudaba a olvidar lo que pasaba en casa. Los talleres me sirvieron para trabajar en mi autoestima mediante apoyo emocional.

Mi tío era voluntario de Plan Internacional en otro barrio y él me comentaba que iba a estos talleres con niños; me contaba todo lo que hacían, así que le pedí que me inscribiera.

Para mí era muy especial intercambiar cartas con mis padrinos. Cada mes, una persona de la organización llegaba a nuestro barrio, nos entregaba detalles a todos los niños y nos tomaba dos fotos con un integrante de nuestra familia: una era para nosotros y la otra para el padrino. Así fui formando una memoria visual de esa época.

Aparte de las cartas, mi padrino me enviaba obsequios por el Día del Niño, por Navidad y para el inicio de clases. Además, se hacía presente en mis cumpleaños y me hacían llegar caramelos. Nunca me dejó solo.

Nos reuníamos a jugar con los niños y niñas del sector, hacíamos dramatizaciones, títeres, manualidades y algunas salidas al páramo y a los parques. Yo me sentía muy bien en esos espacios, conocía las historias de mis compañeros y eso me consolaba. En las reuniones y talleres me concentraba en divertirme, en ser un

niño, en tener paz y tranquilidad.

Desde los 14 años soy catequista de una iglesia, trabajo con niños y jóvenes para que tengan un mejor futuro. Estoy pendiente de que asistan, de saber cómo están en sus casas, porque hay realidades muy tristes, así que trato de ayudar en lo que necesiten, sin esperar nada a cambio. Es grato cuando veo cómo se va fortaleciendo una persona y cómo logra sus metas y proyectos.

Cuando tenía 15 años, Plan Internacional me invitó a ser líder voluntario de mi barrio. Acepté con mucha alegría. Cada mes teníamos capacitaciones sobre emprendimiento en diferentes barrios. Mi sueño de la infancia se estaba cumpliendo.

Uno de esos proyectos fue Aflatoun, que duró dos años. Comenzamos tres jóvenes y terminamos 60. En Aflatoun aprendimos cómo administrar el dinero y realizamos diferentes actividades. Yo era el gerente y cajero del proyecto en mi cooperativa barrial. Nuestra motivación era ahorrar. Todos depositábamos diariamente 10 centavos, 50 centavos o un dólar, y así llegamos a tener un buen dinero.

Al terminar el proyecto hicimos una feria con otros barrios. Vendimos pulseras, manteles, figuras de papel, alcancías y cuadros. Ahí aprendí los fundamentos de cómo llevar una microempresa. También aprendí a tomar decisiones y llevar la batuta del liderazgo.





En nuestro barrio, Plan Internacional nos ayudó a construir infraestructura, como la escuelita comunal, algunas aulas y nos alentó para que estas instalaciones fueran utilizadas por los niños y las niñas para diferentes talleres. Fue un gran cambio y he sido testigo del avance de mi barrio.

Haber terminado el colegio ha sido un gran logro en mi vida. Luego ingresé a la Universidad Católica y pronto me graduaré de Historia, solo me falta aprobar la tesis que escribí sobre el 'Nacionalismo en la educación en la guerra del Cenepa'.

Soy el primero en mi familia que entra a la universidad. Para ser sincero, yo veía este paso muy lejano para mí. Afortunadamente conseguí una beca del Estado. Me dijeron que podía ingresar a cualquier carrera y me decidí por Historia, porque va de la mano de la educación, la filosofía y la comprensión del ser humano.

Yo era muy tímido y sentía muchos miedos. Ahora he aprendido a conocerme mejor, a tomar decisiones y apoyarme en las personas que quiero. Ahora visualizo mi porvenir y sé cuál es el buen camino que debo seguir. Esto es lo que comparto en los talleres. Siempre les digo: podemos cumplir nuestros sueños y metas.

En el futuro haré lo posible por estudiar una maestría. Me veo como profesor y, dentro de Plan Internacional, estaré como técnico y en el área de patrocinio.

Actualmente trabajo como captador de donantes, porque soy un testimonio, una historia de vida que cambió para bien. Con esto motivamos a las familias para que patrocinen a una niña o un niño. Cuando escuchan mi historia y ven cómo ha cambiado mi vida, se dan cuenta de que no se trata de un gasto, sino de una inversión. Soy profesional, tengo un trabajo y he salido adelante porque alguien creyó en mí. Afuera aún hay muchos niños y niñas que merecen una oportunidad.





Yesenia

Plantarte Anita" es el nombre del vivero de plantas nativas y ornamentales que cuido en honor a mi madre, quien falleció por el covid-19. Junto con mi hermana, sembramos plantas de nuestra zona para luego venderlas.

A mi mamá le gustaban muchísimo las plantas. Durante la cuarentena, intentábamos salir con ella a pasear cerca de mi casa. Cuando veíamos alguna planta bonita, nos bajábamos del carro y cortábamos unas ramas para sembrarla en la casa. A veces lo hacíamos sin que nadie nos viera, otras teníamos que pedir permiso. Cuando mi mamá falleció, teníamos muchas plantas, y así nació el vivero.

Trabajar en el vivero me motiva muchísimo. Cuidar las plantas y regarlas todos los

días se ha vuelto una pasión, siento que me inyecta motivación para continuar sanando la pérdida de mi madre. El vivero es una nueva oportunidad y un nuevo aprendizaje. A veces vienen los niños de mi sector que son patrocinados por Plan International, para tomarse las fotos que deben enviar a sus padrinos y madrinas. Como soy voluntaria de la organización, los convoco aquí porque es un lindo lugar, lleno de color, de alegría y eso resalta las fotos.

He participado en las ferias que realiza Plan International con las plantitas del vivero. Esto me hace muy feliz, porque puedo conseguir un poco de dinero. Cualquiera diría: ¿quién va a comprar plantas?, pero la gente sí compra y eso me anima a seguir cuidando las flores y todo lo que tenemos en nuestro vivero.

Soy voluntaria en Plan International desde 2006. Durante ese año fui parte del equipo que recolectaba información en el territorio. No asistía a reuniones muy seguido, pero, poco a poco, me fui involucrando más en el voluntariado. Primero estuve en el área de salud, en las brigadas de control de peso, talla y vacunas, con los niños de mi comunidad.

Ser voluntaria en Plan International me motivó a seguir estudiando para hacer lo que hago hoy. Me gradué como licenciada en Ciencias de la Educación, con mención en Parvularia, pues mi voluntariado siempre ha estado relacionado con los niños y los jóvenes. Cuando apenas comenzaba, participé en las Escuelas de Liderazgo, donde había muchísimas personas profesionales que me incentivaron a seguir estudiando. Me decían que una carrera profesional es una forma de tener más oportunidades de trabajo, así que decidí entrar a la universidad.



Como voluntaria, hago distintas actividades. Por ejemplo, he dado talleres a los niños en las Magias Vacacionales, que son actividades de esparcimiento y aprendizaje en la época de vacaciones. También he entregado kits de alimentos e incentivos para niños. La gente me agradece, pero les digo: “no me agradezcan a mí, sino a Plan International, porque ellos son los que nos están dando”. Esos momentos son lindos y generan mucho afecto.

También he trabajado como voluntaria en los talleres de gestión de riesgos —para saber qué hacer en casos de emergencia— y, últimamente sobre seguridad en redes sociales. Enseñamos a la niñez y la adolescencia que no deben subir fotos en las redes sociales, ni enviarlas a desconocidos. Yo sé que si

a alguien le sucediera algo, esta persona tiene la confianza para contarnos a las voluntarias, en caso de que sus madres o padres no estén. Como la gente sabe que soy voluntaria de Plan International, busca mi ayuda en una situación de emergencia, porque estoy dispuesta a darla sean o no afiliados a la organización.

Para mí, la labor del voluntario es muy bonita. Podría definirla como la intención de una persona de compartir su tiempo con las personas de su comunidad. Todo lo que yo hago es para el bienestar de los niños. Para hacer voluntariado hay que tener claro que se hace sin ningún interés o lucro, esta actividad debe nacer del corazón.

Siempre busco a más personas que se involucren. Ahora mismo estoy tratando de convencer a mi cuñada para que tome la batuta en mi sector, para que, en caso de que yo no esté, ella pueda colaborar en la comunidad y así aportemos a que crezca y los beneficios de Plan International sean para la mayor cantidad de personas.





Sara

A pesar de ser más jóvenes, mis hijos, con su ejemplo, me motivaron a cambiar. Ellos pertenecen a Plan International Ecuador: mi hija fue joven embajadora — por lo que tuvo la oportunidad de viajar a Estados Unidos para desarrollar un proyecto para la comunidad y con el que se convirtió en lideresa—, y mi otro hijo le siguió los pasos. Así comenzó todo.

Hace unos cinco años, mientras mi hija era joven embajadora, la técnica de desarrollo local que trabajaba en mi parroquia me invitó a ser voluntaria de la organización, y acepté.

El voluntariado ha sido un proceso de servir a las demás personas



de mi comunidad. Una de las actividades que más he realizado... es acompañar a los adolescentes y jóvenes a los talleres que se ofrecen fuera de la parroquia, lo que se conoce como ir de chaperonas.

En 2016, acompañé a los jóvenes embajadores a Quito, en representación de sus madres. Esa fue la primera vez que viajé en avión. Fue una experiencia muy bonita porque no solamente fui como mamá a vigilar y prestar protección, sino que también estuve presente en las charlas. He ido a Guayaquil y a otras ciudades, y así he ido conociendo el país, poco a poco.

La organización me ha enseñado un montón sobre los proyectos Primera Infancia, Zona Libre de Embarazo Adolescente o Primeros Auxilios.

Sé que soy bastante amigable y confiable. Mis hijos dicen: “una vez que conocen a mi mamá, ella brinda su confianza e incluso se pone a la par de los jóvenes”. Creo que para llevarse bien con un adolescente hay que ponerse en sus zapatos e intentar entenderlo.

Por otro lado, mi vinculación con el voluntariado ha aportado mucho en mi ámbito familiar. En mi casa había machismo; por ejemplo, se pensaba que las mujeres se tienen que dedicar a la casa y a los quehaceres. Pero un día dije: “yo quiero salir adelante y quiero hacer algo por mi familia y mi comunidad”. Asistir a las capacitaciones de la organización, al principio, era un poco difícil, porque mi esposo estaba acostumbrado a verme solo dentro de la casa y no a que saliera todos los días. El cambio vino porque, en algunas ocasiones, él tuvo la oportunidad de viajar con mi hija, como joven embajadora, y escuchó los talleres, entonces, poco a poco, entendió qué es el

machismo y cómo nos afecta como sociedad.

Ahora mi familia está organizada: yo salgo al voluntariado y él se encarga de cocinar o tal vez compra comida. Mi esposo no pone ningún obstáculo para que yo salga. Cosas como estas nos han hecho crecer como familia.

En Plan International Ecuador tuve la increíble oportunidad de certificarme como Formador de Formadores y posteriormente iniciamos la empresa social Camino al Éxito, de la que soy socia y representante legal. Esta empresa nos ayuda a desarrollar nuestras capacidades y tener una vida de calidad, tanto a quienes somos formadores como a quienes asisten a los talleres.

A las 18 personas que hoy conformamos Camino al Éxito, Plan International Ecuador nos ayudó a especializarnos en dos proyectos: Primera Infancia y Zona Libre de Embarazo Adolescente. Por el momento, damos talleres sobre estas dos iniciativas. A mis compañeros siempre les digo que, para inmiscuirnos en otro tema, debemos prepararnos, sentir que estamos seguros de que lo vamos a hacer bien y saber llegar al público.

Sé que me falta mucho por aprender de la empresa social. Aún no me siento una excelente líder, pero estoy en el proceso. Sé que quiero seguir en el voluntariado y ser parte de la empresa social. No ha sido fácil, pero ahora puedo desenvolverme en las conversaciones, contestar con argumentos sólidos o ampliar la información. Siento que he crecido, que estoy haciendo algo productivo para mi parroquia y que he motivado a más personas a que hagan lo mismo.

El voluntariado es aprendizaje y eso me motiva todos los días. Además, he conocido a muchas personas. Agradezco a las voluntarias que me enseñaron y guiaron para realizar estas actividades, que hacemos desde el corazón. Pero, sobre todo, agradezco a mis hijos, que, con su nueva visión, me enseñaron otro camino para mi vida.





Blanca

Soy una mujer orgullosamente indígena. Siempre luzco mi vestimenta con alegría, porque es de la comunidad que me representa y la tierra que llevo en el corazón.

Pertenezco a la nacionalidad Puruhá y, a donde quiera que vaya, me verán con un sombrero, baeta, blusas, un collar blanco, falda y alpargatas, que, si voy al campo, cambio por botas.

Me llamo Blanca, pero de cariño me dicen Blanquita. Tengo 48 años. Pertenezco a la comunidad Pancún Ichubamba, de la parroquia Cebadas, cantón Guamote, en la provincia de Chimborazo. Es una zona rural, poblada por indígenas nobles, fuertes y guerreros, a





pesar de todas las necesidades que afrontamos.

En mi casa somos seis hermanos y, con mucho coraje, mi mamá nos sacó adelante a todos. Mi niñez estuvo marcada por momentos difíciles, por ejemplo, me retiré de la escuela porque no teníamos dinero. La retomé a los 15, pero esta vez estudiaba a distancia.

En el bachillerato conocí a mi esposo, nos enamoramos, dejé de estudiar y me fui a vivir con él. No puedo decir que todo fue perfecto, hubo dificultades, pero siempre logramos resolverlas y éramos una familia feliz. Con él tuve tres hijos: un varón, que ahora tiene 28 años, y dos mujeres, de 26 y 24 años. Vivía como ama de casa, cuidaba a mis hijos y realizaba las labores del hogar.

Sin embargo, el mundo se me vino encima el 6 de julio de 2009, cuando mi esposo murió en un accidente. El dolor fue insuperable y, a pesar de que han pasado 13 años, todavía me afecta. Me quedé sola y tuve que ser padre y madre. Fue muy duro porque tuve que esforzarme y trabajar fuertemente para sacar adelante a mis

hijos. Mi mamá y mis hermanos fueron fundamentales en esta parte de mi vida.

En este proceso supe de Plan Internacional y pude ingresar como voluntaria en 2013. Mi vida cambió durante ese año, porque descubrí temas que eran desconocidos para mí, por ejemplo, la equidad de género, los derechos de los niños y niñas, la autoestima, el emprendimiento, entre otros. En estos espacios, fui tomando mayor confianza, dejé la timidez, empecé a creer en mis habilidades y me convertí en una lideresa.

Los talleres y reuniones han sido espacios de aprendizaje mutuo. Compartimos nuestras experiencias y hacemos dinámicas con los niños y las niñas, para que también se interesen por los temas.

En mi comunidad trabajamos para concienciar sobre el maltrato infantil y frenar el embarazo adolescente, porque son niñas que terminan cuidando de otros niños y deben dejar sus sueños a media marcha.

Con los conocimientos que he adquirido, ayudo a resolver los problemas de mi comunidad, les doy consejos y les hablo sobre los derechos y los deberes. A veces ocurren casos graves, como abusos sexuales, entonces, con mucho dolor, hemos acudido a las autoridades para que haya justicia.

Siempre me ha gustado apoyar a mi comunidad. Hace cuatro años fundé una organización de mujeres, donde enfrentamos duras luchas, contra la discriminación, el machismo, la violencia masculina y la desigualdad entre hombres y mujeres. La iniciativa nació con el objetivo de que las mujeres tuvieran mayor participación y para buscar una fuente de ingresos que sirviera para solventar sus necesidades y proyectos.

En ese camino y con la ayuda de Plan Internacional, creamos la caja de ahorro y crédito Educas Nueva Esperanza, en la que cada una fue ahorrando lo que podía. No importaba si eran pocos dólares, lo importante era sumar y empezar con algo. Es un emprendimiento liderado por mujeres y yo soy la tesorera. Priorizamos la ayuda a mujeres, porque somos las que nos encargamos de las familias, sabemos cuáles son los gastos del hogar y hemos demostrado que tenemos la capacidad de mejorar la calidad de vida de nuestras familias con nuestro trabajo. Sin embargo, también hay socios hombres —aunque con menor participación—.

Espero que nuestra pequeña caja de ahorro se convierta en una

cooperativa de ahorro y crédito, y que las niñas y adolescentes que se están preparando sean quienes administren y asuman este negocio. Con el tiempo, aumentaremos el capital y podremos desarrollar otros proyectos.

A través de las Educas, hemos demostrado que las mujeres podemos conseguir lo que soñamos y solventar a nuestras familias, que nosotras podemos ayudar con la economía doméstica. Así, damos préstamos para educación, salud y emprendimientos, como, por ejemplo: comprar vacas lecheras, labores de agricultura, etc. Somos un capital semilla para las familias.

Me gusta emprender y estar activa: tengo una tienda pequeña con un centro de copias e impresiones, cultivo fresas, tengo vacas lecheras y, de vez en cuando, hago quesos. Mi sueño es tener una tienda más grande y vender productos saludables y agroecológicos. Para eso debo graduarme como profesional y especializarme. No me importa la edad, terminé el bachillerato ya adulta, cuando mis hijos eran independientes y estaban culminando sus cursos técnicos. Comprendí que este es mi momento para seguir mis sueños.

Tengo claro que seguiré trabajando por la niñez, ya sea a través de Plan Internacional o de cualquier institución, pública o privada. Los niños y las niñas necesitan mucha atención y educación. Requieren mucho apoyo para desarrollar sus proyectos de vida, para saber que sus sueños sí se pueden alcanzar.





Ana

Si tuviera que definir mi vida, elegiría tres palabras: fuerza, valentía y coraje. A los 30 años me diagnosticaron artritis reumatoidea, me dijeron que no podría volver a caminar, pero aquí estoy, nueve años después, luchando, saliendo adelante y cumpliendo mis sueños.

Estuve tres años en una silla de ruedas porque no podía caminar. Ahora puedo movilizarme, pero sin hacer mucha fuerza. Siempre mantuve la esperanza, aunque tuve días difíciles, en los que mi familia fue mi gran apoyo. Mi mamá, mi abuela, mis hermanos, mis sobrinos y mis hijos siempre estuvieron conmigo. Tengo



cuatro hijos: tres mujeres, de 24, 16 y 14 años, y un hijo de 19.

Me descubrieron la enfermedad porque me dolía mucho la rodilla y un día me desmayé cuando estaba jugando fútbol. Para ese momento estaba trabajando en una plantación y ya no pude regresar. Ahora ayudo a mi familia con labores de agricultura.

Vivo en la provincia de Cotopaxi, en el cantón Pujilí. El campo es un lugar hermoso, se vive de la naturaleza y, aunque es bastante frío, me encanta el clima. Se respira aire fresco y se aprovecha para sembrar maíz, papas y hortalizas. Es un lugar divino y una tierra que nos ha dado todo.

Ingresé a Plan Internacional hace 20 años, como voluntaria. Era madre soltera y tenía una hija de 4 años. Ni bien llegué, me enseñaron muchas cosas sobre la autoestima, con lo que he logrado ser más fuerte, también aprendí a expresarme mejor, conocer mis capacidades y desarrollar mi potencial. Además he tenido capacitaciones sobre emprendimiento; en una ocasión, por ejemplo, me facilitaron productos para tejer y apoyar al grupo de mujeres en el que estoy, para que saliera adelante. A su vez, he tomado talleres de panadería y de seguridad, que me han impulsado a crear en lugar de comprar. Recuerdo mucho

un taller de periodismo en el que aprendí a realizar entrevistas y redactar noticias.

Me tuve que retirar por un tiempo de las labores del voluntariado por la enfermedad, pero luego volví. Cuando estuve muy enferma recibí mucha ayuda de Plan Internacional: me apoyaron psicológicamente para superar la depresión, estuvieron pendientes de mis hijos, encontraron becas para ellos y les motivaron a estudiar y a seguir sus proyectos de vida.

La organización ha sido una luz de esperanza, no solo para mí sino para toda la comunidad. Nos han apoyado en los proyectos, a seguir estudiando y nos han demostrado que existen posibilidades. En las capacitaciones, hemos analizado el tema de la violencia y el maltrato a los niños. Como consecuencia, en mi comunidad, el cuidado a la niñez ha aumentado y, poco a poco, se ha erradicado la violencia.

En los 20 años que tengo en la organización, puedo decir que cada paso que he dado ha sido una oportunidad para conocer más sobre mí y tener una red de apoyo. Me motiva poder contribuir desde mi labor. Como comunidad, hemos aprendido que, si nos ayudamos, podemos ganar todos.



Los proyectos que desarrollamos en Plan Internacional seguirán siendo fundamentales para la gente del barrio, incluidos niños y adolescentes. Hemos pasado momentos difíciles, como la pandemia por el covid-19, y los hemos superado, lo que demuestra que sí se puede.

Las metas siguen. Yo no era bachiller y decidí estudiar sin que me importara la edad. Me inscribí en el colegio y salí seleccionada para una beca a la que postulé a través de un programa de Plan Internacional para que los voluntarios terminen sus estudios secundarios. Me faltaban dos cursos y los finalicé durante la pandemia.

Fue emocionante encontrarme con vecinas y amigas, también mayores, quienes cursaban el bachillerato acelerado. Nos unían las ganas de estudiar. Debido a las circunstancias, estudiamos de manera virtual y nos graduamos en abril de 2022.

El grado fue lindo y emocionante. Aunque no me gradué cuando era joven, el esfuerzo que puse para lograrlo hizo más dulce este logro. Siempre digo: la edad no es un impedimento y el espíritu siempre va a ser joven.

Ahora mi sueño es seguir estudiando y cursar una licenciatura en Educación Básica Primaria. Me encanta trabajar con niños, porque son las personas más importantes en nuestra sociedad. Continuaré estudiando sin dejarme vencer.

Al mismo tiempo, seguiré trabajando con la comunidad, para escuchar sus necesidades y buscar la manera de solucionarlas. Me hace feliz servir a la gente, visitar otras provincias y ser un apoyo y un impulso para otras mujeres. Confío en que mi historia de vida, de lucha, sea inspiradora, porque he sido fuerte, he sido valiente y he tenido coraje para superar las adversidades.



A portrait of a woman with long dark hair, smiling slightly, wearing a light-colored shirt. The background is a soft, textured mix of light and dark tones.

Marlene

En el voluntariado, así como he dado, he recibido. Los aprendizajes que mis hijos han obtenido en Plan International me motivaron para entrar al voluntariado, a ayudar en lo que se pueda.

Soy mamá de cuatro: tres mayores de 18 años y una niña de 10 años. Mis hijos, mi esposo y yo vivimos en un barrio donde los chicos toman muchas malas decisiones, como consumir drogas o casarse a muy temprana edad. Pero los talleres de Plan International Ecuador han ayudado a que mis hijos piensen en su futuro y tengan el deseo ferviente de estudiar.

Mis hijos, desde muy pequeños, han asistido a talleres de marketing

digital, emprendimiento o prevención de la violencia intrafamiliar. Yo sé que si se van a algún lado, podrán pensar lo que van a hacer, porque están preparados. Ellos, hoy, ven la vida de una forma que les motiva a seguir adelante.

Me considero una mujer muy amistosa. Nos reímos con mis hijos porque siempre me encuentro con amigas o amigos por donde vamos, en el centro de la ciudad o en algún viaje. Mientras mis hijos asistían a los talleres de Plan International, yo hacía amistad con los técnicos de la institución, quienes me motivaron a ser parte del voluntariado y, como siempre me ha gustado ayudar, entré.

Antes, fui voluntaria en otra fundación y por eso creo en ayudar sin fines de lucro. Hoy, por el voluntariado, tengo muchos amigos de todas las edades. Soy voluntaria desde hace más de cinco años.

El voluntariado me da la oportunidad de aprender. Eso me hace crecer como persona y me ayuda a cumplir mis sueños. Hace poco estuve en un taller de emprendimiento que me encantó, realizado en la Escuela Politécnica del Litoral por Plan International. Aprendí cómo llevar un negocio. Tengo el sueño de poner un restaurante. Es una ilusión que tenemos con mis hijos y ya se va cristalizando poco a poco, con los conocimientos que voy adquiriendo.

Ahora mismo estoy estudiando, con una beca del Municipio de Guayaquil y Plan International, en un instituto tecnológico. Yo

terminé mi bachillerato a los 22 años y luego me casé, pero mi idea siempre fue ir a la universidad. Para mí fue muy difícil continuar estudiando porque tuve mis tres hijos mayores uno tras otro, y cuando quería estudiar me preocupaba quién los iba a cuidar, quién me ayudaría con ellos. Entonces mi aspiración de estudiar se quedaba suspendida.



Ahora les digo a mis hijos: se me cumplió mi sueño. Aunque no es la universidad exactamente, sino un instituto tecnológico, estoy muy feliz de estudiar y cumplir una meta más en mi vida. A mí siempre me han gustado las ventas. Cuando puedo, vendo cosméticos, ropa o productos naturales. Me gusta la idea de instruirme y, por suerte, siempre he estado al lado de personas a las que les gusta ayudar a otras para que se superen. En septiembre de 2022 terminaré mi carrera en ventas, incluso ya hice prácticas en un hotel en esta área.

Lo que yo hago en el voluntariado es acompañar a los jóvenes. Por ejemplo, hace algún tiempo, fuimos a General Villamil Playas a tomar un taller por dos días. Yo estuve pendiente de que estén bien, que estén tranquilos, que no salgan a algún lugar que no deben.

Me incentiva acompañarlos porque veo y escucho todo lo que aprenden. Les enseñan a diferenciar lo que está bien o mal. En un almuerzo o en un descanso, converso con estos adolescentes y les digo que la confianza se gana y debemos conservarla.

El voluntariado ha cambiado mi vida. Mi esposo sabe que me gusta superarme y entiende que mi motivación es ayudar. Por ejemplo, en la pandemia del covid-19 ayudé a repartir canastas con alimentos a las personas de nuestro alrededor, y también visité a algunas señoras en sus casas para entregarles las canastas. Todo salió bien.

Para mí el voluntariado es una bendición, es dar de corazón. He visto que mis hijos han recibido en igual medida. Yo he dado apoyo

y mis hijos han aprendido. A veces, a ellos les ha tocado dar, pero han recibido en igual medida.

Uno de mis hijos tuvo la oportunidad de irse a Bélgica y para mí fue una bendición. Yo nunca tendría la posibilidad de ayudarlo para que haga un viaje así, pero tuvo esa experiencia que le cambió la vida. Verlo viajar fue un sentimiento muy bárbaro. Todos nuestros sueños se están cumpliendo a través de mi voluntariado.





Edison

¿Quién es padre?

Es una pregunta que me he hecho y, aunque la respuesta obvia es la biológica, que se refiere a la persona que participó, junto con la madre, en la concepción del hijo, mi experiencia me ha demostrado que padre es quien comparte las responsabilidades, quien guía y da soporte, quien entiende y evalúa si debe hablar o callar. La vida no me ha dado hijos biológicos, pero he sido padre muchas veces.

Cuando mi mamá tuvo a su última hija, antes de la menopausia —embarazo que casi le cuesta la vida—, me tomé la libertad de asumir la crianza de mi hermana, a quien llevo 21 años de diferencia. Solo entonces pude entender los sacrificios y la entrega de un padre o una madre, porque hay que hacerse cargo de las enfermedades, la educación, la vestimenta y un sinfín de

imprevistos. Después de enfrentar varios años este reto y viendo que ella ahora es una mujer formada, me he dedicado a mis sobrinas.

Durante algún tiempo, también patrociné la educación de mis hermanas. Mi intención era que tengan, por lo menos, una educación artesanal, para que puedan emprender y ser independientes de sus maridos.

Han sido años de lucha contra el machismo, la desigualdad de género y la violencia, no ha sido fácil llegar hasta aquí. He peleado contra las situaciones más angustiantes que se pueden presenciar, he peleado contra machistas, contra instituciones, contra una parte de la sociedad, en fin, he peleado contra el sistema.

Para entender un poco mejor mi activismo hay que regresar a mi infancia en Anconcito, provincia de Santa Elena. Crecí en una familia con 11 hijos, los dos primeros murieron, por lo que yo fui el segundo mayor — aunque nací en cuarto lugar—. Mi padre cayó en el alcoholismo y empezó a faltar el dinero, que ya era escaso; aunque había poca violencia, el hambre llegó a nuestra vida. Mis hermanos y yo conocimos lo que es dormir sin haber comido y levantarnos con la tristeza de sentir el estómago vacío. Pronto me di cuenta de que esa situación no iba a cambiar si yo no hacía algo, así que decidí salir al mundo y trabajar. Tenía 12 años. Barría casas, bañaba perros, cuidaba niños o salía a vender tortitas de harina y melcochas.

Mis hermanos también hacían su parte: iban con anzuelos al mar y traían pescados para vender. Comíamos esos pescados y lo poco que podíamos comprar. Mi madre siempre fue digna ante esta situación, siempre tuvo una respuesta a las preguntas que le hacíamos y nunca dejó que la viéramos llorar. Era una mujer que no pudo acceder a la universidad y vivía en la pobreza con un marido alcohólico.



La escuela era otro mundo para mí. A pesar de todo, fui buen alumno. Mis profesores decían que me estaba desaprovechando. A los 16 años empecé a incursionar en el activismo con la comunidad LGBTI, a quienes ayudé para que accedieran a las pruebas de VIH; luego trabajé con el Ministerio de Salud y el INNFA, donde vi casos de violencia terribles. Tenía 18 años y a veces debía enfrentarme a los agresores para hacerles entender que la violencia no es la forma de solucionar los problemas. Muchos casos que atendí como mediador se derivaban del alcoholismo, ya que es un patrón que se repite: el alcohólico utiliza todos sus recursos para beber —y satisfacer su enfermedad— y

las necesidades básicas, como la educación, la comida o el bienestar de la familia, se van repesando.

A los 27 años empecé a colaborar con Plan International Ecuador, ya que conocía el territorio y sabía dónde estaban los casos de desigualdad y violencia familiar.

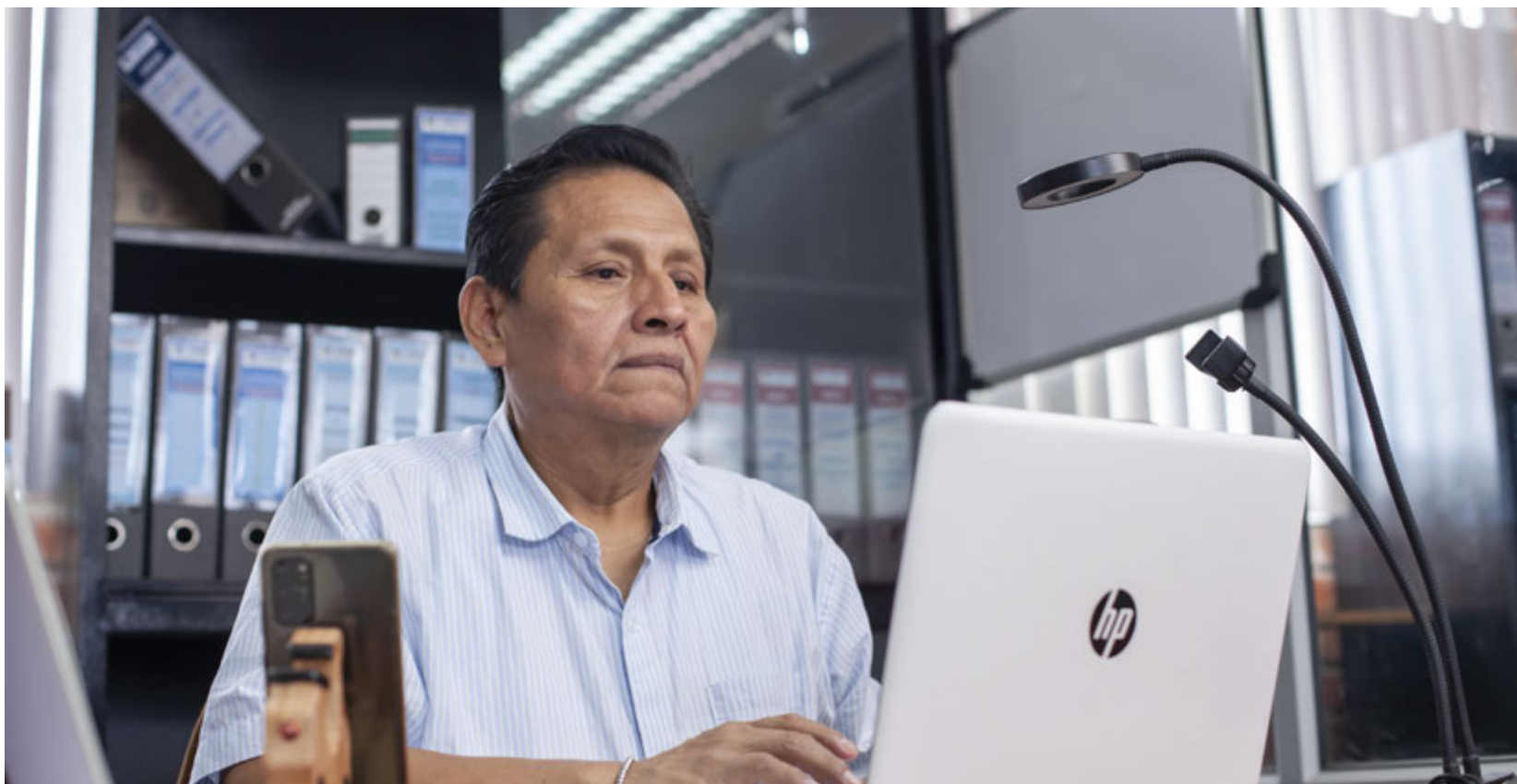
Para ese entonces ya sabía que no se puede trabajar en procesos sociales si uno mismo no reconoce que es un ser imperfecto. Había aprendido que no se debe vacilar entre el puedo y el no puedo. Para conocer las realidades, hay que llegar a las comunidades y llorar con los padres y los niños, porque a veces las injusticias los llenan de impotencia.

Durante estos años de trabajo, he podido ver que el machismo es la causa de muchos males que nos afectan como sociedad. Por ejemplo, 90 de cada 100 niñas podrían cumplir su sueño de convertirse en profesionales, pero el machismo interrumpe la continuidad de este proceso y las obliga a asumir un rol determinado. Este patrón está muy arraigado todavía y se necesita mucho trabajo para que las nuevas generaciones crezcan con otra mentalidad y con más soluciones.

Creo que se deben retomar las escuelas para padres, ya que ellos

son un puntal fundamental para el crecimiento de los hijos. Cuando se ha realizado esta intervención en la comunidad, la violencia de género y los casos de violencia intrafamiliar, violaciones y embarazos adolescentes se han reducido casi a cero. El trabajo con los padres debe ser un proceso continuo, porque es difícil luchar contra los estigmas sociales. Muchas veces vi que, después de algunas reuniones, solo acudían las madres de familia, porque los padres ya no querían ir, para que no se le tachara de “mandarinas”, es decir, como hombres subyugados por las mujeres.

Hay que luchar contra los estereotipos de la sociedad. En mi caso, he llevado con orgullo la camiseta del Movimiento Por Ser Niña, y cuando he viajado a otras provincias, también he usado el bolso que nos entregaron. Nunca ha faltado quien me mire de reojo y me juzgue, pero no hago caso. Yo sigo aprendiendo a quererme y a valorarme como persona, porque es la única vía para entrar en la mente y el corazón de los demás. Lo pude comprobar en mi propia



familia, donde, inicialmente, mi padre mostró mucha resistencia ante mi activismo. Pero, con los años, él ha aprendido. Nunca es tarde para aprender y ser un ejemplo.

Llegué a ser concejal del cantón Salinas. Es un puesto político muy importante, pero no me ha cambiado como persona: sigo cocinando y he aprendido otras actividades, ahora sé coser ropa de hombre y de mujer, aprendí a hacer postres y doy talleres. He aprovechado mi tiempo en la política porque así es más fácil llegar a la gente y ejecutar proyectos.

Ahora es mi tiempo de formar una familia. Un amigo mío se murió soltero y sin hijos hace algunos años y los sobrinos se encargaron del funeral. Eso me conmovió mucho y lloré junto a mi padre, me sentía un forastero en mi propia tierra. Sé que mi generación debe continuar y yo mismo la estoy estancando.

Algún día debemos entender que el color de la piel no significa nada, la condición económica no significa nada y un cargo público tampoco significa nada. Solo entonces avanzaremos como sociedad. Solo entonces las mujeres dejarán de ser discriminadas por ser mujeres. Tengo la certeza de que hemos aprendido de la rosa a través de las espinas, de que hemos caminado sobre charcos y lodo, de que nos hemos caído, hemos aceptado el raspón y nos hemos levantado nuevamente. Tengo la certeza de que siempre habrá una mano amiga y juntos llegaremos a nuestro anhelado destino .



A black and white portrait of an elderly woman, Rosa, smiling. She is wearing a dark hat, a necklace, and a white blouse with intricate floral embroidery. A grey shawl is draped over her shoulders. The background shows a blurred mountain landscape. The name 'Rosa' is written in large, orange, cursive script across the left side of the image.

Rosa

Nací hace 53 años en medio de las montañas verdes de la parroquia de Simiatug. Desde muy pequeña, en mi comunidad aprendí a luchar contra las injusticias, primero contra la discriminación que sufrimos como indígenas por parte de los mestizos en las haciendas de Guaranda, provincia de Bolívar y, segundo, el machismo que ha habido en mi propia comunidad.

Esto me impulsó a soñar, hasta ocupar un cargo público. Desde el Gobierno Parroquial de Guaranda he impulsado programas que reduzcan el machismo en mi cantón. Las indignantes escenas que vi cuando era adolescente se ven con poca frecuencia en la actualidad. En ese entonces solo contemplaba lo que sucedía, porque mi transformación y empoderamiento ocurrieron en mi

adulthood, when I already had a home and three children —years later, two more would be added to my family—.

In Simiatug there were cantinas for doquier and alcoholism was very strong. Outside of the bars, women waited for their husbands, loaded with their children and pulling their horse. In the meantime, the man would spend money on liquor and, when he came home, he would beat and mistreat his wife. The men would go to call on the women and they would say: “calle, usted no sabe”, “calle, no opine”, this still passes and the voice of the woman is ignored.

In the middle of this reality and the economic difficulties that my parents were going through, I abandoned school after finishing primary school, the years passed and I did not return. When I turned 15 I got married to the man who is now my husband. At 21 I had my first child. The following year I had a son and then a third. I dedicated myself to being a housewife and supporting my husband who at that time was a teacher.

I did not imagine that 30 years later I would be a vocal member of the Parroquial Government of Bolívar and vice-president of the Commission of Vitality of my parish. Getting there was a process in which I began to understand the importance of valuing myself and having a high self-esteem.

I understood that all women had to go through that process, which is not easy. When Plan de Padrinos arrived to my community, in the 1970s, I had not been involved; but in the year 2000, when they called it Plan International Ecuador, I began to work in the organization. I started as a volunteer, mainly helping children to write letters so that the

foreign sponsors would help them economically on a monthly basis. Also, we did some infrastructure work, such as classrooms and sanitary batteries.

In the middle of that work to improve rights and well-being of children, the volunteers also talked to us about our rights, such as the right to study. The workshops of Plan International Ecuador opened my eyes when I learned that I

was valuable and that I had to take charge of myself; in other words, they pushed me to make my own decisions and that no one should take them for me. I understood that my decisions should be respected. Thanks to the workshops, little by little my confidence and self-esteem increased and, most importantly, strengthened. These trainings were not only for me, but also for my daughter, whom I also enrolled in the programs.

Although now my memory fails me a little and I do not remember in which year the things happened, I do remember the events that changed my life. Plan International Ecuador bet on giving houses to its beneficiaries as part of one of its programs, and my daughter and I were among the lucky ones. At that time I was not working formally —I was taking care of the home—, and we were living off my husband's salary, which

continued as a teacher in the rural area. For that time we were six in the family.

With the years, we left the small community of Potrero, where I was born, because I went to look for a job in the canton. In the house of Potrero now lives my mother, who is 80 years old. At the par





comencé a estudiar el colegio a distancia y terminé el bachillerato a los 30 años . Pero no me detuve ahí, porque mis ganas de crecer me decían que yo podía más. Ahora, a mis 53 años, pronto me graduaré de socióloga de la Universidad Estatal de Bolívar. Por eso ahora puedo decir que soy una mujer con conocimientos amplios y puedo debatir con cualquiera. Sé que tengo la capacidad de proponer soluciones a los problemas que se me presentan y espero un día entender a cabalidad la sociedad en que vivimos.

En esta última década, aposté por la vida política y asumí por dos años la vocalía del Gobierno Parroquial de Guaranda, en la Junta Parroquial. Hoy soy la presidenta. Desde mi cargo he apoyado a Plan International Ecuador para que tenga más apertura en las comunidades y se impulsen programas que apoyen la equidad de género y los derechos sexuales y reproductivos. Ahora, también he visto la importancia de combatir la desnutrición infantil, que en las parroquias rurales de la sierra, como Simiatug, es muy frecuente. Además, intento mejorar las condiciones de vida de nuestros adultos mayores.

Desde mi posición, también intento que las mujeres que ostentan un cargo de poder se empoderen porque es común ver que los hombres imponen su forma de pensar y creencias. Yo les digo a estas valiosas mujeres: “compañeras, no se queden calladas, hay que reclamar, aquí estamos tres, cuatro o las mujeres que fuesen y los hombres tienen que aprender a respetarnos así como les respetamos a ellos”.

Aunque no sé qué va a pasar en el futuro, yo sueño con erradicar el machismo, los embarazos adolescentes y que las niñas y los niños que están en el campo tengan los mismos derechos que los que están en la ciudad. Espero que un día las mujeres de mi comunidad sigan mis pasos y me superen.



A black and white portrait of a man, Bernardo, looking slightly to the right. He is wearing a dark jacket over a light-colored shirt. The background is a light, textured wall. There are orange brushstroke-like graphics on the left side of the image.

Bernardo

La educación es parte fundamental de mi vida y de mi trabajo en Plan International Ecuador. Soy parte de la organización hace aproximadamente 20 años. En agosto de 2001 ingresé como técnico de Educación y desde entonces he trabajado muy fuerte en la educación básica y el bachillerato.

En este tiempo, he apoyado algunas actividades para mejorar la educación en las comunidades indígenas de la provincia andina de Chimborazo. Las escuelas rurales han estado abandonadas por años, por lo que me he centrado en buscar mejoras: equipar las bibliotecas con libros y materiales, gestionar la construcción de baños, equipar las escuelas con cocinas y comedores dignos para

que el estudiantado reciba la alimentación escolar. Es una labor muy grande para los niños y las niñas en quienes casi nadie piensa.

Todo lo que he hecho ha sido para que la niñez reciba una educación de calidad. Se debía empezar por rediseñar el currículo, para que los indígenas también se eduquen en kichwa, su idioma materno, para que el niño o la niña pueda aprender de mejor manera, para que entienda y siga sus estudios sin dificultad. De esta manera, se pueden atender las demandas culturales en español y kichwa.

Desde Plan International Ecuador, he trabajado muy fuerte en tres aspectos. El primero fue el acceso a la educación, porque, cuando ingresé a la organización, muy pocos niños y niñas podían estudiar en la provincia de Chimborazo y una minoría entraba a la escuela a la edad adecuada. Conocí niños de seis y siete años que no habían comenzado su educación, lo cual era muy preocupante. Así que me enfoqué en sensibilizar a las familias, con campañas para que niños y niñas vayan a la escuela de acuerdo a su edad.

Luego, había que trabajar en la permanencia, porque muchos niños y niñas llegaban hasta segundo o tercer grado y luego se retiraban, muchas veces porque los padres no tenían los recursos económicos para costear la educación de todos sus hijos. La mayoría de veces, las hijas abandonaban la escuela.

Una vez logrados estos dos puntos, había que conseguir una

educación de calidad, para lo cual, capacitamos al personal docente, a padres y madres de familia, y apoyamos en el equipamiento de las aulas.



Mi trabajo con el estudiantado y los docentes de los centros educativos de cuatro cantones de Chimborazo ha sido permanente. Recuerdo que, una vez, fuimos a un taller a Puyo, capital de la provincia amazónica de Pastaza, y, al llegar, percibieron que la hostería donde nos hospedábamos estaba llena de vegetación. Se veía bien bonito, estaba llena de flores y vida. Cuando regresamos a las escuelas de las comunidades de Chimborazo, les dije que también podíamos dar vida a nuestras escuelas, que sembraríamos plantas, incluyendo flores y árboles, para que los pajaritos se sentaran a cantar. Todos aceptaron y quienes conocimos esa hostería, junto con los padres y madres de familia, hicimos un compromiso para conseguir plantas nativas como yaqual, tilo y aliso.

Sembramos los árboles al lado de los corredores en las escuelas, buscamos plantas ornamentales y el espacio mejoró. Entre todos logramos cambiar la parte visual de

las escuelas, que es un aspecto importante en la educación. Ahora, los estudiantes comen sus refrigerios o desayunos escolares sentados en pequeñas bancas o en las chocitas que también construimos. Antes, cuando los niños salían al patio, sus sánduches o frutas se llenaban de polvo por el ambiente seco de la zona. Después de esta intervención, el cambio fue radical: los patios y alrededores de las escuelas se convirtieron



en zonas seguras para consumir alimentos.

Actualmente trabajo como técnico de Desarrollo Local. Debo realizar talleres como parte de cinco proyectos de la organización. La experiencia que obtuve en el sistema educativo me ha ayudado a realizar estas actividades sin problema, a estar al frente y poner en práctica las metodologías activas y participativas. El proyecto Educas me inspira especialmente: es una caja de ahorro y crédito para emprendimientos. En mi área hay cinco Educas, donde doy acompañamiento en la administración, voy a las reuniones para hacer sugerencias y ayudo a cuadrar las cajas con mi computadora.

Este proyecto es financiado y administrado por la misma gente de las comunidades. Los miembros deciden quién recibe un préstamo, el porcentaje de interés y quiénes son

los accionistas. Esta iniciativa ya tiene más de seis años y ha funcionado muy bien.

Al comienzo solo era para los adultos, pero hoy hay diferentes Educas dedicadas para adolescentes, mujeres o niños. Es lindo ver a los niños que ahorran y dicen: “ya tengo bastante plata, quiero comenzar un emprendimiento”. Ver eso me motiva mucho.

A veces siento que voy a paso lento, pero luego veo las cosas que he hecho y me demuestran que sí estoy logrando cambios positivos. Tengo en mi mente seguir trabajando por la educación, enseñar y aprender sobre la igualdad de género, apoyando especialmente a las niñas y las mujeres, para que todos tengamos las mismas oportunidades y, de esta manera, construir una sociedad más equitativa, igualitaria y justa.



Norma

Soy orgullosamente una mujer indígena. Pertenezco al pueblo Puruhá, de nacionalidad kichwa. Tengo 40 años. En nuestra comunidad, fuimos la primera familia que llevó a sus hijos a la universidad. Siempre se ha pensado que estudiar es una pérdida de tiempo y que se debe priorizar solamente el trabajo en el campo.

Nací en un hogar humilde, en una familia muy trabajadora. Soy la mayor de seis hermanos. Mi padre y mi madre siempre nos han ayudado para que todos estudiemos y logremos mejores condiciones de vida.

Con mis hermanos crecimos ayudando a nuestros padres con las tareas del campo. A los 18 años ingresé a la universidad con ayuda de una beca. Obtuve el título de doctora en Promoción y Educación para la Salud en la Escuela Superior Politécnica de Chimborazo (ESPOCH).

Mientras estudiaba en la ESPOCH, mis padres me apoyaron con la manutención y todos los gastos. Hubo momentos muy difíciles en que no teníamos para comer y el dinero era limitado. La universidad quedaba en Riobamba y, para llegar, debía tomar un bus. Pero el viaje era agotador y yo sentía que no iba a funcionar. Decidimos rentar algo cerca. Buscamos un cuarto pequeño y solo tenía unas tablitas para dormir. En las comunidades ni siquiera conocíamos el colchón. Poco a poco fui comprando lo necesario. Los fines de semana regresaba a la casa de mis padres y trabajaba en el campo. Me dieron un terreno para que yo sembrara y tuviera animalitos. De ahí podía pagar los gastos de la universidad. Los lunes salía a las cuatro de la mañana y tomaba el bus para llegar a Riobamba a las 6:30 de la mañana.

En séptimo nivel, a mis 21 años, empecé a hacer prácticas con

Plan Internacional Ecuador y así llegué a varias comunidades rurales. Salíamos dos veces a la semana, a visitar a las familias y hacer encuentros.

Apoyamos en temas de educación, salud y nutrición para los niños. Hicimos charlas sobre liderazgo y formación de líderes estudiantiles. También los formamos en derechos sexuales y reproductivos.

En ese tiempo, muchos niños morían por enfermedades fácilmente prevenibles, como intestinales, respiratorias e infecciosas. Cuando me enteraba de estos casos, me sentía muy triste, por eso empezamos a educarlos sobre cuidados y nutrición.

Llego a las comunidades y veo a las niñas, los niños y jóvenes y me identifico con ellos, porque yo era así. Me da alegría cambiar sus vidas. Es una ayuda que no es momentánea, sino que la llevarán por siempre y muchos la replicarán en los más jóvenes.

El trabajo comunitario es eso: transformar vidas, buscar nuevas oportunidades y proteger a los niños de la violencia. Tengo dos





niños pequeños y por eso promuevo el tema de la protección. Yo quiero que ellos tengan un futuro sin violencia.

Además, al enseñar, aprendo. Es una formación mutua. Me he capacitado en liderazgo, he mejorado mi autoestima y me siento una mujer empoderada. Desde 2015, soy técnica de Desarrollo Local y me encargo de ejecutar proyectos en las comunidades. Es una labor muy bonita, centrada en las niñas, en el empoderamiento y el fortalecimiento de las capacidades, para que sigan estudiando y tengan las oportunidades que la sociedad les ha querido quitar.

Las niñas comienzan a participar en las comunidades y buscamos que lleguen a espacios más grandes, como los cantones, las provincias y a nivel nacional.

He trabajado en varios proyectos como “Zona Libre de Embarazo Adolescente” y el “Desarrollo Integral de la Primera Infancia”. Las familias nos abren las puertas poco a poco. Estamos ante una nueva generación, que entiende que sí es necesario estudiar y busca espacios para formarse.

Sin embargo, falta mucho por hacer por la igualdad de género. En nuestras comunidades todavía está presente el machismo, muy marcado, por lo que debemos seguir trabajando. Tenemos escuelas de liderazgo con niñas, pero también están de aliados los niños, y con los adultos trabajamos el tema de masculinidades positivas, para que los padres no sientan que su rol es solo ser proveedores y también apoyen en la crianza.

Tenemos un proyecto de laboratorio de innovación juvenil, para impulsar los emprendimientos y buscar la manera de que esas niñas y jóvenes tengan sus propios recursos.

Ha sido un largo viaje y me siento orgullosa de lo que hemos conseguido en mi comunidad. Nunca pensé, por ejemplo, que las niñas viajarían a encuentros nacionales y fuera del país. Esos logros me dan alegría, porque aportan un granito de arena a sus proyectos de vida.

Espero que las comunidades empiecen a tener su propio desarrollo económico y exploten su potencial. Algunas están ubicadas en lugares estratégicos para el turismo, la agricultura y la ganadería. Necesitamos lograr que los productores sean exportadores directos.

Nunca es tarde para nada. Soy muy exigente y me gusta hacer las cosas bien, con honestidad. Siempre llevo en mi corazón los principios ancestrales: ama llulla (no engañar), ama killa (ser trabajador), ama shuwa (ser honesto).

Vivo con mis dos hijos hermosos y mi esposo, José. Ellos y mis padres son mi gran felicidad, ver sus rostros me llena de alegría.

Nunca es tarde para estudiar y ahora estoy culminando el máster en Intervención Social en Sociedades del Conocimiento, de la Universidad de La Rioja (España). Empecé muy tarde el posgrado y ha sido un reto muy grande, porque se suman el trabajo y el cuidado de mis hijos, pero mi esposo ha sido un aliado en este proceso y me ha ayudado con todo. Él ha sido mi apoyo y confidente.



A black and white portrait of a middle-aged man with a friendly expression, wearing a dark fedora-style hat and a light-colored jacket over a collared shirt. He is looking slightly upwards and to the right. The background is a textured, light-colored wall with some orange and yellow brushstrokes on the left side.

Luis

Nunca pensé que podría ser el alcalde del cantón Guaranda. A mis 48 años soy la máxima autoridad política, pero hubo un tiempo en que fui muy pobre y necesitaba apoyo.

Yo fui Niño Plan, es decir, estuve apadrinado por el Plan de Padrinos desde los cinco o seis años. No entendía por qué un padrino me enviaba cartas y me animaba a estudiar.

Luego, cuando estaba más grande, supe que Plan Internacional Ecuador nos ayudó con el agua a través de mangueras, así no teníamos que ir a la quebrada a coger el agua con pundos. También nos ayudaron a construir tanques de agua, letrinas y un puente. Era lindo ver que el agua llegaba a la casa y no era necesario partirse la espalda cargándola. Años después, cuando salí del apadrinamiento, la organización apoyó a mis hermanos menores para que estudiaran.

Nosotros vivíamos en una hacienda cuyos propietarios



tenían las escrituras porque heredaron las tierras. Ahí, mi familia tenía la obligación de trabajar gratis para poder sobrevivir. Así nos hicieron empobrecer, porque teníamos derecho a un huasipungo que nunca nos entregaron.

Mi comunidad se llama Casaichi Herapamba. Había muy pocas vías carrozables, por lo que los técnicos de Plan International llegaban en motos, después de un viaje largo y difícil. Utilizaban sus ponchos de agua con su distintivo y traían las cartas de los padrinos, el apoyo económico y, algunas veces, algún regalo.

La casa donde vivía con mi familia era de paja, pero luego, con mucho esfuerzo, pusimos un techo con teja. En mi casa vivíamos mi abuelita, mi papá, mi mamá, mis dos hermanos y un tío. Era un solo ambiente de unos cinco por cinco metros. Teníamos una cama de palo, hecha por mi tatarabuelo, a quien conocí, que estaba enterrada y amarrada con guías de taxo, una fibra natural que es muy resistente. Sobre esta cama teníamos un colchón de paja y cobijas gruesas de lana de oveja que también fueron confeccionadas por mi tatarabuelo. El último regalo que me dio fue un poncho con pintura natural de color lacre. Murió cuando yo era adolescente.

Nuestra alimentación era rica en granos. En la época de la fanesca teníamos granos tiernos. Comíamos oca, mashua, melloco con papas, habas, choclito cocinado. Nos sentábamos en ronda en el suelo y nos servíamos la comida.

En la cuestión de sanidad, nos dábamos modos. Fuera de día o de noche, teníamos que ir al monte para hacer nuestras necesidades. De esta manera no generábamos aguas servidas, pero era insalubre. Los desperdicios de la cocina, del lavado de platos y ollas los desechábamos en el campo, ya que nos servía como abono.

En la casa de mis padres había machismo, el hombre debía manejar el dinero, tomaba las decisiones, comía el choclo más grande. Cuando nacía un hijo hombre, las personas felicitaban, cuando nacía una mujer decían 'uh', a pesar de que las tareas más fuertes de la casa siempre las hacía la mujer.

En lo relacionado a la salud, para curarnos había curanderos, parteras, veedores, sobadores. Ellos nos decían qué hierba o unguento era bueno para tal o cual cosa. Si había un lisiado o una fractura, lo arreglaban los sobadores. Para las fiebres estaban los veedores. Las parteras recibían a los bebés y los curanderos sabían ver las enfermedades reflejadas en el cuy. Si un paciente tenía sangre en el pulmón o un tumor en la cabeza o en el estómago aparecía en el animalito. Después del diagnóstico, nos mandaban a tomar los remedios que normalmente eran a base de plantas, como la verbena, yanachaqui, tsetsera, caballo chupa, llantén, ashcomicuna tsilin, tañi, mellocoyuyo, lotoyuyo. Algunas de estas plantas están desapareciendo. También se utilizaba la grasa de la gallina y de la oveja.





Mi papá se fue a la costa a buscar recursos económicos y regresaba cada cuatro meses. Mientras tanto, mi madre trabajaba para recibir el jornal. Recuerdo que un día no tuvimos nada para comer y fuimos donde una tía para que nos fiara cebada. Ella nos regaló la merienda y dos cedazos de cebada que tostábamos y molíamos. Con la molienda gruesa preparábamos el arroz de cebada, sin sal ni dulce; con la harina nos hacíamos machica, con la que preparábamos chapo con agua caliente y, para que saliera dulce, buscábamos la warmi chilca y le quitábamos la cáscara para hacerlo pelotear por dentro.

Estudiaba en la escuela Santa Rosa de la Pamba, que estaba a tres kilómetros de mi casa. Antes, la escuela más cercana estaba a seis kilómetros, por eso mis padres no estudiaron y solo recibieron la alfabetización en la noche. En mi escuela, mi maestra no sabía kichwa y los estudiantes no hablábamos castellano. Ella se daba modos para enseñarnos las letras, para la “a” dibujaba el círculo y luego el palito, pero para nosotros lo que hacía era incomprendible.

A los 12 años dejé de recibir la ayuda económica por parte de Plan de Padrinos y me fui a trabajar a Los Ríos, como jornalero, cargador de arroz, albañil, ayudante de maquinaria y trabajador del campo. Había salido en busca de dinero, porque es lo que mi familia

necesitaba, aunque sabía que debía seguir estudiando. Regresé a los 17 y empecé una carrera de dirigente. Entonces terminé el colegio por derecho propio. No pude terminar la universidad por mis obligaciones como padre. Después de muchos años de dirigencia me nominaron para la alcaldía, porque no había quién más se postule. Acepté el reto y gané.

Tengo tres hijas y dos varones. Ellas son muy fuertes de carácter, porque desde pequeñas les he dicho que no son menos. Mi primera hija ya terminó la maestría y continuará su doctorado. Mis hijos están estudiando medicina en la universidad.

Si bien mis hijos son afortunados, nunca olvido a mi gente y trabajo para su bienestar. Junto a Plan Internacional Ecuador implementamos un proyecto para erradicar la desnutrición crónica infantil. También damos talleres para dar más oportunidades a las mujeres, erradicar la violencia de género y mejorar la autoestima de niños y niñas.

La autoestima es importante, especialmente para un niño indígena que fue pobre. Como no soy alhajito y mi piel es oscura, yo sabía que debía ser un ser humano útil, de buen corazón, servicial, solidario y respetuoso. Aposté por ser querido, llegué lejos, pero nunca olvido mis raíces ni a quien me apoyó cuando más necesitaba.







A portrait of a man, Freddy, wearing a light-colored zip-up jacket with a logo that says "PLAN INTERNATIONAL". He is looking slightly to the right with a neutral expression. The background is a textured wall with purple and blue brushstrokes.

Freddy

Hace 22 años dejé de ser ingeniero civil para convertirme en “ingeniero social”. Cuando ingresé a Plan International Ecuador, poco a poco, fui conociendo profundamente una realidad que suele estar escondida. Desde entonces, la organización a lo largo de estos 22 años, hasta llegar a ser gerente de la oficina de Loja, me cambió la vida.

La distancia entre la ingeniería civil y una institución que se dedica a fomentar el desarrollo de capacidades en niñas y adolescentes es muy grande, ya que en mi profesión siempre han existido problemas por un machismo muy marcado. En el fondo, todos



somos machistas porque absorbemos patrones culturales que fomentan la violencia de género. Por eso, para mí fue necesario aprender sobre estos temas para sacarlos de mi vida y de mi familia. Me he transformado en todos los aspectos: mi relación con mi familia, con la sociedad y conmigo mismo han mejorado por la gran escuela que he tenido en mi trabajo. En el mundo, la realidad evoluciona y hay que adaptarse.

Cuando entré a Plan International Ecuador ya tenía una sensibilización hacia los temas sociales, ya que había sido voluntario en una cárcel, donde, junto a otros voluntarios, hablábamos mucho de los derechos de las personas recluidas. Por esto, yo ya conocía sobre la empatía, sobre sentir el sufrimiento de otras personas y sus realidades.

Cuando me presenté a la entrevista de trabajo, los derechos fueron un tema fundamental y, una vez que entré a trabajar, la institución me sorprendió, ya que todo se gestionaba a través de políticas y reglamentos para la protección de la niñez y la adolescencia, que se han hecho más estrictas con el tiempo.

En ese entonces, teníamos un enfoque de desarrollo en relación

con la economía de la gente, a través de aportes monetarios y la construcción de infraestructura con la que solucionamos las necesidades básicas insatisfechas, que para entonces eran varias y muy acuciantes. Cuando iniciábamos nuestro trabajo en una comunidad, les permitíamos liderar el proyecto para que se empoderaran y ellos mismos contrataran las obras. Esto se realizaba en los temas de infraestructura de salud, educación y dotación de agua.

En las comunidades de mi zona, en el sur del país, había casas de adobe muy rústicas, muy pocas eran de cemento, había escuelas con pocas aulas y muchos estudiantes. Las vías de acceso eran precarias, en muchas zonas no había electricidad y, al inicio, con la organización nos centramos en posibilitar que llegue la energía eléctrica. Si bien es cierto, no teníamos que trabajar en vialidad, pero coordinábamos estos trabajos con los municipios y otras organizaciones de la sociedad civil.

Hicimos muchas aulas, pero no era suficiente, porque nos dimos cuenta de que había mucho maltrato a los alumnos por parte de los profesores. Así que también trabajamos en crear la consciencia necesaria para que cese la violencia en las escuelas,



es decir, cuando la infraestructura educativa estaba construída, mejorábamos la calidad de la educación.

De la misma manera sucedía con la infraestructura de salud. En esos tiempos, muchos niños estaban desnutridos porque, entre otras razones, los centros de salud no estaban cerca de la gente. Entonces desarrollamos acciones para mejorar la nutrición de la niñez y con eso incrementó el rendimiento escolar. Normalmente, estos niños no aspiraban a estudiar el colegio, a duras penas estudiaban la escuela.

En otros lugares, una vez que la dotación de agua estaba garantizada, tuvimos que colaborar con la comunidad para que se cobrara lo justo y que no haya abusos y fuera más fácil acceder a este servicio.

He tenido la oportunidad de trabajar en Loja y Cañar, donde he conocido zonas que tienen pobreza extrema y, al estar cerca de la frontera, se producían problemas específicos de tráfico de combustible y narcotráfico. Eran zonas cuyas necesidades estaban insatisfechas al 100 %. En un proyecto vimos a una familia de siete personas: una madre y un padre jóvenes que vivían entre paredes de cartón y un techo de plástico con sus cinco hijos. En este lugar, el piso era de tierra. A pesar de todo, cuando llegamos los niños salieron a recibirnos con una sonrisa, porque ellos eran felices a pesar de tanta injusticia. A mí se me salieron las lágrimas al ver esta escena y estuvimos muy comprometidos para cambiar la situación de esta joven familia, a través de una casa nueva y un trabajo para el esposo, quien se encargaba de mantener a la familia.

Otras veces vimos a gente que tenía tres piedras para cocinar o niños durmiendo en camas sin colchones ni colchas. Ayudamos a todos con todo lo que teníamos. Yo le decía a mi equipo que siempre debemos sentirnos agradecidos de poder ayudar para cambiar la realidad de estas personas.

Hemos trabajado en temas de empoderamiento económico, emprendimiento, dimos animales menores para que las familias estuvieran mejor nutridas, para que tuvieran un ingreso.

En el área encargada de las obras civiles se necesita mucha honradez, ya que durante la fiscalización y la entrega de la obra se pueden presentar problemas de corrupción. Por eso siempre es necesario pensar en las personas que han esperado toda su vida por una obra determinada y serán quienes más pierdan si no se hacen bien las cosas.

Con el paso del tiempo, Plan International Ecuador ya no se vio en la necesidad de priorizar la construcción que mejore las necesidades básicas, ya que, si bien hay pendientes, poco a poco se ha ido solucionando el acceso a esta infraestructura. Entonces la organización tomó el camino de hacer que sus beneficiarios sean los actores principales de la ejecución de los derechos. Hemos caminado hacia el fortalecimiento de capacidades, de las habilidades de las personas y la participación real de las niñas. Hoy por hoy, trabajamos muy fuerte por la igualdad, principalmente, de las niñas.

Cuando trabajo con ellas pienso en mis hijos: un niño y una niña a quienes doy todo el amor que tengo, porque eso es lo que necesitan a su edad. Mi hija es maravillosa y tiene unos valores muy sólidos. Yo le digo que debe prepararse, que debe tener sueños, para que no sea una víctima de la sociedad, que asigna un rol a las mujeres. Con mi hijo varón hago un trabajo parecido, trato de quitarle los patrones culturales que aprende en la escuela, con los compañeros que viven en entornos machistas. Con mi esposa tratamos de que nuestro hogar sea diferente, de dejar un legado distinto que rompa los paradigmas sociales. He querido que mi paternidad sea distinta a la que yo viví. No es fácil, pero hay que adaptarse a las nuevas épocas.





Rosendo

Mi relación con Plan Internacional surgió en mi infancia. Fui niño patrocinado desde los seis años y esa experiencia marcó mi vida para bien. En la actualidad, soy técnico de Desarrollo Local en la provincia costera de Santa Elena.

Una de las funciones de mi cargo es visitar las comunidades, para contribuir al desarrollo comunitario, centrado en la niñez y las familias más necesitadas, en los sectores más vulnerables donde Plan Internacional está presente. El trabajo de campo es una experiencia única, porque aprendo mucho de las personas que



conozco en cada lugar que visito. Hay familias muy participativas, niños y niñas que se destacan en los proyectos que realizamos.

Cuando el proyecto acaba, evalúo los resultados y determino si los tres meses de talleres en cada comunidad han sido fructíferos. Normalmente, los niños y niñas, junto a sus padres, suelen decir: “queremos que no se acabe este taller”. Entonces planifico otros conocimientos y metodologías para seguir adelante.

Para mí, lo más importante en los talleres es asegurarme de que el aprendizaje se quede en las comunidades, porque de nada vale un taller que la gente olvidará dentro de poco tiempo o que el técnico no regrese al territorio. El proceso de enseñanza debe ser continuo y tener sostenibilidad en el tiempo.

La gente necesita tiempo para crecer, para mejorar, para cambiar. Todavía recuerdo que, cuando era niño patrocinado, los técnicos

de Plan International llegaban a mi casa vistiendo sus chalecos azules y yo le decía a mi familia: “cuando sea grande voy a trabajar ahí”. Pronto voy a cumplir 40 años y he estado relacionado con la organización durante 34. Ha sido un camino largo, en el que estoy cumpliendo mis sueños.

Cuando era niño, palpaba el patrocinio por medio de las cartas y los regalos que me enviaba mi padrino desde el extranjero. En mi opinión, estar patrocinado es tener el privilegio de estar en contacto con una persona de otro país, aunque sea por cartas. Yo sentía que había alguien que se preocupaba por mí a pesar de que no le conocía personalmente. Sentía que mi padrino y su familia me querían y estaban pendientes de lo que sucedía conmigo, en los estudios o en la vida familiar.

Cuando recibía una carta, sentía una inmensa alegría. La carta viajaba mucho hasta llegar a mi comunidad y, de entre todos los

niños, yo era quien siempre recibía noticias. Luego me tomaban una foto para enviársela a mi padrino. Yo sonreía o saludaba y así, con este detalle, correspondía su generosidad y expresaba mis sentimientos y emociones.

Pero el patrocinio iba más allá de las cartas, de hecho, cambió la vida de mi familia. En ese entonces, nosotros vivíamos en una casa de caña y la organización nos ayudó para que construyéramos una de bloque, lo cual mejoró ampliamente nuestra calidad de vida. Yo provengo de una familia muy pobre y necesité mucho apoyo para alcanzar la Tecnología en Sistemas Computacionales que estudié y me gusta mucho.

Ahora que soy adulto, entiendo cómo el patrocinio puede cambiar la vida de la niñez. Me propuse devolver, con mi trabajo, toda la ayuda que había recibido y, tiempo después, ingresé a la organización como facilitador de patrocinio. Contaba mi historia para que los niños, las niñas y sus familias se motivaran y tuvieran contacto con sus madrinas o padrinos, ya que muchos se resistían a escribir una carta o a tomarse una foto, pero yo les decía que los padrinos también querían saber qué necesitaban. Muchas veces, a raíz de ese contacto, se ha realizado algún proyecto para mejorar la comunidad.

El patrocinio es hablar de interculturalidad. Es decir: compartimos nuestra cultura, nuestra forma de ver la vida con personas que viven muy lejos y, a su vez, ellos también nos cuentan de sus tradiciones, lo que comen, el clima o su familia.

El patrocinio también significa compartir sentimientos y emociones. Implica el compromiso de la familia y del niño patrocinado para contestar las cartas y contar cómo van los estudios y cómo ha evolucionado la vida social y económica de la familia. Actualmente, el 98 % de los niños y niñas patrocinados están estudiando y saludables. El 94 % de las familias se muestran satisfechas con nuestro trabajo. El patrocinio, sin lugar a dudas, es una oportunidad para que miles de niñas y niños del Ecuador tengan una vida de calidad y un futuro mejor, como el que yo estoy viviendo.





Héctor

Soy el hijo de una madre que rompió las cadenas de la violencia machista. La vida de Melva, mi madre, siempre fue difícil. Por muchos años, estuvo dedicada a los quehaceres domésticos, tenía una conducta sumisa respecto a lo que mi padre imponía, porque lo que podía aportar no era valorado, a pesar de que sobre ella recayó, en mucho, la educación de sus cinco hijos varones.

Cuando era pequeño vivíamos en una casa de bloque en el centro de Guayaquil, pero la ilusión familiar de tener una casa propia nos llevó a

instalarnos en el suburbio oeste de la ciudad, a pesar de que las condiciones implicaron un retroceso en nuestra calidad de vida: las casas de caña estaban sobre las aguas del Estero Salado, no teníamos alcantarillado, baño ni cuartos.

Así vivimos muchos años, hasta que Plan International Ecuador llegó a la comunidad y empezó a rellenar el estero. Conforme avanzaba el proceso, las risas de los niños que jugaban en la nueva calle aparecían durante la tarde. El suburbio era un lugar peligroso para los jóvenes, ya que la delincuencia y el consumo de drogas estaban muy presentes. Afortunadamente, la disciplina que imponía mi padre era estricta y nos mantuvo alejados de los vicios en los que pudimos caer, aunque eso significaba que el castigo se hacía con la correa.

Mi padre pertenecía a una generación anterior que no entendía razones. Era un funcionario público al que le gustaba que “su mujer” le atendiera cuando regresaba a la casa después del trabajo. Él llegaba a las tres o cuatro de la tarde y mi mamá le dejaba la comida lista para que él se sirviera. Él le reclamaba su ausencia y ella le respondía que solo debía quitar la tapa de la olla y servirse la comida. Mientras tanto, mi mamá iba a los programas de la comunidad que organizaba Plan International Ecuador, donde la gente se fue organizando para buscar soluciones como barrio. Por más que mi papá reclamaba, ella le decía que no iba a dejar de asistir a esas actividades. Poco a poco, en la casa pudimos reemplazar la conexión ilegal de

electricidad que teníamos, construimos paredes de hormigón y también reemplazamos el techo de zinc que una tormenta se llevó y nos dejó a la intemperie, tuvimos un baño y divisiones internas. Los hijos íbamos creciendo y necesitábamos privacidad. Mejorar toda la infraestructura en el barrio —urbanizar, mejorar las casas— tomó alrededor de 20 años.



Durante ese tiempo yo viví en la casa, mi mamá nos distribuía las tareas del hogar, de manera equitativa, según la edad de cada uno. Yo admiraba y respetaba mucho la valentía de ella y me convertí en su aliado. Me paraba a su lado cuando había problemas de violencia machista. Mi mamá fue aprendiendo y descubriendo que era una mujer valiosa que podía alcanzar sus metas; en cambio, mi padre no cambió mucho, apenas sustituyó los comportamientos agresivos por mayores ausencias del hogar.

Años después ella decidió separarse, dijo: “Ya no doy más, me quiero ir de la casa”. Nosotros la apoyamos en todo lo que necesitó. Gran parte de sus ingresos provenían de los servicios de enfermería que brindaba, oficio que aprendió con los profesionales de Plan International Ecuador mientras trabajaba como voluntaria.

Mientras tanto, yo hice mi vida desde muy joven. A los 16 años era seminarista de la Iglesia, por lo que muchas veces tenía que caminar grandes distancias. Luego trabajé en el desaparecido Instituto Nacional del Niño y la Familia (Innfa), hasta que pude aplicar para trabajar en Plan International Ecuador. Mi deseo



de entrar era tan fuerte que acepté la posición aun cuando la mejora del sueldo no era mayor. Había estudiado Psicología Educativa en la universidad, lo que me llenaba de orgullo, porque fui el primer profesional de mi familia. Luego se graduaron dos hermanos más, otro está terminando la universidad y solo uno no pudo obtener el bachillerato.

Me casé a los 24 y tuve tres hijas. Luego me divorcié. Sin advertirlo, había aprendido algunas formas sutiles de machismo, pero no me daba cuenta. Una vez, cuando mi hija mayor estaba chiquita, se pintó las uñas. Nosotros veíamos el noticiero después de comer y me di cuenta de lo que había hecho. Le dije: “Mi amor, ¿y a usted quién le dio permiso para pintarse las uñas?”. Ella me contestó: “Pero, papá, si las uñas son mías ¿por qué tengo que pedir permiso?”. Me quedé frío, pensé en su respuesta y me di cuenta de que ella tenía razón. De esta manera se abrió una relación de mucha escucha y de una revisión constante de mis comportamientos, a la luz de lo que ellas me decían. Mi relación con mis hijas ha sido muy amorosa, con mucho juego y diversión y, al mantener una apertura hacia ellas, han tenido la confianza para decirme lo que piensan y han ido educando mi comportamiento.

Ahora mis hijas son profesionales. La una es licenciada en Administración, la otra es médica y la última es psicóloga. Ellas me preguntan cómo fue mi vida de niño y yo les cuento muchas historias de esa época. Les he hablado de cómo eran mi mamá y

mi papá, y les he contado que yo limpiaba cuando me tocaba y que aprendí a cocinar desde pequeño. Por eso, siempre cocino cuando ellas me visitan.

En la casa de mis padres éramos pobres. Tuvimos una deficiencia total a nivel de infraestructura en los primeros años de vida; si bien íbamos a la escuela, no teníamos recursos didácticos ni tecnológicos; la salud la cubríamos con deficiencia, teníamos lo justo para alimentarnos y no teníamos acceso a la recreación ni a la cultura. Lo máximo que podíamos hacer era ir en bus a Esmeraldas, donde los familiares de mi papá, y comer lo que nos daban el mar y la tierra. Por eso, en mi casa había el pensamiento de que solo la educación nos iba a sacar adelante. En esto, mi padre se lleva el crédito, porque nos decía que debíamos ponernos metas y esforzarnos para alcanzarlas.

Ahora entiendo que la educación escolar es muy importante, pero la vida cambia cuando se trabajan también las habilidades, la autonomía para aprender y la confianza en uno mismo. Por eso, siempre apoyo a todos a que desarrollen y cumplan su proyecto de vida. Algunos patrocinados ahora trabajan conmigo. Han cambiado su vida con esfuerzo y trabajo. Sé que cuando un joven se empodera será capaz de salir adelante, lo he visto en mi familia y con mis hijas y, sobre todo, en mi propia vida, ya que fui un niño pobre, trabajé ingresé a la organización como técnico y ahora soy gerente de la PU Guayas y Los Ríos.

A black and white portrait of a woman with shoulder-length hair, smiling. The image is overlaid with large, expressive purple brushstrokes. The name 'Raquel' is written in a large, blue, cursive font across the middle of the image.

Raquel

Mi trabajo como Gerente de Programas de Emergencia en Plan International Ecuador me encanta, pero mi historia en la institución va más allá del trabajo. Nací en la comunidad Marcopamba, en la provincia de Bolívar, en la sierra ecuatoriana. Marcopamba es una zona muy verde, llena de sembríos de maíz. Ahí viven unas 50 o 60 familias que se dedican a la agricultura y la ganadería. Como en todo pueblo pequeño, tenemos una escuelita, una casa comunal y una iglesia. Con los años, hemos logrado tener un sistema de agua potable y de regadío.

Yo fui Niña Plan, o sea, fui patrocinada por la organización. Recuerdo que cada mes, llegaban los promotores de la organización a dejarme cartas y detalles de mis tres madrinas,



que me enviaban calcomanías de olores frutales que me gustaban mucho, porque eran novedosas para mí. Yo también les enviaba cartas de agradecimiento para decirles que sí recibía los detalles. Para mí era súper lindo esperar esas cartas.

Luego de un tiempo dejé de ser patrocinada, porque mi hermana pasó a serlo y no podía haber dos personas de la misma familia en el sistema de patrocinio. Entonces comencé a ayudarlo a mi papá, que era voluntario de la organización. Juntos tomábamos datos de los censos que se hacían a las familias, una vez al año, para que los niños y las niñas participaran en los proyectos comunitarios.

En la universidad estudié Gestión de Riesgos y Administración para Desastres. Así, poco a poco, me fui involucrando con la cooperación internacional, en diferentes organizaciones. Aprendí mucho de grandes maestros que llegaron a mi vida, hasta que pude ingresar a trabajar en Plan International Ecuador. Yo ni siquiera me imaginaba que podría hacerlo, porque sabía que se requieren perfiles altos. Hace más o menos siete años trabajo aquí. Primero entré como técnica de un proyecto de preparativos de emergencias y desastres de la Unión Europea, implementado por Plan International Ecuador en asociación con el Ministerio Coordinador de Seguridad y la Secretaría de Acción de Riesgos; luego, asumí el rol de gerente de ese proyecto.

En Plan International Ecuador también hubo un llamado para asesoría de gestión de riesgos y cambio climático, y me postulé. Fui seleccionada para cumplir ese rol y mi responsabilidad era dar asistencia técnica a los colegas en campo. Este trabajo me gusta mucho.

En 2018, comenzó a llegar la migración venezolana a Ecuador. Desde Plan International Ecuador atendimos a esa población: entregamos kits de alimentos, higiene y abrigo a las personas que arribaban al terminal terrestre de Carcelén, al norte de Quito.

Recuerdo que conformamos un grupo de organizaciones para habilitar un albergue temporal, en Quito, para los migrantes, que



se llamaba La Gran Sabana y era una iniciativa con la empresa privada. Las personas que llegaban caminando recibían alimentos e insumos de higiene, podían descansar y continuar su camino. Muchos iban hacia Perú.

Me gustaba mucho participar en las mingas de habilitación o planificación de donaciones. Cuando iba, las personas migrantes que estaban ahí me llamaban “mamá Raquel”, y sentía que al menos en algo les podía ayudar. Llegó un momento en que el funcionamiento del albergue ya no pudo continuar, pues necesitaba personal especializado y se mantenía con redes de voluntarios. Seguimos dando ayuda a los migrantes de otras formas, hasta que llegó la pandemia del covid-19, en 2020.

Entonces me asignaron la Gerencia de la Respuesta para el Covid-19. Ahí dimos alivio a todas las necesidades de la población afectada por la pandemia, tanto la ecuatoriana como la migrante. Se consolidaron consorcios con otras organizaciones para entregar kits de alimentos e higiene y pudimos llegar al 100% de las familias patrocinadas por Plan Internacional Ecuador.

Recuerdo que los colegas de campo nos hacían llegar los mensajes de gratitud de las familias de las zonas más remotas a las que asistimos. Para mí, esos mensajes eran el motor para soportar las

horas de trabajo extenuantes. En mi caso, combinaba el tiempo con el cuidado de mis pequeños hijos.

Me encanta el trabajo de asistencia humanitaria porque puedo aliviar el sufrimiento de las personas. Sé que las familias en emergencias o desastres pasan situaciones realmente fuertes. Sé que es difícil, pero los voluntarios buscamos aliviar ese malestar, al menos, a través de una ración de comida.

La acción humanitaria es ayudar a las personas pensando que podríamos ser nosotros mismos. En algunas ocasiones he invitado a mis hijos para que me acompañen a alguna actividad. Estoy convencida de que podemos alcanzar un mundo más justo si trabajamos con los niños. Mi hijo de nueve años es el que más se ha involucrado, él conoce mi trabajo y le gusta ayudarme a atender a las personas que más lo necesitan. Siempre estamos llevando cosas o juguetes en buenas condiciones para compartir.

En Plan Internacional Ecuador realizamos una gestión de riesgos integral. Trabajamos en la prevención, es decir, evitar sufrir alguna emergencia, hasta reducir los impactos de una catástrofe, para que no sean devastadores. Debemos estar preparados para dar una respuesta oportuna y adecuada a las familias.





Mireya

El mundo no fue hecho a mi medida. Cuando voy al cajero automático no alcanzo las teclas y cuando voy al hospital a pedir una cita, la ventanilla de atención está muy arriba. Soy una persona de talla pequeña y, por mi condición, viví acomplejada la mayor parte de mi vida.

Cuando una persona tiene alguna discapacidad, las burlas de la gente comienzan enseguida. Nunca fallan. Tuve una infancia muy crítica, porque lo primero que miraba la gente era mi estatura. En la escuela sufría mucho y por eso no me gustaba estudiar. De todas formas terminé la escuela y el colegio, y, cuando fui a la universidad, me sentía mal. Estudié Administración y luego



Trabajo Social, pero no terminé ninguna. Había personas que me decían: “Mira, de gana estudias, por tu condición no vas a poder trabajar”. Así que me salí de la universidad, porque, aparte de los problemas económicos de mi familia, estuve decepcionada, tenía la autoestima baja y, de alguna manera, me sentía derrotada.

Tengo 49 años y siempre me pregunto qué hubiera sido de mi vida si hubiera terminado la universidad. Concluir mis estudios es un reto pendiente, que dejé de lado porque en ese entonces me faltó convicción y esfuerzo.

Entonces busqué un trabajo pero nadie me quería dar una oportunidad, todos me cerraban la puerta con la típica frase de “no nos llame, nosotros le llamaremos”, pero nadie llamaba. Un día, una amiga me dijo que enviara mi carpeta a Plan International Ecuador porque buscaban personas para realizar los servicios de limpieza. Aunque no era mi trabajo soñado, porque yo siempre

he querido ser secretaria, me ha permitido ganar un sustento para mi familia y, aparte del tema económico, también he podido ingresar a los talleres que da la organización para aprender sobre liderazgo, autoestima, emprendimiento, género y otros. Ingresé a la organización en 2010 y, según me han dicho mis amigos de trabajo, al inicio parecía un pollito que recién salía del cascarón, hasta que tuve confianza. Desde entonces no he dejado de crecer y aprender.

Una vez que estuve empoderada y ya no me daba vergüenza mi baja estatura, decidí que debía buscar otras oportunidades, para coger alguna de las tantas que había dejado pasar. Así llegué a una organización de personas con discapacidad. Al inicio tuve miedo, pero ahí encontré a seres humanos con distintos problemas y me pude involucrar con ellos porque vivía sus mismas experiencias.

Me he ido desarrollando en la fundación para personas con discapacidad, incluso llegué a ser presidenta por dos años, pero

tuve que renunciar al cargo por motivos personales. Sin embargo, cuando volví, me reeligieron y soy la presidenta hasta la actualidad. En la fundación trabajamos por la defensa de los derechos de las personas con discapacidad. Ahí doy talleres con el material que aprendo en Plan International Ecuador, para que los asociados entiendan cómo manejar la discriminación a través de su empoderamiento. También hablamos sobre la violencia contra la mujer: les digo que no debemos quedarnos calladas, que debemos levantar la voz para que no nos maltraten.

Habitualmente, hablo con los niños y niñas que tienen discapacidades, porque son muy discriminados y maltratados. A las madres les impulso para que defiendan los derechos de sus hijos, porque quizás ellos no pueden hacerlo, especialmente si tienen alguna discapacidad mental.

A pesar de ser una activista en mi trabajo, en mi casa la situación siempre ha sido complicada, porque es muy difícil cambiar la mentalidad de las personas. Actualmente, vivo con mi mamá, tres hermanos y una hermana que quedó viuda.

Mi mamá siempre me ha apoyado, ella me dice que me siga preparando para que me pueda defender cuando ella no esté. También me dice que aprenda todo lo que pueda acerca de la discriminación y que cumpla mis metas.

En cambio, mis hermanos no me apoyan. En realidad ellos tuvieron el soporte de mi padre, que fue muy machista y siempre les dio la razón, por eso gritan, son los que comen primero, los que escogen las presas más grandes, los que deben ser servidos. Ellos no escuchan razones. Cuando les reclamo, me dicen: “Vaya con sus derechos a otro lado”.

Pero no voy a dejar de reclamar mis derechos, porque nosotras, las personas que hemos nacido distintas y somos discriminadas, también queremos disfrutar de una buena vida, disponer de un buen trabajo y ser felices. En lo personal, quiero que me traten como a cualquier persona, para quien el mundo fue hecho a su medida.





Paola

Ser Niña Plan me permitió descubrirme como lideresa. Fui patrocinada desde los 11 hasta los 18 años y, gracias a los talleres que había recibido, descubrí mi vocación como comunicadora social y negociadora.

Cuando era niña, no podía imaginar cómo o por qué alguien de otro país se interesaría en apoyarme. No recuerdo el nombre de mi madrina, pero sé que era muy joven, tal vez tenía cuatro o cinco años más que yo. Me daba felicidad saber que había una persona que se preocupaba por mí y más a la edad

que ella tenía. Cada que recibía una carta suya era un momento indescriptible, era, más o menos, la emoción de cuando una intercambia tarjetitas con el enamorado.

Ella siempre me mandaba fotografías de su casa, en invierno o en verano. Recuerdo claramente que describía el clima; por ejemplo, me relataba cómo era el otoño, me contaba cómo se caían las hojas de los árboles... y eso me hacía soñar, porque era una realidad diferente a la de mi comunidad. Al finalizar la carta, me decía que estaba pendiente de mí, que siguiera avanzando con mis sueños, que no me rindiera. Yo nunca conocí a mi madrina, pero eso no le quita el valor y la honestidad que percibía en sus cartas. Cuando yo respondía, le contaba que estaba de vacaciones o yendo a clases, que ya iba en tal grado o tal curso.

Cuando cumplí 18 años, dejé de ser parte del patrocinio, porque solo se puede estar hasta esa edad, y comencé otros retos, pero continué vinculada con Plan International. Cursé proyectos de liderazgo con jóvenes, me formaron en temas de autoestima y de comunicación, y con esos conocimientos comencé a hacer planes sobre lo que quería hacer en mi futuro.

Los jóvenes asumimos el rol protagónico del cambio en la comunidad. Organizábamos mingas de limpieza en las zonas comunes —como los parques, la iglesia o el centro de reuniones—, hacíamos otras actividades, como el Día del Niño, o ayudábamos a los ancianos.

Estar en este grupo de jóvenes, para mí, era tener una función social. Ya no era una joven pasiva que llevaba una vida normal y común, sino que miraba la vida con otros ojos, hacía un análisis diferente de los espacios en los que podía ayudar, tenía una visión más crítica para buscar estrategias o personas con quienes trabajar para mi sector en el ámbito social.



Un tiempo participé en un proyecto que se llamaba Reporteros Comunitarios. Éramos un grupo de jóvenes de cuatro comunidades que recogíamos información para la radio San Gregorio. Buscábamos las noticias, grabábamos, editábamos y enviábamos las notas a la radio. Éramos los portavoces de nuestras comunidades.

Así se despertó en mí la vocación y la curiosidad por los medios de comunicación. Pero, por falta de dinero y la distancia a la universidad, dejé ese sueño. Para seguir mis estudios universitarios, comencé la carrera de Ingeniería en Sistemas, pero no me movía, no era lo que yo estaba buscando. Yo siempre había estado en contacto con la oratoria, la poesía, la radio, me gustaba hablar mucho en los

grupos de jóvenes y en las reuniones.

Así que me inscribí en una universidad particular, en la carrera de Periodismo. Estudiaba en la mañana y en la tarde trabajaba en una farmacia, para pagarme los estudios. Me gradué como licenciada en Ciencias de la Comunicación, mención Periodismo.



Trabajé tres años como comunicadora para una asambleísta en Quito. Nunca pensé hacer comunicación de esa forma, pero, como siempre he sido de tomar riesgos, me aventuré. Ahí aprendí muchas cosas que, poco a poco, me hicieron descubrir otras habilidades que tengo y que ahora pongo en práctica en mi trabajo en Plan International.

En 2016, tuve un embarazo de alto riesgo, esperaba gemelas. Una de mis hijas logró nacer, pero falleció a los 15 minutos. Esto pasó el 13 de abril, tres días después, sucedió el terremoto en Manabí, que dejó muchísimos muertos y un gran desastre. A la par del terremoto, yo sentía que había tenido mi propia tragedia.

Ese año me vinculé laboralmente con la organización. Fue una época en la que recibí mucha ayuda. Cuando ingresé a Plan International como técnica de Comunicación en Emergencias, volví a sentir que me valoraban como persona, reconocían mis habilidades y capacidades. En ese rol tuve que hacer trabajo en campo, en las

Fábricas de Inteligencia que funcionaban por la emergencia, que eran carpas donde habían espacios lúdicos para los niños y las niñas de los albergues o de las comunidades. Solo mirarlos me hacía retomar las fuerzas y la esperanza. Fue un proceso que me ayudó a sanar. Además, tuve apoyo psicológico y eso me devolvió la vida.

Siento que la organización valora mucho a su talento humano, por eso he ido ocupando otros cargos, he ido creciendo. En marzo de 2017, asumí el rol de técnica de Mercadeo, y actualmente soy la coordinadora de Desarrollo de Negocios. Mi trabajo está vinculado con tres grandes resultados: la recaudación de dinero en efectivo, la recaudación en especie y la recaudación de donantes individuales.

Tengo capacidad de negociación, de abrir caminos para cerrar contratos con empresas y así cumplir los objetivos de mi cargo. Pero esas habilidades y capacidades no llegan solas, hay que desarrollarlas con el aprendizaje constante, por eso cursé un diplomado en Recaudación de Fondos.

Siempre he sido muy apasionada por lo que hago. Creo que, si los actores sociales, los actores públicos, las empresas y los gobiernos locales nos unimos, podemos cambiar la realidad. Cuando tengo contacto con socios nuevos, les digo: “yo soy la evidencia de que el trabajo de Plan International tiene resultados tangibles”. Yo soy la prueba de que podemos construir una sociedad diferente y más justa con las mujeres.



A black and white portrait of a woman with long dark hair, wearing glasses on her head and a light-colored button-down shirt. She is smiling slightly and looking towards the camera. The background is a plain wall with some purple brushstrokes on the left side.

Rocio

"Yo puedo, yo me estimo, yo me valoro"

Esta frase ha guiado gran parte de mi vida. En un momento incluso me sacó del abismo en el que estaba. Aprendí a trabajar en mis tres y en teoría, hasta que me tocó creerlo y hacerlos parte de mí.

Hay una historia que no me gusta contar, pero ahora, después de que ha pasado el tiempo, soy capaz de compartirla en los talleres que doy. Hace años, fui víctima de violencia masculina por parte de mi exesposo. No expondré los detalles, pero sí diré que no hubiera podido salir sola de esa situación. Cuando me atreví a sacarlo, a gritar lo que estaba pasando, todo cambió. Mi familia me apoyó y entré en un momento en





el que también necesité de mí misma. “Yo puedo, yo me estimo, yo me valoro”. Con el tiempo, logré perdonar a la persona que me maltrató. Después de todo, la vida es un círculo y pone a las personas en el lugar que les corresponde.

Mi hijo vio muchas veces el maltrato que recibía de su padre. Durante su niñez presencié mucha violencia. Por eso siempre le he hablado sobre violencia doméstica, machismo y otros temas que he aprendido en los talleres de Plan International Ecuador. Afortunadamente, él formó su propio hogar en el que prima la comunicación y el buen trato entre todos, y, a mis 49 años, ya soy abuela.

Plan International llegó a Echeandía, provincia de Bolívar, en 1981, porque era una zona rural muy pobre. No teníamos electricidad, agua ni alcantarillado. Como vivía cerca del río, tenía que ir todas las tardes con baldes y tachos a recoger agua. Pero no iba sola. Íbamos hombres y mujeres, en grupo, porque siempre había el peligro de que apareciera una serpiente o cualquier otra cosa. En ese tiempo no pensábamos en secuestros ni en violaciones. Los peligros eran otros.

Plan International llegó a mi comunidad e instaló el sistema de luz eléctrica y el de agua que funciona hasta la actualidad. Como

se trata de agua entubada, hay que hervirla, por si acaso, pero tenemos la ventaja de que el líquido llega hasta nuestras casas y eso nos ha facilitado la vida. La organización también construyó una escuela y la cancha que está en el interior.

Luego, como había niños que vivían lejos y no podían llegar a la escuela, Plan financió un puente entre Barraganete y Tangara, para que ellos pudieran llegar a clases. El puente ha beneficiado a toda la comunidad hasta el presente. En ese entonces era común hacer minga para construir la infraestructura. La organización ponía los recursos y nosotros la mano de obra. A pesar de ser niña, yo también ayudé a cargar rocas y lastre. Para mí, la minga y el trabajo comunitario son importantes para promover el bienestar social.

El machismo en Echeandía era muy fuerte y también se consumía mucho alcohol. Mi padre tenía una personalidad muy dominante y, debo reconocerlo, fue maltratador. Mi madre soportaba el maltrato que recibía. Aunque sin querer justificarlos, entiendo su contexto: ellos no tenían primaria, eran analfabetos. Quizás se les hacía normal la frase, muy repetida en el campo: “aunque pegue y mate, marido es”.

Para ellos, en especial para él, las cosas empezaron a cambiar cuando asistió a los talleres de formación que impartía Plan

International. Como yo ingresé a la organización como niña patrocinada, cuando tenía ocho años; recibía dinero que mis padres debían administrar, así que a ellos les enseñaron cómo debían gastarlo para que mi crecimiento fuera óptimo. De esta forma, sin quererlo, fui parte del aprendizaje de mi padre, porque él y mi madre debían asistir a talleres a partir de mi patrocinio. Él también recibía talleres destinados a bajar la violencia, y ahí le enseñaron que debía llevar a sus hijos a los controles de salud y que debía apoyarme en los estudios.

Mi padre decía: “cómo puede ser que mis hijos hayan estudiado y yo no”. Esa vergüenza les motivó, junto con mi madre, a estudiar el bachillerato a distancia, y lo consiguieron. Mi papá ahora conversa con nosotros, sus hijos, y, arrepentido, nos dice: “chuta, cómo les maltraté antes”. Ahora, él se ha convertido en un defensor de sus nietos, en casa nos repartimos las tareas del hogar y hemos llegado a ser una familia más justa y equitativa.

El cambio se ve en que hoy mi padre dice: “el hogar lo hacemos todos”, y ya no ofrece su “ayuda” para los quehaceres, sino que los comparte de manera equitativa. Además, en las reuniones del seguro campesino que él lidera, promueve un trato justo y la igualdad de oportunidades para las mujeres. Mi padre ya tiene el discurso de la igualdad.

Aparte del machismo, en la comunidad también está pendiente el problema del embarazo adolescente, que es una lucha constante, aunque hemos logrado bajar su incidencia. A través del proyecto “Zona Libre de Embarazo Adolescente” (ZLEA) trabajamos en la autoestima y promovemos que las chicas desarrollen su proyecto

de vida, e involucramos a los padres y las madres.

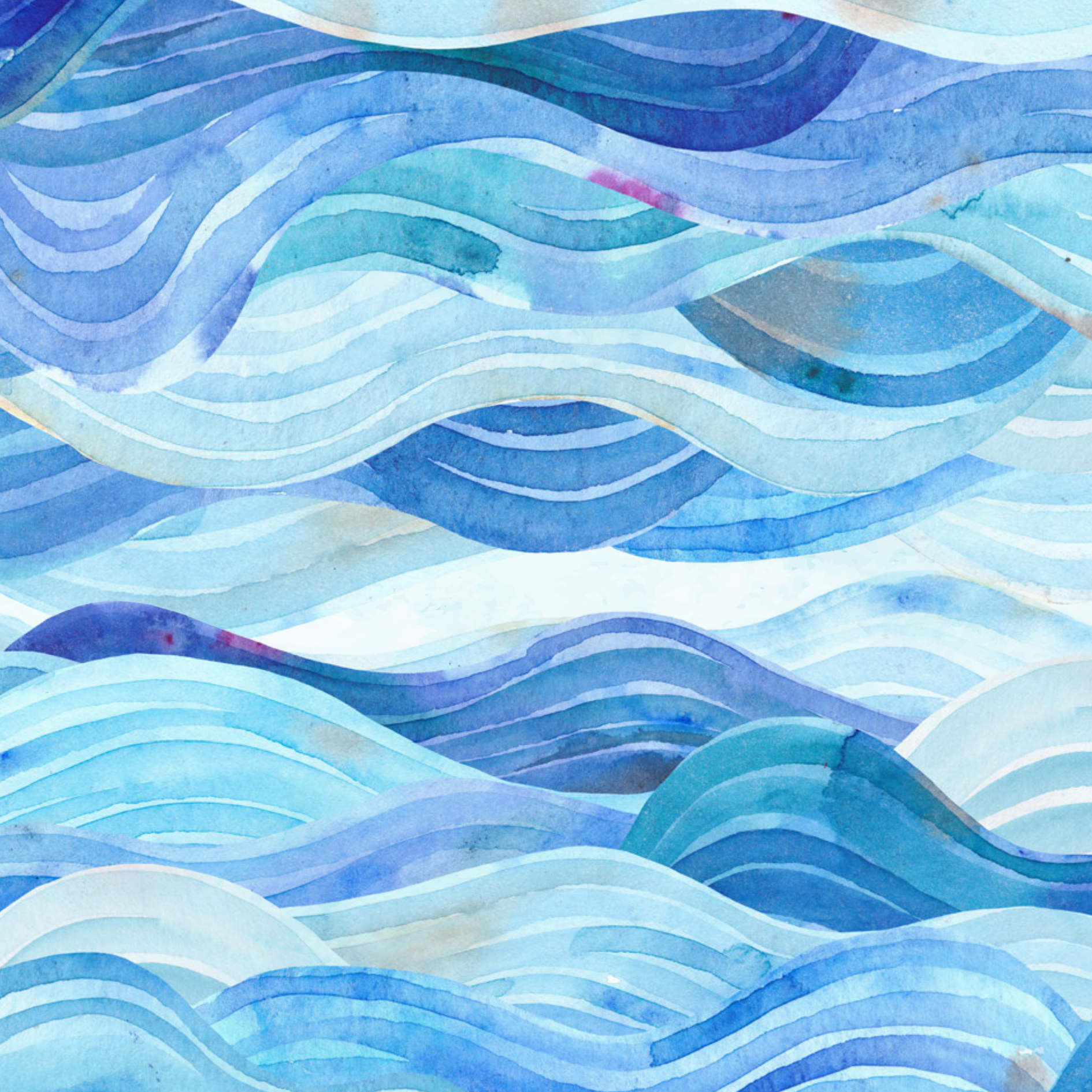
Durante 10 años fui niña patrocinada y aprendí sobre liderazgo y a realizar proyectos, lo que me sirvió para trabajar en el Municipio de mi cantón. En 2004, me dijeron que había una oportunidad para ingresar al área de patrocinio de Plan Internacional y apliqué. Fui escogida de entre 15 aspirantes. Cuando empecé, me dije: por fin estoy logrando lo que siempre quise. Esta era la segunda vez que participaba y ya tenía mi título universitario en Administración de Empresas. El primer intento fue en 2000 y ni siquiera quedé para la entrevista. Hasta el momento, llevo 18 años en la organización.

Ahora soy técnica de Desarrollo Local y Punto Focal de Género. En los talleres todavía escucho: “debo consultarlo con mi marido”, lo que me demuestra que aún hay mucho trabajo por hacer. Entonces les digo que nosotras también podemos tomar decisiones y hacer escuchar nuestra voz. Sin embargo, todavía encuentro mujeres que están subyugadas por sus esposos.

Por eso mi lucha debe seguir, no debo reducir los esfuerzos para que las niñas, adolescentes y mujeres jóvenes tengan oportunidades. Hay que generarles la confianza necesaria para que sepan que pueden hacer lo que anhelan.

Cuando escucho a esas mujeres que no conozco, pienso en mi nieta que vive en Guayaquil. Trabajo para que ella tenga mayor libertad, más oportunidades como mujer y logre sus sueños. Pienso en ella, pienso en mi familia y pienso en la naturaleza. Me sorprende cómo ha cambiado el lugar donde vivo, me impacta ver todo lo que he logrado y el camino bonito que he tomado.








CONCLUSIONES



En seis décadas de presencia en Ecuador, Plan International ha logrado transformar la vida de miles de personas en forma positiva. Un hilo conductor de las historias presentadas en esta publicación es, precisamente, el cambio en varios ámbitos: el personal, el familiar, el laboral. Más aún, las personas que participaron en nuestras iniciativas, en especial las niñas y las jóvenes llevaron ese cambio a sus entornos para generar mejores condiciones en su barrio o comunidad. No importa si las personas participaron un tiempo más corto o más largo en los programas de la organización, la transformación se operó de manera constante y consciente para ser seres humanos más resilientes y fuertes, para perseverar hasta conseguir sus metas o sus sueños, para mejorar las condiciones de su familia y entorno. Es algo que nos llena de orgullo y queremos continuar haciéndolo con más fuerza en los años venideros. Para ello requerimos el apoyo de toda la sociedad ecuatoriana.

El empoderamiento logrado a través de las diferentes metodologías aplicadas, ha resultado en jóvenes listos para lograr su autonomía económica y social, para encarar dificultades y para encontrar soluciones a los retos que enfrentan día a día. Son jóvenes que no tienen miedo a hablar en público para pedir, y a veces exigir, el cumplimiento de sus derechos. A la vez, son jóvenes solidarios con capacidad y voluntad de ayudar a otras personas que están pasando por adversidades; son generosos, comparten sus experiencias de éxito, las cuales inspiran a recorrer caminos similares.

Aspiramos a ver crecer el Movimiento Por Ser Niña y a que se consolide como una voz respetada y referente de la igualdad. Queremos el Movimiento en todo el país siendo escuchado por la sociedad y por las autoridades.



Hemos avanzado mucho en mejorar las condiciones de vida de niños, niñas y adolescentes en el país. Nuestro andar se ha fortalecido a través de estas seis décadas. Hemos innovado y nos hemos enfocado en el desarrollo de las habilidades blandas y de las capacidades que permiten superar de mejor manera las adversidades.

Plan International Ecuador muestra una gran capacidad para responder a las comunidades a las que se pertenece; cambia de acuerdo al contexto del país y del mundo para avanzar en una propuesta de desarrollo adaptada a la realidad donde opera y al avance de las teorías de desarrollo a nivel global. Esta flexibilidad le permite responder con efectividad a contextos muy diversos en cuanto a lo urbano y rural, a las situaciones de emergencia, como el terremoto del 2016 y la pandemia del covid-19, a las nuevas tecnologías, a la crisis migratoria venezolana, entre otras.

Nuestro trabajo centrado en la educación nos ha permitido brindar oportunidades de acceso a la escuela, bachillerato y la universidad a miles de niñas, niños, adolescentes y jóvenes. De la misma manera, los esfuerzos realizados para fortalecer sus capacidades han dado los mejores frutos y nos encontramos a cada paso con jóvenes fuertes, resilientes y líderes de las causas de los derechos de la niñez y de la igualdad para las niñas. manera las adversidades.

Tenemos a la tecnología como aliada. En los siguientes años, queremos utilizar más tecnología en nuestras iniciativas. Ya lo probamos durante la pandemia del covid-19, ejecutamos con éxito nuestros programas de capacitación a través de medios virtuales. Seguiremos incorporando herramientas tecnológicas que nos permitan llegar a más niñas y niños con proyectos de calidad. De igual manera, requerimos fortalecer nuestro trabajo en masculinidades positivas para avanzar en la igualdad de género. Necesitamos a los niños, jóvenes y hombres adultos como aliados estratégicos en la construcción de una sociedad más igualitaria. Las niñas y niños necesitan padres cercanos, que no hacen diferencias entre sus hijos e hijas y los impulsan por igual.

Plan International Ecuador genera habilidades en todos los entornos donde trabaja, deja capacidad instalada en cada grupo humano con el que interactúa para que ellos lo lleven más allá, a más personas. Dos ejemplos incluyen al Movimiento Por Ser Niña, que cuenta con más de 600 líderes en 10 provincias del país y al voluntariado que ha incrementado significativamente sus capacidades para implementar proyectos exitosos.

Hemos comprobado que trabajar en la autoestima, especialmente con las niñas y jóvenes, es liberar su potencial. Cuando una niña se siente segura de sí misma, puede cambiar su entorno, parar las injusticias, pedir ayuda y transformar su futuro, dejando el rol de sumisión y silencio culturalmente asignado. De esta manera, se inicia el cambio hacia una sociedad más igualitaria.

Parte de nuestro legado son metodologías probadas que garantizan resultados en el mejoramiento de la calidad de vida de niñas, niños, jóvenes y adolescentes, entre ellas se incluyen: i) “Zona Libre de Embarazo Adolescente” para disminuir el embarazo precoz, ii) las Escuelas de Liderazgo para impulsar el liderazgo de las niñas y adolescentes, iii) “Papás que Cuidan” para favorecer el involucramiento de los padres en la crianza de sus hijos e hijas, iv) los “Mecanismos Comunitarios de Protección” para la protección de niñas y niños de la violencia, y v) los “Laboratorios de Innovación Juvenil” para favorecer el emprendimiento.

Uno de nuestros desafíos es la sostenibilidad, la cual la promovemos a través de la gestión de recursos de varias fuentes tanto nacionales como internacionales, de la sociedad civil y de otras entidades. Implementamos, campañas de sensibilización para dar a conocer la importancia de contribuir con las causas de la niñez y la juventud. Queremos hacer mucho más, aspiramos a que más actores se comprometan y trabajen con nosotros. También, fomentamos que las empresas sociales —recientemente conformadas por el voluntariado comunitario— florezcan, tanto para ofrecer servicios de capacitación de alta calidad como para generar recursos para las familias participantes.

Continuaremos con nuestro trabajo con población migrante, tanto con quienes vienen de otros países como con quienes migran del campo a la ciudad. Debido a la coyuntura regional y al cambio climático, creemos que los proyectos con población migrante y de acogida se convertirán en una constante. Incrementaremos las iniciativas relacionadas con el cambio climático de la mano de las organizaciones de jóvenes, en especial con mujeres.

Aún queda mucho por hacer. Enfrentamos nuevos retos cada día, pero tenemos el compromiso y la capacidad para responder con el trabajo transformador de género, para que las niñas vivan en entornos seguros libres de violencia y las familias promuevan entornos más armoniosos y con oportunidades para todos sus integrantes.



Plan International Ecuador es una opción de vida, un compromiso constante con las poblaciones más vulnerables, principalmente las niñas. Tenemos la seguridad de que el camino recorrido nos ha llenado de aprendizajes y experiencias y nos da la satisfacción del deber cumplido; pero, a la vez, nos abre nuevas opciones para renovarnos, crecer e innovar.

En estos 60 años hemos trabajado en conjunto con innumerables socios con quienes estamos inmensamente agradecidos. La labor de Plan International en Ecuador siempre se ha realizado en conjunto con todos los actores presentes en el territorio, como son: las organizaciones locales, el sector público y privado, la academia, los medios de comunicación y, en particular, el voluntariado, nuestro mejor aliado en las comunidades. Como organización, apenas somos 300 personas en Ecuador, pero en conjunto con los voluntarios y voluntarias sumamos más de dos mil que llevamos el mismo mensaje de cambio, de resiliencia, de perseverancia, de optimismo para transformar las realidades que nos limitan.

Fortaleceremos las iniciativas sobre empleo juvenil, porque es imperativo cambiar la realidad de este país donde solo tres de cada diez personas disponen de un empleo adecuado. Nuestros jóvenes están listos para asumir la vida laboral, han desarrollado muchas capacidades y tienen un gran potencial, pero necesitan una oportunidad para tener un trabajo, seguir creciendo y ganando experiencia.





Por la niñez en Ecuador


60 AÑOS
TRANSFORMANDO VIDAS